



Federico Paz

Prólogo de Vicente Merlo

SHERPA

Ensayo sobre la inmortalidad

K_{airós}

Federico Paz

Sherpa

Ensayo sobre la inmortalidad

editorial **K**airós

© 2012 by Federico Paz

© de la edición en castellano:

2013 by Editorial Kairós, S.A.

Numancia 117-121, 08029 Barcelona, España

www.editorialkairos.com

Composición: Pablo Barrio

Diseño cubierta: Katrien van Steen

Primera edición en papel: Junio 2013

Primera edición digital: Noviembre 2013

ISBN papel: 978-84-9988-244-4

ISBN epub: 978-84-9988-330-4

ISBN kindle: 978-84-9988-331-1

ISBN Google: 978-84-9988-332-8

Depósito legal: B 26.882-2013

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

A Natalia

Sumario

Prólogo de Vicente Merlo

1. Definiendo los preparativos para la expedición

La inmortalidad y los sherpas

Investigación y práctica

Las tradiciones inmortalistas

Herramientas, prácticas, vías, expediciones y abismos

Tras las huellas de Utnapishtim

El ocaso de los dioses

La epopeya de Tenzing Norgay

2. Breve historia épica de los sherpas

Miyolangsangma y los sherpas

Protección y advertencias de la diosa

Las primeras expediciones

Ang Tharkay y la segunda generación

El encumbramiento de Tenzing

La expedición británica de 1953

Los dos asaltos a la cima

El legado espiritual de los sherpas

3. Grandes cumbres y abismos del Himalaya interior

El montañismo interno

La morada de los dioses y otros inmortales

Inmortalidad e iluminación

El deseo de morir

La conciencia de la muerte

Reinhold Messner: mística de alta montaña

4. La cordillera del alma, nudo de la realidad

Conciencia álmica y personalidad

La arista final de los anhelos

El compañero invisible

El juego arquetípico del alma

El impulso hacia el Espíritu

***Sadhana* de unificación**

Estableciendo un ritmo inmortal

La geografía planetaria como mapa interior

Una medida de ascenso

5. Meditando ante el despliegue de la creación

Inmortalidad en estilo alpino

El círculo virtuoso de la meditación

El acecho, clave de la ascensión

Observar el génesis del *samsara*

La asistencia de la gracia

6. Amor y sexualidad, cordada de los inmortales

Una cuestión entre dos

Los suicidios en solitario y sus excepciones

La cordada perfecta de los *nedrogs*

Parejas que escalan ochomiles juntos

Néctar y ambrosía

La primera pareja de inmortales

El océano primigenio de leche

Cimas de placer

7. Las tecnologías internas como factor evolutivo

El Paleolítico superior

Mitología sherpa: Tashi Tseringa

Los *yetis* de la psique

Consecuencias de una filosofía inmortalista

La herejía de los ochomilistas

Cinco grandes tesoros de las nieves

8. Vías orientales y amerindias a la inmortalidad física

La larga marcha del inmortalismo oriental

Vía hindú: el *hatha-yoga*

***Asanas* y ley de la gravedad**

Vía china: la alquimia interna taoísta

El curso circular de la luz

Vía mexicana: el nagualismo tolteca

Una ruta escarpada

9. Vías occidentales a la inmortalidad

El flanco occidental

Una vía muerta: la genética

Vía misterica: el esoterismo occidental

La “cultura galáctica”

Vía inmortalista: el “renacimiento”

La inmortalidad en tres etapas

Epílogo: Ante la agonía de lo Absoluto

Notas

Notas bibliográficas

Agradecimientos

Prólogo

Sherpa: ensayo sobre la inmortalidad es un libro sugerente y para algunos quizás desconcertante. Aquellos que todavía participan del paradigma agonizante que considera, auspiciado por el cientificismo prepotente, que con la muerte del cuerpo físico termina toda conciencia asociada a este en vida, probablemente ni siquiera se acercarán a estas páginas.

Pero, desconcertante, y sin duda sugerente, puede resultar también para quienes se hallan no en una concepción materialista como la anterior, sino en alguna de las concepciones espiritualistas que ven en el cuerpo una cárcel del alma, un fardo indeseado, o al menos un obstáculo en el camino de la realización espiritual. Una realización espiritual que se concibe, justamente, asociada a la “liberación” del cuerpo, del karma y de la necesidad de volver a encarnar, una y otra vez, en esta sufriente e inquietante rueda de la vida, que diríase fruto de un “castigo”, al menos de una “caída”, si no de un demiurgo no demasiado benevolente.

Y, sin embargo, esas son dos de las concepciones dominantes hoy. Frente a ellas, Federico Paz teje con soltura y belleza una narración deliciosa en la que el sherpa se convierte en símbolo central del “montañismo interior”, es decir de la escalada a las cumbres de nuestra consciencia, a las cimas de la realidad, a los Himalayas del alma. Si bien se trata de una metáfora muy empleada, rara vez ha sido tan desarrollada como en esta obra, que supone un reto para las concepciones espiritualistas que todavía no se han reconciliado con el cuerpo.

Efectivamente, en ella encontramos una breve historia de los sherpas, encargados no solo de llevar la carga de los escaladores, sino también de mostrar el camino y de ejemplificar el esfuerzo, la resistencia y la humildad, con una constante comparación entre el alpinismo de las altas cumbres, “los ochomiles”, y el ascenso a las cumbres nevadas del Espíritu.

Esto hace que el libro sea ya de gran interés para los aficionados a la escalada y el montañismo, pues los hombres y mujeres que han hecho historia en semejantes proezas físicas nos acompañan a lo largo de toda la expedición. Ahora bien, no cabe duda que sus gestas son metáforas que nos transportan a las hazañas espirituales de los “inmortales” y a las ideas e ideales de los “inmortalistas”.

Los “inmortalistas” son quienes acarician la idea de una immortalización del cuerpo físico. No como un desesperado intento de escapar de la angustia ante la muerte, sino como una recreación de la immortalidad esencial que, como reconoce el autor en alguna ocasión, es la immortalidad del espíritu.

Los “inmortales” serían no los “dioses” al estilo griego, que, en su mayoría al menos, parecen no haber sido nunca humanos, sino aquellos seres humanos que han alcanzado la posibilidad de seguir viviendo en el mismo cuerpo físico durante todo el tiempo deseado, atravesando los siglos. Una versión moderada de este ideal, o una manifestación del mismo, sería la “longevidad” de la que se nos habla en distintas tradiciones, desde la hebrea hasta la taoísta, por poner solo dos ejemplos.

Una de las virtudes del libro es la agilidad con que se recurre a las más distintas tradiciones para ilustrar la tesis central. Como era de esperar, la tradición hindú, a través del Yoga y especialmente del *hatha-yoga* y el *tantra*, así como la tradición taoísta, pasan a un primer plano, por la cantidad de referencias que conservamos.

Pero no faltan en la expedición los senderos amerindios ni las más recientes versiones de la “filosofía inmortalista” tal como se presentan en lo que el autor denomina la “cultura galáctica”, y muy especialmente en las concepciones asociadas a la técnica conocida como *rebirthing* (renacimiento), que no hay que confundir con el renacimiento/reencarnación, a cuyo auge asistimos no solo desde las tradiciones orientales, sino también desde las más diversas enseñanzas esotéricas contemporáneas, así como desde investigaciones actuales independientes.

Hay muchas cosas que hacen de este libro una obra de gran interés. Obviamente, no porque ofrezca pruebas incuestionables, “científicas”, de la existencia de algunos inmortales, algo que en ningún momento trata de hacer el autor, y que, si bien puede defraudar a los más analíticos científicos, sitúa al lector en un cómodo lugar de acompañante de estas narraciones plausibles que entrelazan mitos y leyendas con descripciones y confesiones que apelan a una intuición y una esperanza puestas en la posible immortalización del físico. Esta intuición se asienta en un nivel más profundo del

ser humano, y no siempre depende de las demostraciones intersubjetivas, “irrefutables”, de la ciencia actual.

De gran interés, entre otras cosas, porque sin abandonar el hilo conductor de esta fascinante travesía, el autor va ofreciendo abundantes referencias y ricas reflexiones acerca de muy variados temas que constituyen aspectos relevantes en alguna de las tradiciones inmortalistas, o en todas ellas. Pienso, por ejemplo, en la cuestión de la meditación, tratada con acierto, o en la actitud de “acecho”, o en esa importancia concedida a la pareja y al grupo en la escalada, en el ascenso, con correspondencias y analogías muy oportunas y significativas entre las parejas tántricas y las parejas de escaladores, cuya ayuda mutua resulta indispensable para “ascender” a las cumbres más difíciles.

Pues de eso se trata, de plantear la posibilidad de que las más altas cumbres no necesariamente sean las de un beatífico *nirvana* más allá de esta tierra o una liberación luminosa más allá de este cuerpo, sino que, partiendo de ellos y como ideal que regule nuestra existencia y guíe nuestra forma de vida, aparezca a la lejanía la posibilidad real, acaso ya lograda en un puñado de ochomilistas del alma, de conservar a voluntad el cuerpo físico, en este caso, qué duda cabe, alquímicamente transformado, tántricamente sublimizado, yóguicamente supramentalizado, convertido ahora ya en un flexible y luminoso canal de expresión del alto voltaje que desde las cumbres nevadas de la “conciencia álmica” pueden descender hacia otros buscadores, lanzando la cuerda y el ejemplo que permita a otros tan luminosa “ascensión”.

Un libro para disfrutar, tanto como para cuestionar algunos de nuestros presupuestos más firmes. Un libro pionero en la re-apertura de este valiente camino.

La siguiente cita del libro resume bien la tesis central y el método analógico empleado, en el que la correspondencia entre lo que sucede en el montañismo exterior y el alpinismo interior resulta elocuente: «La mayoría de las veces morimos por no reconocer los propios pensamientos antes de que estallen o se transformen en un alud que nos sepulta».

VICENTE MERLO

1. Definiendo los preparativos para la expedición

«No quiero alcanzar la inmortalidad a través de mi obra; quiero alcanzarla por el sistema de no morir».

WOODY ALLEN

La inmortalidad y los sherpas

Al comienzo de la escritura de estas páginas estaba interesado, como núcleo de una indagación experimental y filosófica, en el arte de la alquimia interna, en el cuerpo y el alma humanos como laboratorios donde poner a prueba las máximas aspiraciones de cada tradición espiritual o religiosa: longevidad, paraíso, maestría amatoria, redención, iluminación, inmortalidad, etcétera.

Pero a partir de un cierto momento preferí concentrarme en exclusiva en este último logro, pues hasta donde alcanzo a ver es la más alta cumbre alcanzada por los linajes iniciáticos de todas las tradiciones. Así, quien fuera un inmortal realizado podría darse el gusto de pasar algunos siglos en el paraíso terrenal, de redimirlo todo, de ser un maestro en el arte de la alcoba y en cualquier otro que le apetezca; probablemente sea también un iluminado y, sin ninguna duda, vivirá muchos años.

Poco a poco comprendí que lograr la inmortalidad no era tarea sencilla ni que había tampoco ninguna certeza de que quien lo intentase fuera a conseguirlo. Había que hacer los preparativos necesarios, entrenarse en forma física y mental, rodearse de la gente adecuada y lanzarse hacia ello sin desfallecer ni caer en la inercia de dejarse morir. ¡La misma actitud de la que hacían gala los escaladores! Comprendí entonces que ningún otro símbolo podía resultar más adecuado que el del “montañismo interior” para describir el afán por lograr la inmortalidad.

Como escaladores de los mundos interiores, se trataba de ir subiendo poco a poco y de ir superando los obstáculos. Nada garantizaba que se pudiera lograr la meta prevista en un primer intento, pero sí que este mostraría el nivel de las propias fuerzas y que sobre la marcha pondría en evidencia los puntos débiles y las limitaciones.

Desde entonces nunca dejé de representarme esta búsqueda como montañismo puro y duro, absorbiendo los consejos de los grandes himalayistas y leyendo sus relatos y memorias. Hurgando entre estas palabras cobré conciencia de la dimensión épica del pueblo sherpa, de su protagonismo en la epopeya de los ochomiles y de su legado espiritual. Comprendí que si algún ser humano en esta Tierra es el más adecuado para guiarnos hacia la inmortalidad física, este es probablemente un sherpa de elite.

Hasta me atrevería a decir que si ellos no son inmortales realizados es porque son budistas de la tradición *Vajrayana* o “vía del diamante”, cuyos *rinpoches* reencarnados

son maestros en el arte de la continuidad de la consciencia entre diferentes vidas, más que de la continuidad del cuerpo físico durante una vida infinita.

Se sabe y se ha comprobado que muchos grandes lamas de esta tradición han reencarnado en lugares previamente elegidos. A partir de esto no es descabellado suponer que no exista más que un paso desde cambiarse de cuerpo como quien se cambia de camisa, a conservar el mismo cuerpo –o bien la misma camisa–, lo que es viable si se consigue mantener el cuerpo o la camisa en buenas condiciones.

Como esto no es imposible, podemos sospechar que ha de haber poderosas razones para que tantos sabios e iluminados budistas hayan deseado de todos modos morir y cambiar de cuerpo, tal como muchos nos quitamos la camisa, dormimos y luego nos ponemos otra, aunque la anterior continúe impecable.

La principal razón –arriesgaría– es la “costumbre”, que hace que cada día miles de personas mueran sin cuestionárselo y que los budistas tibetanos, incluidos los sherpas, no busquen la inmortalidad física sino la iluminación.

Ya volveré sobre la compatibilidad entre las dos grandes cumbres del Himalaya interior, la “iluminación” y la “inmortalidad”, quizás las más altas aspiraciones humanas junto con la “resurrección”. Por ahora basta decir que nadie debería renunciar a la visión de la “no dualidad radical” por aspirar a la continuidad de su cuerpo. Por el contrario, pretender que continúe el alma y el hilo de la memoria entre las diferentes vidas, pero que el cuerpo deba desaparecer entre ellas es más bien una evidencia de que aún subsiste una visión dual de la existencia.

Investigación y práctica

Como se acaba de sugerir, habría tres grandes cumbres tradicionales hacia las que los hombres y las mujeres se han lanzado con el deseo de trascender la muerte vulgar y corriente tal como la conocemos en nuestras sociedades. Estas cumbres serían la “iluminación espiritual”, la “resurrección de la carne” y la “inmortalidad física”.

La llamada “inmortalidad del alma” sería tanto la búsqueda de la “iluminación” a través de varias vidas unidas entre sí por el hilo de las sucesivas reencarnaciones como la plataforma sin la que la “inmortalidad física” y la “resurrección” no se entienden ni se logran. Se podría simbolizar diciendo que la “iluminación”, la “inmortalidad física” y la “resurrección de entre los muertos” serían las cumbres y que la “inmortalidad del alma” sería la cordillera sin la cual ninguna de las tres cimas es posible.

Si uno buscase la “iluminación” quizás emprendería el camino del Vedanta, o bien la senda del Buddha, como ya vimos que hacen los sherpas. Si buscase emular el misterio de la “resurrección de la carne”, se iniciaría por la vía de la cristología.

Ahora bien: ¿por dónde deberían dirigirse quienes anhelan el conocimiento práctico de la “inmortalidad física”? Lo único que está claro, sea cual sea la elección, es que estos viajeros se encontrarán formando parte de una expedición bastante marginal.

Inicialmente hubiese preferido no circunscribirme a ninguna tradición en particular, aunque ya se podía asumir que algunas de ellas tenían para aportar mucho más que otras tradiciones que ni siquiera han considerado seriamente la cuestión de la “inmortalidad física”. Sin embargo, como siempre que alguien se interesa por un tema puntual, pronto comenzaron a aparecer las fuentes escritas antiguas y los testimonios recientes de quienes se han interesado antes por lo mismo. En este caso, se hicieron visibles cinco vías vigentes del inmortalismo.

Mencionaré ahora cuáles son las tradiciones en las que parece razonable adentrarse, para así facilitarle al lector una elección de la vía que considere más adecuada para tentar su propia cima de la inmortalidad, si esa es su aspiración. Lo hago con el convencimiento de que es bueno que quien la busque saque sus propias conclusiones y asuma su propia filosofía antes de formar parte de cualquier expedición.

La paradoja obviamente reside en que si no nos entregamos en cuerpo y alma a ninguna práctica procedente de alguna tradición, o bien a un combinado de ellas,

difícilmente nos sintamos atraídos hacia la vida eterna; pues este anhelo no suele ser consecuencia de la asimilación teórica de una “filosofía general de la inmortalidad”, sino de un amor permanente por la vida que solo podemos sostener a través de los años mediante una constante y enriquecedora práctica o *sadhana*.

Los inmortalistas son personas prácticas y activas que se dedican seriamente a su objetivo una vez que han tomado la decisión, pero no son practicantes ciegos que siguen vías muertas sin cuestionárselo. Esta paradoja se resuelve entonces practicando mientras se investiga. A medida que se investiga se aclaran muchas dudas acerca de la práctica, y a medida que se practica, el cuerpo físico comienza a asociarse al alma inmortal, a igualarse a ella en todo y a desear, por ende, la inmortalidad también para sí.

Sin la práctica es posible que los sinsabores y los traspiés que forman parte de la vida le quiten al aspirante el deseo de lograr la inmortalidad o que, directamente, nunca sienta plenamente tal anhelo. Sin la investigación, por otro lado, es probable que el practicante dedique años a lograr una inmortalidad que finalmente resulta ser que no interesaba tanto, o bien que elija vías de ascenso que no sean las adecuadas para él.

Lo mejor entonces es disponer de toda la información posible y desde el principio practicar lo que más atrae. Luego, la propia práctica indicará los ajustes que sean necesarios hacer, incluidos los abandonos o cambios de prácticas.

Las tradiciones inmortalistas

Las tradiciones más evidentes en las que se pueden encontrar referentes inmortales son el *samkya-yoga* y el *tao chiao*. Por eso, para la mayoría de los aspirantes lo más simple será elegir alguna de las prácticas de estas dos vías, por ejemplo el *hatha-yoga* o la “alquimia interna taoísta” (*neidan*) y dedicar su disciplina a desarrollar tal *sadhana*. En la práctica y el estudio de estas dos disciplinas hay numerosas claves para quienes buscan seriamente la inmortalidad. La sola profundización en la práctica e investigación podría conducir, con los años, a un ritmo de vida auténticamente inmortal.

No obstante y puesto que todos han oído hablar de yoguis y de alquimistas que también han muerto, es preciso combinar estas prácticas con la asunción de una filosofía inmortalista que actúe tanto sobre la consciencia como sobre el inconsciente. Mientras se practica, es fundamental dejar de querer morir en secreto.

Si se profundiza en las filosofías hinduista o taoísta, ahí también hay que separar la paja del trigo, pues en ambas tradiciones se ha vislumbrado el horizonte de la inmortalidad física pero este no ha sido ni de lejos el único horizonte hacia al que sus practicantes y grandes maestros han dirigido sus pasos.

En el caso del hinduismo, la línea oficial encarnada en los *brahmanes* se dirige hacia la cima de la “percepción no dual”. Los aspirantes, por llamarlos de algún modo, son “iluministas”, y en el caso de lograr su cometido se vuelven “iluminados”. Sin embargo, hubo muchos yoguis y renunciantes a su sociedad que a lo largo de los siglos han buscado y alcanzado la inmortalidad física. La literatura sagrada de la India está colmada de historias sobre yoguis inmortales.

En la vía del taoísmo, por otro lado, la búsqueda de la inmortalidad es casi oficial, pero a veces ambigua. Aquello a lo que llaman “inmortalidad” –e incluso “inmortalidad física”– no siempre resulta ser exactamente lo mismo. A veces el cuerpo físico sobrevive tal como lo concebimos. Otras veces no está tan claro, pero en todos los casos es evidente que la materia que continúa no es tan tosca como la actual, sino que atraviesa a lo largo de la vida diferentes niveles de sutilización que a veces incluyen la desmaterialización y eventual materialización del cuerpo físico.

Para nosotros, occidentales del siglo XXI, todo esto puede parecer ciencia ficción, pero los taoístas lo consideran una posibilidad muy concreta y hay cientos de historias sobre

practicantes que han realizado alguno de estos tipos de inmortalidad.

Además, existen miles de relatos sobre otros alquimistas chinos que, si bien no la han logrado en el sentido de vivir para siempre, sí que han sido sumamente longevos y sabios, superando en algunos casos los dos, tres, o más siglos de vida.

Como vías alternativas, además del yoga y el taoísmo, hay otras tradiciones que de algún modo más o menos abierto, más o menos accesible, enseñan todavía senderos hacia la inmortalidad. Dos de ellas son los linajes del *nagualismo* mesoamericano y diversas tradiciones “místicas” de la antigüedad occidental que hoy comienzan a resurgir asociadas a la llamada “cultura galáctica”.

En el caso del *nagualismo*, las partidas de chamanes formadas por grupos de entre nueve y diecisiete practicantes alineados en torno a la figura del *nagual* pasan a otros planos de la realidad donde no existe la muerte, y lo hacen con el cuerpo físico. Luego, al igual que algunos taoístas, si lo consideran necesario, pueden materializar nuevamente sus cuerpos en nuestro mundo cotidiano. Esta práctica tuvo su punto álgido en el mundo de los *toltecas* clásicos, pero continúa viva en la actualidad.

En el caso del movimiento filosófico y esotérico denominado “cultura galáctica”, se trata de mensajes y prácticas de acceso a nuevos niveles de realidad de un modo similar a lo que sucedía en las “escuelas de misterios” de la antigüedad, pero *aggiornadas* a nuestro tiempo. Y al igual que en las iniciaciones del mundo antiguo, entre las actuales también parecería haber algunas que son auténticas y otras que no. De entre las auténticas, algunas hicieron clara mención a las razones para intentar la inmortalidad y a los métodos para lograrla.

Solo por dar un ejemplo de un famoso inmortal proveniente de cada una de estas cuatro tradiciones, mencionaré respectivamente al yogui Babaji, al emperador taoísta Huang Di, al nagual Juan Matus y al esoterista Apolonio de Tiana.

Las cuatro tradiciones se reconocen a sí mismas como herederas de linajes muy antiguos, de no menos de cuatro milenios de historia cada una. La yóguica procede de la antigua India dravídica, la taoísta hunde sus raíces en el primitivo chamanismo chino, el nagualismo tolteca existiría desde hace ya más de diez mil años y la línea mística remontaría sus orígenes, según algunas versiones, hasta la misma Atlántida.

En principio, no tomaré muy en cuenta si los datos anteriores son verdad o no para quienes basan sus fuentes solo en los restos arqueológicos o en los testimonios escritos de la época. Me guiaré más bien, como norma, por la forma en la que los representantes

de cada tradición han querido presentarse a sí mismos, suponiendo que tienen sus razones para hacerlo así.

Es preciso, pues, declarar *a priori* la presunción de inocencia de todos. No obstante, la investigación honesta y el propio discernimiento son instrumentos imprescindibles para diferenciar lo que es auténtico de lo que no. Sin ellos, somos como ochomilistas perdiéndose en senderos inútiles. Como decía Reinhold Messner: «Este instinto para el buen camino era nuestro lado fuerte».^{1a}

Una quinta vía es la actual práctica del *rebirthing* o “renacimiento”, cuyos teóricos por primera vez en la historia han creado un movimiento que se declara abiertamente inmortalista, haciendo un rastreo de numerosos inmortales históricos que se remontan a los comienzos mismos de la escritura.

Entre ellos reconocen, por ejemplo, a Enoch, Gorakhnath, Al-Jadir, Saint Germain o la princesa Mira Bai, incluyendo con el término de “inmortalidad física” a una gran variedad de formas de no morir. Muchas de sus prácticas son de purificación y están vinculadas a las tradiciones yóguica y chamánica, incluyendo respiraciones, baños rituales, ayunos y participación en *temazcales*.

Desde mi punto de vista, la del *samkhya-yoga* es sin duda la más fácilmente comprobable de entre todas estas tradiciones inmortalistas, ya que por suerte no se ha visto interrumpida a lo largo de estos siglos por ninguna de las conquistas militares o religiosas que desde antaño azotaron al subcontinente indio. Más aún, podemos suponer que de aquí a algún tiempo se aceptará que esta vía ha conquistado pacíficamente a Occidente, contagiándolo con su conocimiento del dios interior.

Dentro de esta tradición, Bellur Iyengar, uno de los grandes yoguis actuales, absolutamente lúcido y en activo a sus más de noventa años, nos regala una analogía que nos preparará para el ascenso por su ruta: «Lo mismo que un montañero necesita escaleras, cuerdas y crampones, así como una buena forma física y disciplina para escalar los helados picos del Himalaya, también al aspirante a yogui le son necesarios el conocimiento y la disciplina del *hatha-yoga* de Swatmarama para alcanzar las alturas del *raja-yoga* expuesto por Patañjali. [...] El primero de los obstáculos es la mala salud o la enfermedad. Para el yogui, su cuerpo es el principal instrumento de logro».²

Herramientas, prácticas, vías, expediciones y abismos

Es importante diferenciar entre lo que es una “herramienta”, una “práctica”, una “vía”, una “expedición” y un “abismo”. En general, lo que muchos profesores actuales ofrecen son “herramientas”: ejercicios físicos, masajes, técnicas energizantes o de curación, así como talleres y seminarios que en pocos días de trabajo intensivo pueden aumentar el nivel de conciencia del buscador por periodos duraderos. En tanto “herramientas”, se puede utilizar una amplia variedad de ellas.

Las “herramientas” se diferencian de los cuerpos prácticos de conocimientos en que son elementos aislados, como un *piolet*, mientras que las “prácticas” o *sadhanas* son formas de caminar o escalar.

Alguien practica *asanas* o posturas de yoga, por ejemplo, pues son una de las claves centrales de la vía yóguica, o bien ejercita la “órbita microcósmica”, puesto que está incluida en el núcleo de la “alquimia interna taoísta”. Como en la caminata, aquí también es más factible avanzar a través de la “práctica” cotidiana que por medio de la adquisición de nuevas “herramientas”, aunque estas tengan también su valor.

Tanto las “herramientas” como las “prácticas” pueden diversificarse. Lo importante no es tanto la existencia o no de la variedad, sino un propósito claro en el ascenso; pues poco sentido tiene, en el marco de una escalada, un poco de *râpel* por aquí, trepar aquella otra pared por allá, hacer un largo y luego un *vivac* por allí para finalmente descubrir que se está en el mismo sitio del que se partió.

El tercer concepto, las “vías”, hace referencia a las rutas que cada una de las tradiciones inmortalistas han abierto; y es de la profundización en ellas de donde surge el auténtico anhelo por la inmortalidad. Con respecto a ellas, a diferencia de las “prácticas” y las “herramientas”, no existe la posibilidad operativa de ir por dos “vías” simultáneamente.

Escuché una vez, en un retiro, que le preguntaron a un lama de Bhután si se podían seguir al mismo tiempo las tradiciones budistas del *Mahayana* y del *Hinayana*, a lo que el lama respondió que eso tenía tanto sentido como querer ir a Londres con un avión de la British Airways y al mismo tiempo con uno de Air France. Aquí, por una cuestión de funcionalidad, no es posible ser eclécticos ni subir a una cumbre por dos vías diferentes simultáneamente.

Y si hasta este momento hablamos de elementos compartidos, la “expedición”, al contrario, es algo muy personal, diferente en cada uno y a lo único a lo que nos deberíamos mantener fieles. No a lo que nos hace a cada uno singular, sino a la “expedición” única que conduce a cada quien hacia una cima común a todos.

La “expedición” está conformada por las circunstancias de la propia vida, pero vistas desde una perspectiva de propósito y realización, y es en definitiva la auténtica tierra fértil donde nacen los ríos que algún día se unirán a un océano que, por su inmensidad y falta de referencias, solo se puede representar como un “abismo” que no es posible recorrer y al que solo se puede acceder mediante un acto de entrega.

Cuenta Niko Kazantzakis en su biografía sobre Francesco Bernardone el relato que al santo de Asís le hace su discípulo León: «Me prosterné ante él y le pregunté:

»—Santo ermitaño, voy en busca de Dios. ¡Muéstrame el camino!

»—No hay camino —me respondió, golpeando el suelo con el bastón.

»—¿Qué hay, entonces? —dije, espantado.

»—Un abismo: ¡salta!». ³

El “abismo” está más allá del tiempo y de los logros graduales, por encima de ambos, lo que sin embargo no es motivo ni excusa para no adentrarse en alguna “vía” ni para negarse a adquirir las “herramientas” necesarias que ayuden a salir de los atolladeros interiores ni para dejar de tomar en serio la propia *sadhana* ni, mucho menos, para olvidarse de conducir la propia “expedición” hasta la siguiente cumbre deseada.

Antes de ir tras las huellas de un antiguo inmortal, transcribiré un diálogo sobre el “abismo” donde Erri de Luca le dice a la ochomilista Nives Meroi: «“Es el abismo de aire en torno a los costados, el que eleva las montañas. [...] Debe de haber un silbido del abismo que llama hacia lo alto”. A lo que ella le responde: “Si es el vacío que tengo bajo mis pies, entonces siempre será más pequeño que el que tengo sobre la cabeza. Si debo llamarlo ‘abismo’, está por encima de mí y no a mi alrededor”». ⁴

Tras las huellas de Utnapishtim

La historia tal como la conocemos aparece contrapuesta al mito, no solo en cuanto a que es más reciente, sino en cuanto a que se presenta a sí misma como verdadera y verificable frente a algo que se expone como fabuloso y poco fiable. Sin embargo, aunque el mito tenga modos fabulosos de narrar los hechos, ello no significa que los hechos en sí mismos no hayan sido literalmente ciertos. El mito solo es la forma oral de transmitirlos cuando la escritura no existe o está circunscripta a una elite.

¿Que hay allí una multitud de elementos que parecen fantásticos? Por supuesto. Después de todo: ¿quién de nosotros no ha exagerado un poco al narrar un hecho real para así mantener la atención del oyente? A veces decimos cosas que no nos animaríamos a escribir y firmar. No obstante, esto no hace menos reales los hechos narrados por los mitos, sobre todo los que se repiten en diferentes culturas y donde la coincidencia más obvia entre todas las mitologías del planeta –con una invariabilidad que raya la monotonía– es la existencia de innumerables dioses. O sea: de muchísimos seres inmortales. Y si son inmortales: ¿no querrá ello decir que aún existen?

Algunos de los dioses cuyos hechos se narran en las mitologías, a menudo los más poderosos y antiguos, ya nacieron inmortales. Allá ellos. En lo que a nosotros respecta son mucho más interesantes los que nacieron como mortales y lograron por sí mismos, o bien por la gracia de otras divinidades, la vida eterna.

El *Poema de Gilgamesh*, curiosamente el primer texto escrito del que tengamos noticias y a su vez el más importante superventas de la literatura sumeria, narra la búsqueda de la inmortalidad física por parte de un rey llamado Gilgamesh.

En esta obra hay un pasaje fundamental cuando, tras varias vicisitudes, por fin el protagonista se encuentra con su antepasado Utnapishtim Atrabasis, “el sumamente sabio”, de quien se sabe que logró la inmortalidad. Gilgamesh le pregunta entonces cómo hizo para sumarse a la “asamblea de los dioses” siendo originalmente un simple mortal, a lo que Utnapishtim le revela que cuando los todopoderosos decidieron el diluvio que acabaría con la humanidad, uno de ellos que estaba en desacuerdo, Enki, le pidió que salvase en un barco «la simiente de todas las cosas vivas».⁵

Pasado el desastre, el dios Enki convenció a su enfurecido hermano Enlil de que no ignorase las capacidades de este hombre extremadamente sabio que había logrado

desentrañar el secreto de los dioses. Entonces Enlil se dirigió a su nuevo colega y le dijo: «Hasta ahora, Utnapishtim no has sido más que humano; en lo sucesivo, Utnapishtim y su esposa serán para nosotros como dioses». Y Enlil, junto a su padre Anu, «lo elevaron hasta la vida eterna».⁵

La principal diferencia entre aquel Noé original, el mesopotámico, y su descendiente Gilgamesh es que este último –que también tenía un poderoso protector divino, Shamash– hizo durante toda la epopeya no ya lo que le pedía su dios protector, sino siempre lo que él quiso y cada vez más a costa de todos los demás.

Su otro gran error, además, fue que temía a la muerte, pues siendo un rey terrible había matado ya a muchos hombres antes de sufrir él mismo la muerte de su salvaje y querido amigo Enkidu. Éste no es un tema menor, pues mucha gente asocia entre sí los fenómenos de la “identificación con el cuerpo físico” con el “miedo a la muerte”, un sitio común que puede entorpecer tanto el significado de la inmortalidad como las posibilidades de lograrla. En realidad, desde un punto de vista inmortalista, ambos conceptos son incompatibles y opuestos entre sí, porque el “miedo a la muerte” atrae a la muerte y la “identificación con el cuerpo” le otorga al mismo mayor vitalidad.

De hecho –como cada vez se vuelve más evidente–, si en la vida sucede aquello que más deseamos o tememos, un aspirante a la inmortalidad debe ser consciente de que, si teme morir, lo más probable es que muera.

Finalmente, como muchos saben, Gilgamesh no logró su cometido, sino que fue enterrado con honores en Uruk y desde entonces su epopeya fue traducida y narrada cientos de veces a la humanidad, concentrándose todos los mitólogos en su fracaso para asumir que la mortalidad de la condición humana es un asunto irrevocable, y que pierde su tiempo quien busca perdurar más que por la estela de sus obras o por la permutación de su casa o apellido. Un inmortalista, en cambio, no se queda con el fracaso de Gilgamesh, sino que sigue el rastro de Utnapishtim para intentar asimilar su logro.

El ocaso de los dioses

Aunque siempre hubo noticias esporádicas que han ido apareciendo, salpicando aquí y allá con unos cuantos inmortales el paisaje monocorde de la muerte como lugar común, casi todas las tradiciones religiosas y espirituales centraron su intención en dejar de encarnar, pero no en dejar de desencarnar, lo que ha sido una aspiración rara, marginal y hasta herética en el sentir religioso de la humanidad.

Dionisios era el dios de los excesos sexuales, el heredero de Zeus. Y el heredero de Dionisios fue el hombre. Esa es la línea principal de nuestra herencia divina según el linaje olímpico. Hoy, sin embargo, todos los sistemas políticos, sociales, financieros, militares, mediáticos y religiosos están dominados por el miedo ancestral a este poder de Dionisios y de nosotros sus herederos.

Todas las fuerzas del orden son la reacción a su desorden, el recelo frente al pasado divino del hombre que les cierra a cal y canto las puertas del Cielo en la Tierra tanto a sí mismos como a quienes aceptan su paradigma.

Para lograr este secuestro de la inmortalidad, de la que las largas vidas humanas que se enumeran al inicio de la Biblia son solo un ejemplo de su posibilidad, se procuró a lo largo de estos siglos borrar toda huella de la existencia de dioses previos, convirtiendo sus memorias en mitos, reemplazando luego a los mitos por la historia, y finalmente desprestigiando al mito para limitar nuestro potencial solo a la imitación de los referentes históricos de vida corta y ansias de poder.

El sumerio Utnapishtim, como ya vimos, es un caso concreto, pero además los hebreos sabían de él y lo llamaron Noé; y contaron que su padre, Matusalén, vivió novecientos sesenta años, y que el padre de su padre, Enoch, vivió trescientos sesenta y cinco años y que luego fue llevado por Dios “sin pasar por la muerte”, con lo que vemos que la longevidad y la inmortalidad no eran casos aislados en estas épocas.

¿Quiénes fueron los hombres que vencieron a los dioses o que se quedaron a cargo del mundo tras su destierro? Estos son los llamados “héroes”, que hacen su aparición en el siglo VIII a.C. cuando el *logos* comienza a imponerse sobre el *mythos* en el centro de la escena griega y los “misterios mayores” van perdiendo su significado iniciático para pasar a ser meras celebraciones populares.

¿Qué se quiere decir con todo esto? ¿Que hace 2.600 años los hombres eran inmortales? No el común de ellos, ciertamente, pero sí que se tenía conocimiento de la interrelación permanente entre las entidades humana y divina que conviven en cada ser, y que los “misterios” aún no institucionalizados eran el contexto sagrado donde se experimentaba que no hay límites para el potencial humano, al punto de que podemos convertirnos incluso en auténticos dioses y diosas.

La epopeya de Tenzing Norgay

El 29 de mayo de 1953, cuando a la una de la madrugada comenzaba el día más importante de la historia del montañismo, el guía sherpa Tenzing Norgay y el escalador neozelandés Edmund Hillary se encontraban dentro de una tienda de campaña a 8.425 metros sobre el nivel del mar. Entonces Tenzing, que escuchaba en silencio, dijo: «El Chomolungma es bueno con nosotros».⁶

Ambos dejaron la tienda y pocas horas después de haberse entregado así a la diosa Miyolangsangma,^b ya estaban sobre el techo el mundo, donde Ed inmortalizaría a Tenzing tomándole una fotografía con un fondo de cielo azul intenso que recorrería la faz del planeta. Luego, el sherpa diría: «Siete veces lo he intentado. He regresado y he vuelto a probarlo; no con orgullo y con fuerza, no como un soldado con un enemigo, sino con amor, como un niño que se encarama en el regazo de su madre».⁶

Puesto que el sendero hacia la inmortalidad física se puede representar fácilmente como intentar la cima de las más altas montañas interiores y descender con algún tesoro para ofrecer a los demás, me gustaría, al mismo tiempo que me refiero aquí a quienes se han lanzado hacia las cumbres heladas de la inmortalidad, narrar también la historia del ascenso de un puñado de sherpas y escaladores occidentales que se encaminaron hacia los riscos más altos de la montañas más altas, como símbolo de las más grandes gestas interiores.

Si en el mundo invisible son los maestros inmortales quienes guían los pasos, en el Himalaya son los sherpas quienes conocen el terreno a la perfección y quienes están familiarizados en caminar con la nieve hasta la cintura, conservando en cada momento del ascenso la fuerza interior y la claridad de los sentidos.

La ascensión al Everest, aunque fue a todas luces un hecho histórico reciente, encierra también una profunda dimensión mítica. Trutshing Rinpoche, lama del monasterio de Rongbuk, había dicho mucho antes del éxito de 1953 que Ang Lhamu, compañera y segunda esposa de Tenzing Norgay, era la encarnación de la diosa Miyolangsangma que mora en la cima del monte.

Alrededor de la vida de este notable *sirdar*^c se podría construir ya de por sí una épica completa, similar a la de muchos antiguos héroes mitológicos. Su ascensión estuvo guiada por una fuerza interna evolutiva similar a la que llevó a las aves más allá de su

condición anterior de reptiles. En consonancia, cuando se armó una controversia porque la Corona inglesa no le dio el mismo título de “caballero” que al desde entonces sir Edmund Hillary, él se preguntó públicamente: «¿un título me dará alas?». ⁶

Si bien otro gran *sirdar* que lo precedió, Ang Tharkay, fue condecorado con la Legión de Honor gala y viajó a Europa tras su hazaña en el Annapurna, el éxito al que tuvo que enfrentarse Tenzing no tuvo precedentes entre los sherpas. No fue reconocido solo como un experto guía de montaña entre los alpinistas, sino que fue amado por nepalíes, hindúes, tibetanos, y por todos los asiáticos en general. Ed Douglas cuenta que en Katmandú «un lama budista explicó que Nepal había dado dos grandes hombres a la historia: Gautama Buddha y Tenzing Norgay». ⁶

Tendremos que permanecer vivos durante algunos siglos para saber si a este lama efectivamente se le fue o no la mano con semejante comparación, pero hoy ya podemos afirmar que Tenzing marcó una época y una actividad: el montañismo, asociado desde siempre al heroísmo, a los estados místicos, al tener los pies en la tierra y al mismo tiempo elevarse, al saber compartir con un compañero una cuerda y una aventura, al encuentro con los *yetis* internos y con las divinidades que nos habitan, a la preparación física, a la acumulación de energía, a la iluminación y a la inmortalidad.

Normalmente era llamado por su nombre y apellido, “Tenzing Norgay”. Sin embargo, por su origen tibetano, se lo conoció como “Tenzing Bothia”. Luego, con el paso de los años, se convirtió en un famoso guía de montaña y empezó a ser reconocido como “Tenzing Sherpa”. Preguntado por esta variación de sus apellidos, él dio una respuesta absolutamente inmortalista: «Mi nombre ha cambiado a menudo». ⁶

Dentro de la tradición hindú, los *siddhas yoguis* inmortales^d se caracterizan justamente por asumir una multiplicidad de nombres y hasta de aspectos físicos a lo largo del tiempo. El más famoso de ellos, Babaji, se ha manifestado por ejemplo como Shiva, Gorakhnath o Harakhan Baba, entre otros muchos nombres y personalidades, pero ya volveremos más adelante sobre quien es probablemente el inmortal realizado con el que más gente se ha topado en algún momento.

Ahora ya es tiempo de acabar con los preparativos y adentrarse en la cordillera, pero como en esta expedición a la inmortalidad física es mejor llegar a la cumbre en buenas condiciones, es preciso ir familiarizándose con alguna filosofía inmortalista de entre las varias tradiciones que pregonan tal aspiración.

Sin embargo, en todos los casos, y sea cual sea la práctica de nuestra elección, por una cuestión básica de supervivencia, es recomendable pasar antes que nada por Namche Bazaar, capital de los sherpas, y contratar allí a unos cuantos guías de elite, herederos de quienes durante siglos han frecuentado las altas montañas, acostumbrándose así a una suerte de “filosofía práctica de la escalada”.

Cuando un montañista parte a los Himalayas, sus familiares, parejas y amigos le desean suerte para alcanzar la cima, pero sobre todo para que se mantenga con vida. Quieren que ese fantasma de hielo y roca que es la gran montaña elegida cada temporada no les arrebatte a aquel con el que quisieran estar juntos para siempre. En esta expedición, sin embargo, ambos deseos confluyen en uno solo, pues anhelar que un ser querido alcance la cumbre de la inmortalidad física reúne en forma indisociable al deseo por su supervivencia con el deseo por el éxito de su empresa.

2. Breve historia épica de los sherpas

«Con los quinquis pasa un poco como con los sherpas: al que llega a los catorce años, no hay quien lo mate».

EL LUTE

Miyolangsangma y los sherpas

Procedentes del Tíbet Oriental, los sherpas llegaron hace más de cinco siglos a la región nepalí del Khumbu, que se extiende a las orillas meridionales del monte Chomolungma. La lengua de este mítico pueblo de pastores budistas es muy similar a la tibetana, y el origen de su migración reciente está inscrito tanto en el término local para denominarlos, *bothias* o “tibetanos”, como en el término que ellos se dan a sí mismos, sherpas u “orientales”.

Desde que arribaron al Himalaya central, a la zona que queda alrededor de casi todos los ochomiles del planeta, comenzaron a cruzar con sus ganados de yaks a través de los collados que separan los valles y que muchas veces se alzan por encima de los 5.000 metros.

En su cosmología hay dos tipos de seres muy significativos: dioses o diosas que, como Miyolangsangma en el Everest, habitan en las cumbres de los grandes picos, y criaturas horribles como el *yeti* o “abominable hombre de las nieves”, una suerte de simio u oso gigantesco que vive en las laderas inspirando el miedo o bien la compasión. Según Tashi y Judy Tenzing, son avisos para mantenernos alejados.

En los mitos tibetanos, Miyolangsangma es reconocida como una diosa que aumenta la salud, la longevidad y la fuerza de quienes la adoran, y ella misma en general ama a los sherpas.

Como contrapartida, estos siempre se han acercado a la montaña con respeto, al punto de nunca haber puesto la dirección de sus esfuerzos hacia las cimas, o al menos no antes de la llegada de los montañistas europeos.

De hecho, cuando en 1856 se publicó la altura de la montaña más alta de la Tierra, los europeos tampoco se tomaron en serio la posibilidad de escalarla, pero no tanto por respeto a la divinidad, sino por el desconocimiento de si esto era posible desde un punto de vista técnico y de supervivencia humana.

Jamling Tenzing Norgay, quien hiciera ondear por primera vez la bandera tibetana en el Chomolungma y fuera hijo del héroe máximo de esta epopeya, escribió que «los sherpas, incluido mi padre, siempre han hablado del acercamiento al Everest con respeto, conocimiento, humildad y devoción. Si los escaladores extranjeros hubieran entendido mejor la cultura, la historia, los valores y las creencias de la gente que ha vivido a la

sombra del Everest durante siglos, quizás no se habrían topado con tantas dificultades en las ascensiones. Su deseo de alcanzar la cima a toda costa consume sus energías y eclipsa su buena suerte».⁷

Cuando los ingleses comenzaron a construir la villa veraniega de Darjeeling para descansar de la asfixiante Calcuta, los sherpas, que no poseían ganado propio o que estaban sedientos de nuevas y más convenientes experiencias, fueron allí a buscar trabajo en la construcción. Ya a fines del siglo XIX los primeros exploradores e himalayistas occidentales habían tomado perfecta conciencia de la capacidad física y mental de estos jóvenes asiáticos para ir montaña arriba, al punto que la fotografía tomada por el doctor Alexander Kellas entre 1907 y 1909 llamada *Sherpas en un pico de Sikkim* se hizo mundialmente famosa.

Con la constatación del talento sherpa, poco a poco los europeos fueron adquiriendo la costumbre de contratarlos, de forma que finalmente resultaron imprescindibles en cada reconocimiento de terreno y en cada ascensión.

Dice la entrada de la enciclopedia de montaña de *Desnivel*: «Su capacidad y abnegación han sido siempre puestos de relieve. Serviciales y de enorme resistencia, su cualidad técnica a veces es más que notable. No suelen limitarse al transporte de cargas, también abren huella, equipan la ruta, funden nieve, montan tiendas y llevan a cabo otros servicios para mayor comodidad de sus clientes. [...] A menudo se debe a ellos todo el peso de una ascensión».⁸

Hasta los primeros intentos británicos, los sherpas vivieron en el regazo de la diosa sin intentar jamás trepar hasta la coronilla de su séptimo *chakra*, pero cuando por fin se declaró la empresa y se necesitaron porteadores y guías de montaña, lo que para unos se perfiló como una nueva conquista para su gloria individual, de su grupo o nación, para otros fue la posibilidad de empezar a ganarse el derecho a una vida digna y el inicio de un acercamiento entre el ser humano y el ser divino.

Como se sabe, quienes consiguieron hacerse por primera vez con la vivencia de la cima mayor fueron un neozelandés, digamos que por esas cosas de la vida, y un sherpa, simplemente porque no podía ser de otro modo.

¿Fue acaso injusta la diosa con los británicos que habían financiado y organizado la exitosa expedición de 1953 sin tomar en cuenta siquiera la inminente coronación de su reina Isabel II?

No, si hacemos un breve recorrido histórico –como el que emprenderemos a continuación– y observamos el papel que desempeñaron los sherpas en la epopeya del Chomolungma y en toda la historia del himalayismo.

Protección y advertencias de la diosa

El tesón sherpa para trascender los propios límites, así como su entrega a la voluntad de la divinidad, son ejemplos que puede seguir todo inmortalista. Su actitud en la alta montaña es la mejor demostración de lo que es necesario para coronar una gran empresa. ¿Y qué mayor empresa que la búsqueda de la inmortalidad física y espiritual? Para lograrla, vimos que el sumerio Utnapishtim contó con la ayuda de un protector celestial: el dios Enki. Pero ¿quién fue el protector de los sherpas en su ascenso épico? ¿Quién los transformó de un pueblo pobre y desconocido en un ejemplo para la humanidad?

Dice Ed Douglas: «La figura de Miyolangsangma se convirtió en la de generosa benefactora, y siempre se la representa realizando una ofrenda. [...] Su papel como portadora de riquezas y bienes para quienes honren la montaña es evidente [...]. De ser un símbolo de la abundancia, Chomolungma se ha convertido en una verdadera fuente de riqueza y ha sustituido, hasta cierto punto, al comercio y a la agricultura de la que vivían los sherpas antes de que China invadiera el Tíbet y restringiera la actividad transfronteriza. Quizá en el futuro Khumbu'i Yulha, el dios patrón de los sherpas, hallará una rival en la otrora oscura pero hoy alabada Miyolangsangma».⁶

Hay muchas historias ocurridas en las últimas décadas en las que la diosa se le ha aparecido en las laderas del monte a “sherpas de elite” como Wongchuk, Jangbu y Ang Rita, tanto en forma de sueño como con cuerpo tridimensional, y siempre perdiéndose luego en dirección a la cima del monte, como todo inmortal realizado que se precie de su divinidad. El mensaje que les transmitía era siempre el mismo: el enfado que sentía por la excesiva cantidad de escaladores que sin respeto horadaban sus laderas dejando ingentes cantidades de basura.

Pero últimamente no solo a ellos se presentó la diosa. Jamling cuenta que: «los sherpas conocen muchos relatos de visiones de hechos sobrenaturales que parecen suceder con más frecuencia a grandes altitudes y, sobre todo, en el Chomolungma. [...] Sin embargo, el tema picó mi curiosidad cuando un escalador y cámara estadounidense, Jeff Rhoads, tuvo un insólito encuentro con una diosa —o un espíritu— cerca de la cumbre del Everest en 1988».⁷

Al parecer, la diosa sigue manifestándose y explicando a quienes más la adoran el motivo de las continuas tempestades y mortales aludes que desencadena en medio de las

temporadas de escalada, que son siempre consecuencia de profanaciones y contaminaciones de los espacios que hasta hace muy poco tiempo permanecieron vírgenes. La comunicación con ella está siempre abierta, pues mientras para los pueblos tibetanos la relación con la divinidad es tan íntima que terminan volviéndose uno con ella, en Occidente, por el contrario, desde hace varios siglos que la humanidad viene negando su propia condición divina. O sea, su iluminación e inmortalidad.

De un lado, el oriental, Edmund Hillary narra en sus memorias que vio en la cumbre cómo el *sirdar* «había situado pequeñas ofrendas [...] a los dioses del Chomolungma que habitaban la cima de esta montaña, como todos los devotos budistas (Tenzing lo era) creían».⁹

Por el lado occidental, David Torres y Rafael Conde nos enfrentan cara a cara con el sino de nuestra cultura, que es la oposición radical entre humanidad y divinidad, preguntándose: «¿No habitaban los dioses en lo alto de una escarpada montaña? ¿No habían arrojado a los infiernos a un esforzado mortal empeñado en trepar con sus propias manos hasta lo alto del Olimpo? [...] Ahí tenía, tal vez, un tema para un ensayo: la condena del alpinismo en la mitología griega».¹⁰

Las primeras expediciones

La cadena de hazañas protagonizadas a lo largo del siglo XX por sherpas y sherpanis es, en sí misma, una epopeya incomparable de primer orden. Los expedicionarios e himalayistas que han compartido aventuras con ellos muy pocas veces han pasado por alto el servicio incomparable que les han prestado y les prestan los integrantes de este pueblo de montaña. Si se recopilasen las continuas referencias a los sherpas, ya sería todo un homenaje^e.

En términos de Peter Matthiessen: «Como sucede con todas las tareas que realizan los sherpas, el ofrecimiento y la ejecución son alegres. [...] Están siempre atentos para encontrar maneras de ser útiles, pero nunca insisten ni, menos aún, se muestran serviles. [...] Su dignidad, sin embargo, permanece intacta, porque el servicio se presta libremente; se sirve a la tarea, no al patrón. [...] Estos hombres sencillos y sin educación se comportan con la sabia serenidad de monjes».¹¹

Esto coincide con el descubrimiento de Eric Shipton, uno de los más grandes expedicionarios occidentales de los Himalayas, quien manifestó que a los sherpas les gustaba “servir sin ser serviles”.

En la década de los 1920s sobresalió un puñado de héroes llamados *tigres de la nieve*^f y empezó a cobrar cada vez más importancia la figura del *sirdar*, tanto interlocutor de los sherpas y de los portadores ante los europeos como un miembro más del equipo de escalada con pleno derecho a la cumbre, sobre todo a partir de la consagración de Tenzing Norgay, figura mítica que llevó la palabra “sherpa” a oídos de todo el mundo, siendo desde entonces sinónimo de “coraje” y “hospitalidad”.

Pero vayamos a los hechos y a los nombres: George Mallory fue el protagonista indiscutido de las expediciones al Everest de 1921, 1922 y 1924, pero pocos saben que el sherpa Nima Tendrup había estado también en las tres expediciones, y luego – desaparecido ya Mallory– también participó en la de 1933, siendo su propia experiencia el único enlace directo con las tres expediciones de la década anterior.

Y en 1924 Howard Somervell y Edward Norton fijaron el Campo Seis a 8.171 metros de altura e intentaron sin oxígeno la cumbre, sobre todo gracias a los esfuerzos de Lhakpa Chedi, Semchumbi y Norbu Yishang.

Ang Tharkay y la segunda generación

En la década de los 1930s la figura de Ang Tharkay comenzó a sobresalir entre el resto de sus compañeros, erigiéndose pronto como el *sirdar* con el que todas las expediciones querían contar.

Stephen Venables dice de él: «Batió muchos récords y fue admirado y recordado por cientos de expertos en la cordillera. [...] Su primera escalada fue con un equipo bávaro al Kanchenjunga [...] en 1933. [...] Demostró su carácter en la montaña al cargar en una ocasión con el peso de un porteador enfermo y transportar en total casi 72 kilogramos a una altitud considerable. Su talento como escalador solo era igualado por su don para la organización y su aptitud única para tratar con la gente».¹²

Ang Tharkay fue quien le mostró a los sherpas su valía en la alta montaña, poniendo su propia vida como ejemplo de profesionalidad. De alguna forma Shipton se convirtió en el espejo de Ang Tharkay, con quien compartió tantas expediciones. Hillary una vez escribió: «Lo importante fue lo que aprendí de Shipton: su carácter, su habilidad para mantenerse calmado y cómodo en cualquier circunstancia».⁹

Pero bastante antes Shipton mismo había escrito algo muy similar acerca de Ang Tharkay: «Mantenía la calma en cualquier crisis. Era una persona adorable: modesta, altruista y totalmente sincera, con una alegría de espíritu contagiosa».¹³

Fue una alianza extraña pero muy productiva la que se dio entre sherpas y escaladores europeos, sobre todo a partir de 1934 con Shipton y Ang, pues mientras Occidente puso la técnica y los medios económicos, Oriente colaboró con el conocimiento práctico de los sherpas. Y así, Oriente y Occidente se miraron uno en el otro, uniéndose para alcanzar juntos las grandes cumbres.

En 1935, el joven Tenzing acababa de ser contratado por Shipton para formar parte del equipo que iría a tentar la suerte en el Everest. Ese fue su primer intento de los siete que hizo. Dice Douglas de él: «Desde el principio demostró tener fuerza, alegría, entusiasmo y energía, además de un don natural para el alpinismo. [...] Aprendía sobre la marcha, basándose en su afinidad intuitiva con la montaña. [...] Cruzó el glaciar ejerciendo como guía».⁶

En la expedición de 1938 liderada por Bill Tilman, con Eric Shipton como candidato a hacer la cumbre y Ang Tharkay como indiscutible *sirdar*, Tenzing se mostró infatigable

por arriba de los 7.500 metros y abrió camino en casi todo momento. Según Douglas, a los 7.860 metros «marchaba bien, pero ninguno de los demás iba cómodo».⁶

El ocho de julio de ese año llegó a los 8.300 metros y descendió nuevamente al Campo Cinco junto a Pasang Bhotia y otros sherpas, pues no había tienda para ellos. Al día siguiente, al alba, Shipton y Frank Smythie atacaron la cima, pero, al parecer, la diosa quería ahí arriba, por lo menos, a uno de los hijos de su tierra. No lo consiguieron, ni tampoco Bill Tilman y Peter Lloyd en el segundo intento.

Mientras tanto, el conocimiento de las proezas sherpas descendía año tras año de las grandes laderas de los setemiles y ochomiles del Himalaya. En el monte K2, por ejemplo, de 8.611 metros, segundo más alto del mundo y el más duro según muchos escaladores, Fritz Wiessner y Pasang Dawa Lama llegaron a 250 metros por debajo de la cima.

Las descripciones que aquí y allá salpican los libros de montañismo halagando a los integrantes de este pueblo se trasforman poco a poco en una constante, hasta que en junio de 1950 por fin se logra coronar la primera cima sobre los 8.000 metros: el Annapurna. Quienes terminaron por hacer cumbre, los franceses Maurice Herzog y Louis Lachenal, llegaron a los 7.500 metros acompañados de los sherpas Sarki y Ang Tharkay, *sirdar* de la expedición. Ahí, a apenas medio kilómetro debajo de la gloria, los franceses invitaron a Ang a intentar hacer la cumbre con ellos, pero él se negó, aduciendo que se le congelaban los pies.

Pasando el cenit del siglo, con el lado tibetano cerrado por la invasión de los chinos y con el lado nepalí recién abierto a los europeos, ya solo importaba el Everest y solo era posible por el flanco sur.

Casi había que empezar de nuevo. En la expedición de reconocimiento de 1951, nuevamente el *sirdar* fue Ang Tharkay, quien enseguida se colocó al frente de los montañistas Hillary, Shipton, Earle Riddiford y Pasang, que además de ser un escalador brillante y lleno de recursos, también era un lama budista.

Ang Tharkay abrió camino más allá de la peligrosísima cascada de hielo del Khumbu como si fuera un yeti haciendo zig-zags y fijando cuerdas entre monumentales *seracs*. Ese sería su último intento como *sirdar* en el Everest antes de pasar el relevo al mejor preparado de los sherpas de la siguiente generación.

El encumbramiento de Tenzing

Al año siguiente, en la expedición de los suizos, el guía alpino Raymond Lambert y Tenzing «acabaron acampando a unos 8.302 metros sin sacos de dormir y con botellas de oxígeno que apenas funcionaban. Aun así, y entorpecidos por el peso de un oxígeno que casi no mejoraba su respiración, emprendieron la marcha hacia el Pico Sur, el punto más alto en el que nadie había estado antes».¹¹

La última noche antes del asalto a la cumbre la pasaron a una altitud inédita para la especie humana. No llevaban con ellos nada para beber y las botellas de oxígeno los aturdían. El grupo formado por Leon Flory, Rene Aubert, Phu Tarkay, Da Namgyal y Pasang Phutar había llegado con ellos dos hasta el pie de la pared del Lhotse, y los suizos un poco más alto aún, pero ya todos estaban muy por debajo de la cordada formada por los dos guías como para representar un apoyo serio.

Los amigos Lambert y Tenzing, desde entonces casi hermanos, arrancaron hacia la cima en un ascenso imposible. Cuenta el biógrafo del sherpa: «Tenían que detenerse cada 20 metros para recuperarse. [...] Al cabo de cinco horas, Lambert calculó que habían subido poco más de 200 metros. [...] La única decisión posible era bajar. [...] A 8.597 metros aproximadamente, admitieron su derrota y descendieron. [...] Aquella tarde llegaron al Collado Sur, tras abandonar la tienda y las botellas de oxígeno en el camino para la siguiente expedición que atacase la cima».⁶

Esto último no es un dato menor, el que un escalador que no llegue a lo alto de la montaña deje tienda y oxígeno para los intentos posteriores. Los inmortalistas que no logran su cometido y tienen que ceder ante la muerte dejan también huellas, técnicas y resguardos para quienes lo intenten más adelante.

Al igual que las externas, las grandes cumbres interiores son desafíos colectivos cuyas conquistas se desarrollan en etapas. De hecho, que sherpas e inmortalistas en general no se guarden para sí un secreto descubierto a veces al precio del riesgo de la propia vida es lo que quita validez a las críticas que señalan, como un dogma, la imposibilidad de lograr la vida eterna.

Ese mismo tipo de críticas eran las que se desplegaban un siglo atrás en cuanto alguien mencionaba que era posible escalar el Everest con las propias fuerzas. No

obstante, algunos de entre quienes creyeron en su propia capacidad y en el favor de los dioses continuaron adelante.

Jamling da cuenta muy bien de este “seguir hacia delante” al que tuvo que enfrentarse Tenzing: «Por cada persona que ha perdido la vida en el Everest, cinco han alcanzado la cumbre. Sin embargo, [...], allí acostado en la oscuridad, mi padre era completamente consciente de que, hasta aquel momento, dieciocho personas habían muerto y ninguna lo había conseguido».⁷

Cuando en la capital sherpa, Namche Bazaar, se encontraron con Hillary, que fue a esperarlos sabiendo que en 1953 los británicos tendrían su oportunidad, Tenzing y Lambert le aconsejaron que llevara un equipo de oxígeno que funcionara y que abasteciera adecuadamente el Collado Sur, cosa que ellos no habían hecho.

Era probable que el *sirdar* de los británicos el año siguiente fuera Ang Tharkay, y nada garantizaba que Tenzing participara de esta expedición, pero los consejos que les dieron, abriendo gustosamente el camino para los que venían detrás, no fueron observaciones secundarias si consideramos que al año siguiente los británicos llegaron al Collado Sur con trece sherpas, y dos de ellos en realidad por partida doble, ya que bajaron al campo inferior a por más carga. Entre ellos transportaron un total de 350 kilogramos entre equipos y comida, mientras que la primavera anterior los suizos habían llegado allí con solo cuatro sherpas, sin oxígeno ni tiendas.

En el otoño de 1952 los helvéticos probaron de vuelta y llegaron al Collado Sur descorazonados tras la muerte del sherpa Mingma Dorje, sepultado por un alud, pero los 30 grados bajo cero hicieron imposible la empresa. Otra vez los que llegaron más alto fueron Lambert y Tenzing. Fue un intento desesperado, pues «el feroz viento invernal azotaba la montaña y la cima quedaba totalmente descartada».¹²

La expedición británica de 1953

En la primavera de 1953 llegó de nuevo el turno de los británicos. A Tenzing Norgay le ofrecieron el empleo de *sirdar*. Tras dudarlo, aceptó y a partir de entonces se abstuvo del alcohol y del tabaco, empezó a entrenarse para recuperar la forma física e hizo grandes caminatas desde Darjeeling cargando con una mochila llena de piedras, al mejor estilo de los “votos” que toman los *sadhus*⁸ seguidores de Shiva.

Tenzing era un budista convencido, pero alrededor de él todo olía a iniciación shivaíta que, según Alain Daniélou, es la única verdadera iniciación, pues «todos los cultos místicos son de carácter shivaíta o dionisiaco».¹⁴

Por diferentes motivos que van desde la revelación por parte de James Watson y de Francis Crick de la estructura helicoidal del ácido desoxirribonucleico (ADN) hasta las primeras conversaciones entre rusos y norteamericanos para ponerle fin a las armas atómicas, el año de 1953 fue muy especial dentro la historia de su siglo.

Vicente Merlo cuenta que «Serge Reynaud de La Ferrière, fundador de la Gran Fraternidad Universal, señalaba el año 1953 como comienzo de la Era de Acuario; Mirra Alfassa, compañera espiritual de Sri Aurobindo, afirmará que en febrero de 1954 se produjo por primera vez el descenso de la conciencia supramental a la Tierra».¹⁵

Mientras tanto, el 7 de mayo del año inicial de la Era de Acuario se celebraba una conferencia entre Edmund Hillary, Charles Evans y John Hunt en una tienda en las laderas del monte Everest. El jefe de la expedición, Hunt, decidía que Evans formaría parte de la primera cordada que intentaría asaltar la cumbre y que de la segunda formaría parte Hillary, que al principio de la ascensión, por la zona de la cascada del Khumbu, anduvo atado a diferentes escaladores y abriendo camino con energía.

Tenzing Norgay aún permanecía en el Campamento Base en su puesto de *sirdar*, organizando al nutrido grupo de sherpas y porteadores que llevarían montaña arriba los pertrechos de la expedición, tarea esta última que desempeñaría con Charles Wylie durante toda la epopeya.

Sabiendo todos que Tenzing era el hombre fuerte en la montaña y que ninguno había llegado tan lejos ni tan alto como él, el neozelandés se puso feliz cuando comenzó a encordarse junto al *sirdar*. Ante una grieta en la que Hillary cayó en un descuido,

Tenzing tuvo una reacción rápida en la que clavó el *piolet* en el suelo, evitando así la muerte de ambos para luego remolcar a Ed.

Lo cierto es que quienes hasta hace muy poco tiempo eran prácticamente desconocidos entre sí, ya marchaban muy bien juntos. El futuro sir y benefactor del pueblo sherpa reconoce: «Había encontrado en Tenzing a un admirable compañero, capaz, dispuesto, y extremadamente agradable. Su trabajo con la cuerda fue de primera. [...] Se mostraba muy fuerte y decidido, y estaba muy bien aclimatado».⁹

El 14 de mayo George Lowe y Ang Nyima, gran héroe sherpa de la expedición junto a Da Namgyal y Tenzing, abrieron la ruta hasta el Campo Siete, a 7.200 metros. Una semana después Wilfrid Noyce y el sherpa Annullu subieron por encima de este campo con botellas de oxígeno para aprovisionar al resto, abriendo camino y haciendo el desgaste en las zonas más difíciles de la montaña. Al día siguiente, llegó la cordada de Ed y Tenzing. Siguió así la ascensión grupal hacia la residencia de la diosa Miyolangsangma. Noyce y Annullu volvieron y se reunieron con ellos después de haber alcanzado el Collado Sur. Luego Tenzing identificó el lugar más alto al que había llegado en la primavera del año anterior junto con Lambert.

Los dos asaltos a la cima

El primer equipo de asalto lo formaron Evans y Tom Bourdillon, con el apoyo de Hunt y del sherpa Da Namgyal, hasta que estos dos últimos ya no pudieron seguir más arriba con la carga y se deshicieron de todo el peso a unos 8.340 metros.

Regresaron al Collado Sur y le dejaron vía libre a la cordada de ataque.

El 26 de mayo Evans y Bourdillon se lanzaron a la cumbre y cruzaron más allá de la Cima Sur, a 8.530 metros. Cuenta Hillary: «Estábamos a 7.500 metros. [...] Muy por encima de nosotros, aparecía la Cima Sur del monte Everest, unida al Collado Sur por la larga cornisa del sudeste. Y moviéndose por esa cornisa había dos diminutas figuras, era el primer equipo de asalto, Evans y Bourdillon. [...] Ya estaban más arriba de lo que nadie había estado. [...] Hunt y Da Namgyal habían llevado sus pesadas cargas hacia la cornisa sudeste, tan alto como buenamente pudieron. [...] Da Namgyal era un sherpa fantástico».⁹

Nada parecía detenerlos. Sin embargo, aquí se repite lo mismo que ya había sucedido con Shipton y Smythie quince años atrás: faltaba un sherpa en la cordada. La diosa protectora, Miyolangsangma, puso en Evans la prudencia que le faltó a Bourdillon, pues si seguían, como este último pretendía, la hazaña hubiese significado un triunfo puramente británico, además de dos muertes seguras, británicas también.

La segunda cordada de asalto la formaron Tenzing e Hillary, y contó con el apoyo de Lowe, Alfred Gregory, Ang Nyima y Pemba, que ya estaban a 7.800 metros. Pemba enfermó y no pudo seguir, pero Ang Nyima llegó más arriba aún, dejó las cargas y ayudó a instalar el –hasta entonces– campamento más alto de la historia. Antes de descender al Collado Sur, según Hillary: «Ang Nyima hizo un ruego. Quería quedarse con nosotros para ayudarnos al día siguiente. Esta demostración de lealtad y generosidad de un hombre que, obviamente, iba a tener grandes dificultades en bajar, me afectó profundamente, y resaltó todo lo bueno que tienen los sherpas».⁹

El resto es de sobra conocido: Ed y Tenzing sortearon el famoso escalón y permanecieron atados a la cintura, confiados en sí mismos y en el otro.

Cuando llegaron por fin arriba, Hillary le tendió la mano, el *sirdar* la encajó y abrió los brazos con alegría. Se quedaron así con el mundo bajo sus pies y palmeándose la

espalda. Luego comieron un trozo de pastel de menta, el sherpa hizo las ofrendas a la diosa y se quedaron unos instantes a disfrutar antes de emprender el descenso.

El legado espiritual de los sherpas

Tras este breve recorrido por la historia de unos pastores budistas devenidos escaladores durante la primera mitad del siglo XX, si buscamos una épica que nos conduzca hasta el gran monte de la inmortalidad física en el siglo XXI, ¿qué mejor pues que seguir el ejemplo de estos magníficos guías de montaña!

Las hazañas de los sherpas no culminaron aquella mañana de 1953. En el otoño del año siguiente, el otro gran sherpa de quien casi no hablamos aún, Pasang Dawa Lama, llegó por primera vez a la cumbre de la Diosa Turquesa, el Cho Oyu, guiando a la cordada de los austriacos Herbert Tichy y Sepp Joechler. El sherpa iba abriendo huella y los esperó a pocos metros de la cima para que pudieran llegar todos juntos. La segunda expedición que logró la cumbre, formada por hindúes en 1958, también fue conducida por el ya mítico monje *sirdar*.

Dawa Lama hubiese merecido un apartado para él solo. En 1934 fue el primero en arribar al Chomolhari en una expedición ligera formada por tres sherpas y un europeo. En 1939, casi se convirtió en el primero en llegar a la cima del “salvaje” K2 en una expedición trágica, pasando el “cuello de botella” junto al alemán Fritz Wiessner. En 1954, casi fue también el primero en el Dhaulagiri, quedándose a 100 metros junto al argentino Gerardo Waltz, luego ambos protagonistas de un descenso dramático.

Podríamos seguir un buen rato con el sherpa lama, pero entonces no quedaría espacio para decir que Ang Nyima, gran héroe local junto a Tenzing Norgay en el Everest en 1953, un año después fue el primero en llegar al Dhaulagiri VII; que el mismo Tenzing, además, hizo la primera del Imja Tse, igual que Dorje en el Gauri Sankar. Y que quienes inauguraron la cima del Shivling, en el Garthwal, fueron Bemba Tharkay y Ang Tharhay, por no hablar de Gyaltzen Norbu, primero en el Api y *sirdar* en la primera al Makalu en 1955 y al Manaslu en 1956, llegando en ambos casos a la cumbre, una vez con Toshio Imanishi y otra con Guido Mangone y Jean Franco, al día siguiente que Jean Couzy y Lionel Terray.

Entre las hazañas más recientes, en 1999, Babu Chiri Sherpa plantó una tienda y durmió a solo 30 metros por debajo de la cima del Chomolungma, pasando allí casi veinte horas sin oxígeno suplementario. Al año siguiente, fue del Campamento Base a la

cima en solo dieciséis horas. Y uniendo alpinismo con longevidad, el sherpa Min Bahadur Scherchan llegó al techo del mundo con 77 años cumplidos.

Y solo estamos hablando aquí de los sherpas, porque en el Himalaya Karakorum, donde se alzan ochomiles como el K2, el Broad Peak y los Gasherbrum, las hazañas nativas son realizadas también por los *baltis* o los *hunza*, que merecerían un libro aparte dedicado a ellos solos^h.

Todos ellos demostraron que mientras haya desafíos habrá ganas de vivir, y que estas ganas intensas de vivir son el mejor seguro de vida existente. También que es posible traspasar cada vez un poco más los nuevos límites de la capacidad humana, hasta entender que cualquier cosa es realizable en esta dirección.

Si continuamos por la senda abierta en la nieve por este pueblo, si nos hacemos “montañistas interiores” hasta el pico más elevado que pudiera existir para nosotros, quizás algún día podamos mirar a nuestro compañero o compañera de cordada, ojalá un guía de elite como aquellos con los que tantos himalayistas tuvieron la suerte de contar, y escribir luego algún párrafo similar a este salido de la pluma de Hillary: «Eran las once de la mañana, [...] tenía una vaga sensación de asombro, de haber tenido la suerte de alcanzar la ambición de tantos escaladores valientes y decididos. [...] Me volví y miré a Tenzing. [...] Podía ver su contagiosa sonrisa, de claro regocijo».⁹

3. Grandes cumbres y abismos del Himalaya interior

«El mundo a mis pies parecía más lejano que la cima. ¿Hacia dónde tendía yo, hacia abajo o hacia arriba?»

REINHOLD MESSNER

El montañismo interno

La ascensión al monte Chomolungma fue la mayor gesta de escalada de todos los tiempos, significó poner en marcha una enorme cantidad de recursos materiales junto a una cuidadosa planificación, y movilizó a cientos de nativos y guías de montaña sherpas, británicos, suizos y tantos otros durante más de media centuria. Todo ello para que dos de los más aguerridos himalayistas de mediados del siglo XX coronaran la montaña por primera vez.

Esta gesta puede ser analizada a su vez como una representación exterior de la verdadera ascensión, aquella del humano que asume y vive su condición de ser eterno, cuya consciencia ya es inmortal y cuyo cuerpo también puede llegar a serlo.

El alpinismo no es la única metáfora en torno a la inmortalidad, pero es un buen motivo inicial de exploración, pues a nadie se le escapa que los pioneros que tanto arriesgaron su vida por cumplir con esta gesta iban mucho más allá de una mera expectativa profana, y que nadie se juega tantas cosas sin la intuición de que en la cima puede haber algo más que el final del suelo. Según Alejandro Jodorowsky, su maestro zen Ejo Takata le dijo: «Los maestros osan seguir trepando, se atreven a penetrar en lo desconocido, donde no hay indicaciones ni medidas, donde el yo se esfuma, donde la consciencia se eleva por encima del mundo, sin intentar cambiarlo, hasta percibir aquello que no son palabras».¹⁶

El británico Tilman, jefe de la expedición de 1922, le dijo por ejemplo a Dzatrul Rinpoche, superior del monasterio de Rongbuk que bendijo las expediciones que partían del lado tibetano, que ellos «no querían escalar el Everest por prestigio nacional, sino porque estaban haciendo una especie de peregrinaje espiritual beneficioso para el cuerpo y la mente».⁶

Y Hugh Ruttledge, jefe de la expedición llevada a cabo catorce años después, decía de este mismo lama que «veía que nuestras motivaciones no eran materialistas y que habíamos tenido una especie de experiencia espiritual en el Everest».¹²

Las montañas, al igual que los experimentos de los alquimistas, representan en muchos casos las alturas donde se ancla la consciencia en el interior del cuerpo humano. Y así como la alquimia externa concentrada en convertir el plomo en oro es un símbolo de la verdadera escuela de la alquimia interna, el alpinismo externo representa también la

ascensión de la consciencia por los centros energéticos internos o *chakras* de los hombres y mujeres.

Tenzin Gyatso, actual Dalái Lama, escribía en un prólogo que el triunfo de Hillary y su tocayo Norgay «se convirtió en un ejemplo positivo y alentador de los posibles logros de la humanidad. [...] Uno de los místicos más famosos del Tíbet, el gran yogui Milarepa, pasó una provechosa época durante su búsqueda de iluminación espiritual meditando en los alrededores del monte Everest. Hoy se le recuerda como una especie de héroe nacional porque, pese a sus inicios como una persona normal y corriente, tuvo la determinación y realizó el esfuerzo necesario para alcanzar la iluminación en tan solo una vida. [...] Los lectores de este bello libro sobre el monte Everest [...] se conmoverán con el maravilloso esfuerzo de los escaladores al coronar su cumbre. Aun así, debo recordarles que en el Tíbet nos acordamos más de Milarepa por haber meditado en sus laderas y haber conquistado la cumbre de su mente».¹²

Las indicaciones de los diferentes maestros para que nos centremos en nuestro interior más que en lo externo son un tópico en todos los caminos hacia la realización. Por limitarnos solo al ocaso del siglo XX en Occidente, tiempo y lugar con un increíble desarrollo del mundo material, podemos unir las palabras de Eckhart Tolle cuando dice: «Interésate al menos tanto por lo que ocurre dentro de ti como por lo que pasa fuera. Si consigues que lo de dentro esté bien, lo de fuera encajará en su lugar»,¹⁷ a las de Ken Wilber, que afirmó: «El Testigo es consciente de las experiencias, pero no es ninguna experiencia, es la inmensa apertura y libertad en la que emergen y discurren todas las experiencias. [...] Permanecer atrapado en las experiencias es, por tanto, ignorar al Espíritu».¹⁸

La morada de los dioses y otros inmortales

Las montañas, con sus cumbres circundadas por un aire puro y enrarecido, igual que un estado elevado de conciencia, son la representación más obvia de quien deja atrás los valles de una vida corta con toda la energía puesta al servicio de los logros externos, para acceder por fin a una mirada ilimitada de la realidad.

Chogyal Namkhai Norbu, citando un *tantra* de la tradición *Dzogchen*, recita: «El saber *Dzogchen* es como estar en la montaña más alta: ningún estrato de la montaña guarda misterio ni está oculto, y aquellos que se encuentran en este pico más alto no estarán condicionados por nada ni por nadie». ¹²

No por casualidad todos los linajes iniciáticos del planeta tienen leyendas acerca de inmortales que viven en montañas reales o imaginarias, como el Fujiyama para los sintoístas o el *Kaf* para los sufíes.

Un caso muy elocuente es el de los ocho inmortales más famosos de la historia y del mito, que residen en el monte Penglai y cuyas imágenes han sido pintadas en el arte taoísta y sus aventuras narradas en la literatura china cientos de veces a partir del siglo VII, en los inicios de la dinastía Tang.

Y en Occidente, donde los inmortales son representados como dioses más que como humanos realizados, también sus montañas han sido residencias de seres divinos, siendo el caso más paradigmático el del monte Olimpo de los griegos.

En las tierras de *Abya Yala*, hoy conocidas como América, los espíritus de los Andes – los *Apu*– son considerados ellos mismos como dioses guardianes de las montañas. Incluso se ha llegado a divinizar a los montes mismos, como al masculino Popocatepétl y a la femenina Ixtaccihuatl, el volcán y la “volcana” que residen a pocos kilómetros de la capital azteca.

En la sierra mixe de Oaxaca, además, se sostiene que la cima de la prácticamente impronunciable montaña Ii’pyxyukp está habitada por unas veinte divinidades, y todo esto desde mucho antes que los ahora habituales embotellamientos en las cimas en plena temporada.

Roberto Canessa, jugador de rugby uruguayo que ha sobrevivido en el medio de los Andes después de que su avión cayera allí y de haber recorrido senderos imposibles con Nando Parrado durante días y noches sin el más mínimo equipaje, logrando que

rescatasen así a todo su grupo, nos habla de estos dioses y de estas montañas: «El dios de la civilización es un dios que te prohíbe. Esto sí, esto no. El dios de los Andes es un dios que te acompaña, [...] el dios amigo, el dios hombro con hombro. Es el dios del hombre cuando está destrozado, cuando ve que sus fuerzas no le alcanzan y le pide a Dios que le preste un poco». ¹⁹

Pero sin alejarnos tanto del Himalaya, el Nanda Devi, primera cima importante lograda por Tenzing Norgay, es la montaña de la “Diosa Madre de la India”, mientras que Chomolungma, en otra acepción a la ya citada, significa “Diosa Inconmovible Benefactora de los Toros”. Otros, como el Kanchenjunga, son montes tan sagrados que incluso los occidentales dan media vuelta antes de la cima por respeto a las tradiciones locales. Por último, otros como el Khumbila tienen la cima prohibida para no perturbar al dios principal de los sherpas.

La cantidad de montes considerados sagrados en el planeta es infinita: el Ararat bíblico, el Athos de los ortodoxos, el Abu de los jainistas, el Albán de los zapotecas, el Koya del budismo *shingón*, el Ulürü de los aborígenes australianos, el Kailas del budismo tibetano y también el Kailas del hinduismo, donde aún reina el dios Shiva, de quien se dijo en los años posteriores a 1953 que Tenzing era un *avatar* suyo, pues solo un dios encarnado era capaz de abrirse camino hasta la cima de tal monte.

Y podríamos seguir así dando ejemplos hasta el agotamiento, recorriendo las alturas desde la antigüedad clásica hasta la actual “cultura galáctica”, desde el monte Sinaí al monte Shasta, desde los bajitos como el Tabor, donde Cristo se transfiguró a 575 metros al nivel del mar, hasta los más difíciles de escalar, como los 7.762 metros del Hunza Kunji, que aún permanece virgen y rechaza a los mejores montañistas.

Pero no es esa mi intención, ni tampoco pretender que haya una sola explicación para este motivo tan repetido en toda la mitología planetaria, si es que se puede llamar así al conjunto de mitologías tribales y nacionales del planeta. Lo importante, sí, es recalcar que la senda más obvia siempre es hacia arriba. De hecho, lo primero que hace Gilgamesh camino de la morada del inmortal Utnapishtim es llegar a la montaña cósmica de Mashu, «cuyas cimas alcanzan la cúpula del cielo». ⁵

Inmortalidad e iluminación

El hecho de igualar una de las cumbres más altas al logro de la inmortalidad física, como lo vengo haciendo aquí, plantea una cuestión crucial, pues en general en todo Oriente, y ahora también en Occidente, con la canonización de la psicología transpersonal de la línea de Ken Wilber, se cree que la mayor aspiración que puede alcanzar el ser humano, y la única que realmente vale la pena, es la de la iluminación o “experiencia radical de la no dualidad”.

Esta idea hace siglos que viene condicionando la práctica de los buscadores espirituales en Oriente, desde el *Advaita Vedanta* hinduista hasta el *Dzogchen* o el *Zen* budistas, como si la “experiencia no dual” fuese lo máximo permitido al ser humano y la “inmortalidad física” una atribución reservada a dioses celosos de su morada.

Este condicionamiento se refleja muy bien en las cavilaciones de un buscador zen del siglo XVII, pues después de que su maestro, Hakuin, le transmitiera a sus discípulos un ejercicio que a su vez había recibido de Hakuyu, el *sennin* inmortal de la montaña y cuyo «resultado menor es una vida de tres siglos, y en cuanto al mayor, no se lo puede calcular»;²⁰ uno de ellos, llamado “Muerto de Frío”, duda entre seguir este sendero o continuar por la huella budista hacia la iluminación.

Se expresa así: «Supongamos que por medio de esta práctica me puedo mantener vivo durante ocho siglos como lo hizo el patriarca Ho, sin embargo [...] ¿cómo es que hoy en día, del grupo de los inmortales Kakko, Tekkin, Choka, Hicho, ni uno solo es visto jamás? Mejor tomar los cuatro votos universales, dedicarme a la senda gloriosa del *Bodhisattva* y practicar el gran *Dharma*. ¿Perderé el cuerpo de la verdad [...] con el objeto de obtener el cuerpo no perecedero de diamante del *sennin*?». ²⁰

Y con él, nosotros también nos preguntamos si efectivamente el de la inmortalidad física es un pico de mayor aspiración que el de la iluminación. Hoy por hoy está fuera de mis posibilidades responder a semejante cuestión, puesto que desde estas laderas interiores es muy difícil conocer exactamente lo que sucede tras los primeros bancos de niebla. Para saberlo con certeza hay que atravesarlos y ver qué ocurre allí con nuestra forma de relacionarnos con el cuerpo físico: si para seguir adelante es conveniente prescindir de él o bien continuar utilizándolo como un instrumento diamantino privilegiado.

De momento, solo nos queda constatar que no todo es lo que parece, al punto que los sherpas pensaron durante muchos siglos que el monte Makalu era más alto que su vecino Chomolungma o Everest, y que tardaron mucho en creerles a los europeos que sostenían lo contrario. Podemos asumir que en un primer momento no hay grandes diferencias entre el modo de escalar un monte y el otro, pero sí que las cumbres evidentemente son distintas y que en algún momento del recorrido deberemos optar por el Makalu o por el Chomolungma, por la iluminación o por la inmortalidad física, sea cual sea la montaña con que cada uno se represente a estos estados interiores cumbre.

Como ya hemos visto, es un hecho reconocido que los *rinpoche* tibetanos se han convertido en grandes expertos en el arte de morir en forma consciente y reencarnarse en lugares previamente elegidos. Thubten Wangchen dice que «los lamas importantes pueden elegir cuándo quieren morir, dónde quieren nacer, qué padres quieren tener»,²¹ y de un modo mucho más explícito, Jamling cuenta que Geshé Rinpoche, poco antes de morir en posición de meditación, le dijo a su ayudante personal: «Dentro de cinco años, ve al monasterio *gelugpa* de Mysore. Un chiquillo se acercará a ti y te tirará de la túnica. Seré yo».⁷

Entonces, corroborando la posible continuidad de la consciencia de un cuerpo al otro mediante este relato, pero también a través de cientos de otros similares que se pueden encontrar, por ejemplo, en el libro de Anagarika Govinda titulado *El camino de las nubes blancas*,ⁱ podemos afirmar que obtener la inmortalidad sería lograr un control absoluto sobre la propia muerte, lo que es igual a morir solo si se desea hacerlo, dónde y cuándo se desee; e idealmente no desearlo ni hacerlo, sino aceptar el desafío de vivir por siempre una vida plena y satisfactoria.

Pero ¿por qué podrían querer morir los lamas si pudieran no hacerlo? La creencia de que uno no es su cuerpo, sino solo su alma, tan típica de las cosmovisiones hinduista y budista tibetana, podría estar desempeñando un papel fundamental, aunque entre hindúes quien sobreviva a la muerte sea *jiva*, el alma anterior al nacimiento en el cuerpo físico, y entre tibetanos, sea el *namshés*, una suerte de “consciencia de la personalidad”. Según Alexandra David-Neel, es «aquel que tiene la idea del yo».²³

En el pensamiento chino tradicional, por el contrario, no hay como en el budismo y en el hinduismo una diferencia clara entre el cuerpo y el alma, sino más bien una práctica alquímica unificada que se ocupa de ir esculpiendo todas las manifestaciones del ser,

transmutando la materia en cuerpos cada vez más sutiles, pero sin sentir la atracción por la renuncia a ninguno de ellos.

Cuanto más aumenta la edad del practicante chino, de hecho, más aumenta la flexibilidad de su cuerpo, pues este asume cada vez más las cualidades del alma. No es raro que entre ellos la vejez inspire tal alto grado de respeto y que aspirar a la inmortalidad sea la consecuencia lógica de obtener la longevidad.

¿Qué tipo de acciones surgirían pues, entre los iluminados de hoy en día, a partir de la certeza de que ellos son tanto su alma como su cuerpo? Si los escaladores interiores pudieran comenzar sus búsquedas sabiendo que tal alternativa es posible y beneficiosa para todos los seres, y no un acto de arrogancia ni un “estadio inferior en la escala jerárquica” de las aspiraciones, entonces quizás sí que antiguas sendas se reabrirían y que otras nuevas se crearían en dirección hacia diversas altas cumbres de la consciencia, hoy tan poco exploradas.

Puesto que Occidente desde hace muy poco tiempo se está abriendo a este tipo de experiencias y posibilidades que resuenan tan extrañas para una cultura como la nuestra, con expectativas tan diferentes de vida y sobre todo de muerte, nunca está de más sugerir un acercamiento a estos niveles de la realidad sin prejuicios, como lo hace Stanislav Grof al declarar que «su clasificación de las experiencias transpersonales no se basa en ningún tipo de jerarquía, sino únicamente en los fenómenos».²⁴

Después de siglos de creerse dueña de la única verdad, la religión católica ha comenzado por fin a tender puentes con otros sistemas de creencias y prácticas, pero su ortodoxia aún conserva la idea, declarada abiertamente, de que en el fondo los otros buscadores continúan en el error, pues la experiencia y la palabra de Cristo son la máxima realización posible. Es muy interesante respecto de esto, el libro de Juan José Tamayo, *Fundamentalismo y diálogo entre las religiones*, donde queda claro que esta tendencia a la salvación solo por la propia vía se reproduce en los tres grandes monoteísmos: cristianismo, judaísmo, islam.

Pero ahora que una serie de trágicos sucesos –bombas atómicas, invasión china al Tíbet– han forzado la salida de muchos maestros de sus cuevas y templos, arrojándolos hacia estas playas occidentales de la conciencia, no sería deseable imponerle un nuevo dogma a nuestra experimentación de la realidad, tal como el de que la iluminación es la indiscutible y última cumbre suprema de la interioridad.

Simplemente se trata de aceptar que hay muchas cimas distintas para diferentes sensibilidades y que todas ellas son dignas de ser exploradas y compartidas, en lugar de ser dejadas de lado *a priori* como si estuvieran fundadas en el error.

Por último, vale decir que en todo caso se vuelve mucho más provechosa una vida iluminada e infinita que otra igual de iluminada pero efímera como la de la mariposa, que tarda tanto tiempo en hacer su metamorfosis y en salir del capullo para al final llevar su belleza por el mundo tan solo durante una jornada.

Si alguien es un iluminado, mejor también que sea un inmortal, así nunca deja de brindar su luz a toda la humanidad, por los siglos de los siglos.

El deseo de morir

Hablando del tópico de la inmortalidad con diferentes personas de espíritu abierto, descubrí con sorpresa que algunas de ellas no dudaban tanto de la posibilidad de realizar la condición de la inmortalidad física, sino de su deseo de querer obtenerla realmente, puesto que la vida eterna está muy asociada al eterno aburrimiento. Para muchos, la idea de vivir por siempre se asemeja a postergar una y otra vez el logro de sus deseos personales, pues sienten que estos solo se activan en serio cuando les corre la prisa, vestida como una parca implacable que les pisa los talones con una guadaña en una mano y un almanaque en la otra.

Sin embargo, no es cierto que todos lo vivan con semejante adrenalina. Otros piensan, por ejemplo, que les quedan unos veinte años de vida, y a partir de este tipo de creencias se plantean realizar en ese plazo las cosas que siempre quisieron hacer y aún no han hecho. Por ejemplo: tener un hijo, escribir un libro, escalar un ochomil. Esta es una visión muy bella, pero ese plazo de veinte años también podría utilizarse correctamente si pasado tal periodo igual se continuase vivo. Lo importante en este caso sería el efecto beneficioso de ponerse plazos razonables para concretar los deseos, pero no necesariamente una inevitable muerte tras la fecha de vencimiento de los mismos.

Hay otras personas, por último, que, al negarse a sí mismas una vida sin fin, quieren significar con ello que se perderían de disfrutar del presente si supieran que tienen toda la eternidad por delante. No obstante, al contrario de lo que expresa esta suposición, también podría suceder que cierta ausencia de plenitud provenga justamente de la sombra de la muerte o de la falta de amor para estimar lo suficientemente a la vida tal como es: infinita, absoluta, eterna e inmortal. Muchas veces deseamos en secreto su finitud simplemente porque no podemos abarcar con la intensidad actual de nuestra mente y corazón semejante inmensidad.

Los niños, en cambio, que tienen toda la vida por delante, disfrutan muchísimo de cada momento y no precisan pensar que van a morir algún día para deleitarse con mayor plenitud. Más bien sucede lo contrario: la idea de la muerte en general les crea una mala impresión, privándolos momentáneamente del pleno disfrute al que nosotros aspiramos y que para ellos resulta natural.

Un buen ejemplo de esta actitud existencial de precisar de la inmediatez de la muerte para disfrutar de la vida se podría reflejar en aquel maravilloso cuento de Jorge Luis Borges, titulado justamente *El inmortal*.

Allí su protagonista Marco Flaminio Rufo, un tribuno militar romano de los tiempos de Diocleciano, consigue la inmortalidad física tras varias peripecias, pues en su momento bebe del «río secreto que purifica de la muerte a los hombres».²⁵

Sin la conciencia de su propia muerte inminente, Flaminio Rufo recorre los siglos sin gozo ni singularidad, deseando hallar el río que le devuelva su condición anterior de ser humano mortal. Finalmente, como todos los deseos se cumplen, encuentra estas aguas, bebe de ellas y recibe dichoso la muerte.

Uno de los momentos más conmovedores del relato es cuando el protagonista descubre que ha recuperado el supuesto “don” de la vida efímera, pues vuelve a sentir el dolor de la condición humana mortalista. La pluma maestra de Borges lo narra así: «En las afueras vi un caudal de agua clara; la probé, movido por la costumbre. Al repechar el margen, un árbol espinoso me laceró el dorso de la mano. El inusitado dolor me pareció muy vivo. Incrédulo, silencioso y feliz, contemplé la preciosa formación de una lenta gota de sangre. De nuevo soy mortal –me repetí–, de nuevo me parezco a todos los hombres. Esa noche dormí hasta el amanecer».²⁵

Desde mi punto de vista, esta profunda historia no es una justificación de la vida mortalista, sino una indicación clara acerca del modo adecuado de vivir: muriendo y renaciendo a cada instante, con cada respiración, experimentando plenamente el presente y asumiendo lo frágil de nuestra condición.

Además, un inmortal lo es si y solo si desea vivir para siempre, pero no si vive este auténtico don como una carga de la que desea desprenderse cuanto antes. El único que puede desear y lograr realmente la inmortalidad es el ser eterno, el alma que ya probablemente nos habita desde antes de que el mundo hubiese cogido su primera forma. Y el alma no anda forzando al cuerpo a hacer cosas que no desea.

La conciencia de la muerte

Cuando tomamos “conciencia de la muerte”, nuestra vida muchas veces descubre la dirección que le estaba faltando, pero esto sucede por la “conciencia de la muerte” en sí, que es un instrumento maravilloso. Ahora bien: una cosa es utilizar la “conciencia de la muerte” y otra muy distinta es sobrellevar la necesidad, el deseo o el hábito de morir.

A veces no es que exista realmente el deseo de morir, sino que simplemente la gente muere por costumbre, sin cuestionárselo, igual que lo hicieron sus padres y sus abuelos. En tal caso, se toma la decisión inconsciente de seguir la tradición familiar de morir, con frecuencia a la misma edad y por el mismo motivo que alguno de los ancestros. Desde una perspectiva inmortalista, sin embargo, ninguna muerte es natural, sino que todas son variedades de suicidios: algunos más lentos, otros más rápidos; algunos rodeados de fatalidad, otros mediante un lento apagarse de la fuerza vital.

No haría honor a la verdad pensar que los inmortalistas rechazasen o negasen la existencia de la muerte. Miles de personas mueren cada día y todo el mundo lo sabe. Lo que ellos sostienen es que la muerte es un animal que no paca en todas las hierbas, tras lo que se preguntan por las propiedades de dichas hierbas e intentan asumir tales propiedades para sí mismos.

De hecho, hay unas cuantas vías inmortalistas que utilizan de forma deliberada la “conciencia de la muerte” y las imágenes asociadas a ella, para que los escaladores interiores aprendan así a vivir la vida con mayor plenitud. Una de las más audaces de estas tradiciones es la de los linajes de *naguales* mesoamericanos, que cuando logran la maestría en el arte de “usar a la muerte como consejera” se vuelven también inmortales de cuerpo y alma.

Ken Eagle Feather, quizás el primero que hizo mención explícita del “camino tolteca” para referirse a esta vía, habla de utilizar la “palanca de la propia muerte” para abandonar la complacencia y recuperar la concentración. Y muchos ejercicios de otra línea de modernos toltecas, sistematizados por Víctor Sánchez en su obra *Las enseñanzas de Don Carlos*, implican también enterramientos en vida durante varios días o saltos desde lo alto de una montaña hacia el vacío y con los ojos vendados.

Otras tradiciones, como la de los *baules* de Bengala, según Daniélou, también «practican la muerte con anticipación».¹⁴

En el mundo interior de los linajes iniciáticos, igual que entre escaladores, está muy claro que quienes llegan a las mayores cimas no es que lo hagan por haber elegido una vida de seguridad y *confort*, sino más bien por haberse enfrentado a innumerables peligros. Y es que, en definitiva, a la muerte –como a las grietas de los Himalayas– no se la evita ni se la niega, sino que se intenta avanzar más allá de ella. Como dice Frank Visser: «Es cierto que quienes tratan de subir a las alturas pueden caer desde muy alto, pero ¿debemos acaso inferir por ello que el ascenso no merezca la pena? ¿No radican precisamente ahí los logros más importantes del ser humano?». ²⁶

Reinhold Messner: mística de alta montaña

Los montañistas del Himalaya están permanentemente escalando en el límite entre la vida y la muerte, sobre todo los sherpas de las grandes expediciones, que en una ascensión hacen varias veces el recorrido que los montañistas occidentales solo realizan una, pues son los asiáticos los encargados de transportar todos los bultos montaña arriba, regresar, agarrar más bultos y volver a subir de nuevo con ellos.

Pero aquí no solo hay riesgo, sino también sabiduría, pues sherpas y escaladores occidentales saben perfectamente que el montañismo mismo, donde la concentración es una cuestión de vida o muerte, también es una forma de práctica espiritual. Dice Jamling: «En la escalada, la presencia de ánimo que se necesita en las situaciones peligrosas lo hace a uno de natural concentrado, y esta concentración genera consciencia y una sensación de estar completamente vivo».⁷

Una de las figuras más relevantes del himalayismo, Reinhold Messner, hizo referencia permanente en sus relatos al modo correcto de utilizar la “conciencia de la muerte”. Sin embargo, él no tenía, ni tiene, el más mínimo interés en morirse, y siempre supo muy bien cuándo debía dar marcha atrás, aunque estuviera a muy pocos metros de una cima. Se valió de la “conciencia de la muerte” sin desear por ello morir. Y esta, es una de las grandes claves de la inmortalidad.

Este montañista, a pesar de ser un hombre eminentemente práctico, sin lo cual no hubiese logrado la gran cantidad de hazañas que se propuso, también es un místico contemplativo de primer orden. La constatación de la fuerza que lo arrastraba hacia lo alto no tiene nada que envidiarle a las descripciones que los místicos de diferentes tradiciones han hecho acerca de sus identificaciones con el Absoluto.

Dice, por ejemplo: «Estaba totalmente pendiente de la cima. Como si este incidente que podía haberme costado la vida, solo me hubiera estremecido el cuerpo, pero no aquella identificación que determinaba desde hacía semanas mi estado de ánimo, la identificación con el Everest. [...] Puedo rodar la piedra –yo mismo– durante toda mi vida, sin jamás alcanzar la cima, si yo mismo no soy la cima».¹

Para llegar a lo más alto, no se separa de ello, de la misma forma que el observador no se separa de lo observado al permanecer en el “estado no dual”.

Así, tanto el montañista como el místico dejan de buscar la meta para comenzar a identificarse y volverse uno con ella. En el “no tiempo” no hay esfuerzo ni logro: ya se está en la cima de la montaña y ya se es inmortal desde el principio, pero de todos modos en la dimensión de lo temporal hay que llegar hasta allí.

Despojándose de su mente y asumiendo el anclaje en el alma, Messner agrega: «Me sentía tan atraído por ese punto final como por un polo magnético. Quizá por eso, porque tan solo era posible la solución allá arriba, mi inteligencia estaba como apagada, muerta, pero mi alma estaba más permeable, más sensible, era grande y se podía palpar. Quería ir hacia arriba para alcanzar el equilibrio y volver a vibrar».¹

En esta misma línea, es muy interesante la evolución que en pocas páginas sufre su relato, desde un «no podía creermelo que existiera un dios que guiase el mundo, que se ocupara de cada uno de nosotros. No existía un creador fuera de mí, fuera del Cosmos»,¹ hasta la entrega absoluta que aparece implícita en el siguiente párrafo: «Mientras pensaba, mi energía se agotaba rápidamente. Con la voluntad, como única fuerza, ya no llegaría lejos. Después de haberme relajado, estaba abierto para una fuerza exterior».¹

Luego, una vez alcanzado el logro y trascendido un nuevo límite con la ayuda de esta fuerza a la que supo abrirse, nos volvemos a encontrar con las palabras de un místico en toda regla: «Estábamos sentados en la cima, en el centro de un infinito y vacío espacio. [...] Era una sensación indescriptible, como de alegre indiferencia, una especie de *nirvana*».¹

Y es que, en definitiva, esta es una de las mayores gracias del montañismo y uno de los legados más importantes de sus grandes figuras: no solo se trata de los logros externos obtenidos y de las habilidades técnicas aprendidas, sino y fundamentalmente de los “estados de conciencia” a los que se accede, que a veces pueden implicar afrontar nuevos retos en las mayores alturas.

Estos “estados de conciencia” le revelan al escalador los máximos secretos del Universo sin necesidad de tener que morir para acceder a ellos. Dice el tirolés algo que puede considerarse una oda a la búsqueda de la inmortalidad: «Creo que esta actitud rige para toda persona de cuarenta años. O se dice: bien, mi vida está detrás de mí y yo me muero en la vía por la que voy –así comienza a morir–, o descubre, en la mitad de su vida, la autosuperación como una posibilidad del juego».¹

Messner enseña que tanto un inmortal realizado como un himalayista experimentado no pueden contar solo con sus propias fuerzas, sino que deben arrancar de su interior

toda la energía posible y simultáneamente abrirse al Universo, al punto de llegar a ser uno con Él. Será de esta identificación con la cima y de esta asociación con el Cosmos de donde obtendrán sus máximos logros. No conquistarán realmente la cima de la montaña más alta ni el derecho a la vida eterna, sino que, al unirse con la totalidad, se harán simultáneamente montaña y cima, aspiración y vida infinita.

4. La cordillera del alma, nudo de la realidad

«Mucho más que una disciplina para el cuerpo, el alpinismo es un
lujo para el espíritu y un recurso para el alma».

GEORGES SONNIER

Conciencia álmica y personalidad

El monte al que nos referimos aquí, el de la inmortalidad física, no se alza en solitario en una meseta. Como la mayoría de las grandes elevaciones, está en las profundidades de una cordillera. En este caso, la cordillera de la “inmortalidad del alma”.

Puesto que “alma” y “divinidad” viven en permanente comunicación entre sí desde tiempos inmemoriales, y que a diferencia del “cuerpo” y la “mente” no tienen duda alguna acerca de su propia perdurabilidad, la aproximación a esta cordillera consiste en actuar desde la perspectiva amplia del “alma”, en metamorfosearse en ella, pues sin reconocer quiénes somos realmente, ¿quién emprendería la aventura?

El “alma” es nuestro nivel activo de consciencia, una entidad que ya tiene en su haber miles de existencias, tanto consecutivas como simultáneas, y que habita por detrás, por encima y en el núcleo de todas las actividades que realizamos y de todos los procesos que atravesamos; según innumerables tradiciones, ella sería más nosotros mismos que la “personalidad” que habitualmente nos gobierna.

No se trata solo de obtener la inmortalidad. Tomar contacto con el “alma” para finalmente establecerse en su realidad es un paso fundamental en cualquier camino hacia todos y cada uno de los grandes ochomiles en la cordillera de los más altos anhelos humanos. La aproximación a la “inmortalidad del alma” es como ir a la cordillera del Himalaya del mundo interior. Luego ya se verá a qué monte se aspira.

Si el cuerpo físico va unido a la “personalidad”, más temprano que tarde muta y muere junto a ella, mientras que si va asociado al “alma”, evolucionan ambos unidos en el mundo material, pudiendo solo así el “alma” morar eternamente en el “cuerpo”. Dice Leonard Orr: «El cuerpo físico es la encarnación del alma. Estos elementos solo se pueden separar mentalmente. Son una única manifestación del Espíritu».²⁷

En realidad, la gran diferencia entre la “visión mortalista iluminada” y la “visión inmortalista” es que la primera acepta en un determinado momento prescindir del cuerpo físico tras las bodas del “alma” con el Espíritu, mientras que la segunda une alquímicamente al cuerpo físico con los más altos niveles de conciencia conocidos. Aquí, cuando el “alma” se une con el Espíritu, el “matrimonio interno” no abandona el mundo, sino que se queda en la Tierra y transmite su naturaleza al cuerpo físico.

Ambas visiones, la “mortalista iluminada” y la “inmortalista”, tienen su auténtica razón de ser, puesto que sus destinos están comandados por el “alma” o por el Espíritu mismo, mientras que la búsqueda de la inmortalidad física mediante métodos “de laboratorio” es un gasto inútil de energía, pues la cualidad de la vida eterna pertenece al “alma” y a quien consiga asociarse a ella.

Por otro lado, puesto que existe la intuición de que tras la muerte nos encontraremos con los seres queridos fallecidos, muchos abandonan el mundo físico solo por este anhelo inconsciente de volver a reunirse con aquellos que amó allí donde la falta de separación con el resto del Cosmos es evidente, donde todo se vive como una vibración de amor compartido. De elegir quedarse en el mundo, para no renunciar a esta dicha, hay que establecer pues en vida una comunicación indisoluble con la región de la consciencia donde no hay separación, y esa región es el “alma”.

Quien vive en el “alma” instaaura para siempre una relación íntima con todo y con todos, de forma tal que ya no precisa morir para experimentar dicha relación.

La arista final de los anhelos

El místico sufí Ibn Arabi consideraba que el “alma” es la representante de “Dios” en nosotros. Y pocos siglos después, el traductor de los neoplatónicos en el Renacimiento, Marsilio Ficino, decía que cuanto existe está comprendido en uno de estos cinco grados: “cuerpo”, “cualidad”, “alma”, “ángel”, “Dios”.^j

Esta línea sufí-neoplatónica quizás sea una de las más admirables tradiciones iniciáticas de Occidente, que no se diferencia mucho en su visión del “alma” de las grandes tradiciones orientales o amerindias.

Por su ubicación central entre el “cuerpo” y “Dios”, Ficino opina que el “alma” es la que alcanza las cotas superiores sin descuidar las inferiores, siendo así el “nudo viviente de la realidad”, la intermediaria entre todos los niveles, la entidad que anima al mundo físico fundando su participación en lo infinito.

Por ello, partiendo de este simple esquema, podemos decir que ante la dificultad inicial de conectarnos directamente con los grados inmutables de “ángel” o “Dios”, y ante la inutilidad de hacerlo exclusivamente con los cambiantes deseos y pensamientos surgidos de los ámbitos del “cuerpo” o de la “cualidad” de ser humano, es fundamental conectarse y anclarse en el nivel del “alma”, a la que la mística Virginia Essene ha descrito como una inmensa y colectiva masa de energía e identidad.

Jámblico y tantos otros neoplatónicos que en los últimos años de la antigüedad pagana describieron los “mundos intermedios” junto con los modos de entrar en contacto con sus habitantes, lo hicieron así para ayudarnos a escalar desde los niveles de la “personalidad” o campamentos inferiores en la base de la montaña hasta los niveles superiores y comunes a todos. Así, la pequeña mente de cada quien no conoce el proyecto de las otras almas ni de quien las agrupa, pero cada alma sí que intuye el propósito del Espíritu y puede llevar su realidad última al cuerpo físico.

Como especifica Wilber: «El Espíritu es la cúspide, el peldaño superior de la escalera de la evolución, pero también –y al mismo tiempo– la sustancia de la que está hecha la escalera y cada uno de sus peldaños. [...] Cada nivel superior trasciende, al tiempo que incluye, a sus predecesores. [...] Las dimensiones superiores o más profundas proporcionan un principio, un “aglutinante”, una pauta, que une y vincula partes que, de

otro modo, estarían separadas, en conflicto y aisladas. [...] La verdadera beatitud espiritual no se encuentra en la base, sino en la cima de la montaña». ¹⁸

Es muy interesante que aquí también aparezca retratada la metáfora de la montaña, pues muchos escaladores, tras realizar una esforzada tarea de equipo en ascenso, comenzaron literalmente a vislumbrar la sensación de formar parte de un “alma colectiva” o hasta de ser unos con ella, como una suerte de visión de la arista final de sus anhelos.

Dice Mariana Caplan, desafiando a quienes le restan valor a estas visiones y se refieren a ellas como simples alucinaciones: «Las experiencias místicas pueden tener un gran valor para los individuos, si se relacionan correctamente con ellas. Brillan como luces de inspiración en un camino que a menudo es difícil de ver [...], crean un sentido de asombro y de urgencia respecto al compromiso con el camino espiritual». ²⁸

El compañero invisible

Como ejemplo de visiones e intuiciones desde la perspectiva del “alma” en alta montaña, tomemos algunos fragmentos de los relatos de Messner, donde el ya mítico himalayista empieza a entrar en contacto con ella: «Una y otra vez surgían figuras ante mí, amigos imaginarios. Hablaba con alguien que estaba sentado a mi lado. ¿Era un ser humano? Ese alguien estaba presente. Eso era todo lo que sabía. No eran solo voces a mi alrededor, era algo corporal cerca de mí, no era palpable, pero estaba allí y se movía. [...] Era algo que no podía explicarme de una manera racional, pero me afectaba con su plena existencia. Con mi misma existencia. [...] Me movía entre la percepción de lo acostumbrado y esas sensaciones no cotidianas. Después de un tiempo, se separaron ambos sentimientos y noté cómo flotaba en el techo de la tienda y me miraba a mí mismo, y después al revés. Era más que una simple sensación, vi todo como en un cuadro delante de mí: una vez hacia arriba, otra vez hacia abajo. Estas sensaciones eran parecidas a las que tengo a menudo al despertar».¹

Los ejemplos de este tipo de descripciones entre los escaladores más aventajados, donde experimentan estar percibiendo a otros seres junto a ellos, o más bien a ellos mismos observándose desde afuera de quienes hasta entonces creían ser, desbordan la literatura de montaña del siglo XX.

Hay relatos de este tipo que van desde la expedición al Everest de 1933, cuando Smythie, tras haber dejado atrás a Shipton en el segundo intento fallido de asalto a la cumbre, contó cómo «se había dado la vuelta para darle un trozo de chocolate a un compañero que resultó imaginario»¹³ hasta el de Venables, algunas décadas después, que al descender exitosamente del mismo monte decía: «Mi compañero invisible, el viejo, había reaparecido y nos volvíamos a mover juntos, decididos a no morir».²⁹

También Maurice Herzog, a poco de coronar el Annapurna en 1950, primer ochomil de la historia, narra lo siguiente: «Las impresiones que tenía eran las más extrañas y vívidas que había vivido hasta entonces en montaña. La manera en la que veía a (Louis) Lachenal y a todo lo que nos rodeaba tenía algo que no era natural. Me sonreí para mis adentros por lo insignificante de nuestros esfuerzos, porque podía echarme a un lado y verme a mí mismo haciendo esos esfuerzos. Pero toda la sensación de agotamiento había desaparecido, como si ya no hubiera gravedad. [...] Estábamos desafiando lo prohibido,

traspasando una frontera. [...] Pensé en la famosa escalera de Santa Teresa de Ávila. Algo me agarraba el corazón».³⁰

¿Qué es lo que ha sucedido con Messner, Smythie, Venables y Herzog si no se lo puede llamar “encuentro consigo mismo en el nivel álmico”? Las “experiencias fuera del cuerpo” que muchas personas han experimentado en este u otros contextos, pero en general siempre vinculadas a expresiones de amor, entrega o pertenencia a los seres colectivos o universales que somos, según Grof se cuentan entre «las manifestaciones más espectaculares de apertura psíquica».²⁴

Inmortalistas como Jacinto Alegre Valls recomiendan no salirse en forma intencional del “cuerpo”, pues esto malacostumbra al “alma” a disociarse de él, pero si este fenómeno ocurre espontáneamente, puede ser utilizado como un acicate para adoptar en forma permanente la perspectiva más amplia del “alma” y para actuar siempre desde allí.

Tal perspectiva suele venir asociada a una gran potencia espiritual, a la certeza de nuestra unidad primordial con todo lo que es y a una infinita compasión por todos los seres tridimensionales que logremos observar “desde atrás, desde arriba y desde el núcleo”, empezando por la observación de nosotros mismos a escala tridimensional, actuando en un mundo que comienza a quedar “ahí abajo, ahí adelante y ahí afuera”.

Ahora bien, aquí se plantea una cuestión vital: ¿cómo podemos distinguir entre lo que es estar habitando el “alma” de lo que es andar vagando por el “plano astral”? ¿Acaso no estoy confundiendo en estas páginas las referencias a ambos fenómenos?

La gran diferencia es la cualidad del sentimiento experimentado en uno u otro caso: en el “alma” estamos completos, mientras que en el “plano astral” continuamos buscando; en la primera desbordamos amor y compasión, mientras que en el otro los necesitamos desesperadamente; en una, el “cuerpo” está incluido en la sensación de inmensidad, y en el otro es el objeto con el que aún nos identificamos en exclusiva.

Según Emilio Fiel, «la sensación de estar incompletos que existe cuando vibramos en el plano astral tiene connotaciones emocionales, mientras que el sentimiento de plenitud cuando vibramos en el plano del alma está relacionado con la mente pura o abstracta que cualificamos como espiritual. Emociones frente a sentimientos, historia personal frente a presente eterno».³¹

En fin, sabiendo ya que nos movemos en las alturas reales del “alma”, aseguramos el altímetro del sentimiento en la mochila y nos vamos al próximo apartado con otro relato interesantísimo de montaña, el que hace Greg Child una hora antes de alcanzar la

cumbre del Broad Peak. En él, se reúnen la sensación de formar parte de una entidad colectiva y la experiencia de estar saliendo de aquella conciencia corporal que habitualmente interpretamos como límite de nuestro ser: «Moverse a ocho mil metros es como andar metido en melaza. Poco a poco me doy cuenta del peculiar sentido de separación de mí mismo, como si una parte de mí estuviera fuera de mi cuerpo, pero siguiera mirándolo [...] por encima del hombro y vigilándolo. [...] Hemos ido más allá de barreras físicas y mentales que ni sabíamos que teníamos. Nos habíamos convertido en una entidad única luchando por sobrevivir».³²

El juego arquetípico del alma

Puesto que no habría nadie real para intentar el ascenso si antes no establecemos contacto con el “alma” y nos volvemos hacia ella como nuestro auténtico centro de fidelidad, es inevitable que surja la pregunta acerca de cómo hacemos para reconocer al “alma” en contextos ordinarios, lejos aún de los grandes picos interiores o externos.

Pues bien, el primer indicio que tenemos acerca de su existencia es que ella es la que ha tomado en nuestra vida todas aquellas decisiones que nos llenaron de felicidad, que se manifiesta como esa intensidad que no duda y que, en cada caso, sabe qué es lo más conveniente para nosotros en particular y para el bien común en general.

Esta confluencia de intereses sucede en el cien por ciento de los casos, aunque a veces no veamos clara la conexión, puesto que, como ya fue dicho, al nivel del “alma” funcionamos como seres colectivos. ¡Pero nuestra identidad personal no es que se diluya en la nada, sino que da un paso más en su apertura a la totalidad! No deja de ser, sino que por fin empieza a ser plenamente. Los deseos personales, puesto que forman parte de una trama colectiva, en este nivel tienen fluidez, son correspondidos, y danzan con los de los demás en una suerte de gran coreografía cósmica.

El segundo indicio acerca del “alma” es que sabemos lo que ella no es y qué actitudes nos alejan de ella. Brian Weiss lo sintetiza así: «Los caminos competitivos, la codicia, la manipulación y el egocentrismo retrasan el progreso del alma».³³

El mayor problema, para quien identifica por primera vez a su “alma”, es que suele resultar muy difícil aún encontrar a alguien que esté más adelantado que él por la misma cordillera, pues cada uno atrae a sus iguales para que le hagan de espejo. El viejo mundo ya no tiene las coordenadas para entender su cambio perceptual, y todavía no consigue atraer al nuevo mundo, que se abrirá a medida que su vida se vaya refinando.

El punto es que, una vez identificada, si empezamos a actuar desde el “alma”, aunque sea intermitentemente, pronto nos encontraremos en medio de dos tipos de deseos autónomos entre sí: los de la “personalidad” y los del “alma”, donde estos últimos pueden tomar muchas formas, pero son en definitiva siempre el mismo deseo: dejarse llevar por la corriente vital hasta ser uno con el Absoluto.

Entrar en contacto con el “alma” y reconocerla ya de por sí no es poca cosa, pues la mayoría hemos crecido en contextos familiares, sociales y culturales que nos han

condicionado casi irremediablemente a identificarnos en forma perenne con la “personalidad” y a asumir siempre su papel. Wilber dice que «nadie entiende por qué se inicia la transformación. Sabemos lo que puede ayudar, pero no lo que la causa. Sí existe una suerte de tirón desde arriba».¹⁸

Esa chispa, este tirón, dirige varias actitudes que va adoptando el ser en gestación aún en forma de niño humano: la observación del mundo con los ojos fijos en los ojos de los demás, la curiosidad, la exploración, la rebeldía digna ante las injusticias, el enamoramiento, la amistad, la vocación, el deseo de viajar y de conocer a otros seres en profundidad, el gusto por comulgar con la naturaleza, por asumir desafíos y superarlos, por perdonar y seguir adelante, por expresarse artísticamente.

Entre otras muchas, estas son algunas de las manifestaciones del “alma” en la “personalidad” y representan pruebas en su desarrollo.

Materializar en el mundo de cada día los deseos más auténticos es una clara señal de que el “alma” está activa. Pero ella, aunque gusta del encuentro con otras almas de su familia o de los lenguajes de la poesía o de la sincronía, no está en realidad tan interesada en el disfrute como en el despertar del ser adormecido que la encarna.

Para ello, utiliza a su antojo lo que esté disponible, y esto incluye desengaños, conflictos, traiciones, tristezas profundas o lo que sea que sacuda el mundo en proceso de fijación en el que suele encerrarse la “personalidad” como una oruga en su capullo.

Aquí la “personalidad” suele sentirse dividida entre el deseo de apoyar los recién descubiertos anhelos del “alma” y la necesidad de alinearse con lo que la sociedad le ofrece. Ha entrado en el núcleo de las famosas “crisis espirituales”. Según el caso, puede tomar partido por lo uno o por lo otro, por lo que afirmarse en la “cordillera del alma” puede ser la prueba más difícil de todas las que el ser atraviesa, al punto que, si no maneja bien tal dicotomía, puede acabar completamente sepultado bajo la presión social y frustrar los anhelos del “alma” hasta silenciar su expresión.

En el caso de tomar partido por la cualidad aventurera del “alma”, el asunto se vuelve cada vez más emocionante y delicado, pues no es lo mismo sublimar los deseos de la “personalidad” que reprimirlos o demonizarlos en nombre de una falsa religiosidad que, generalmente, también es manipulada desde el exterior. Stan Grof, que ha seguido de cerca numerosos casos de “despertares del alma”, dice que «las personas en crisis espirituales viven a menudo coincidencias que unen el mundo de las realidades

interiores, como los sueños o estados visionarios, con acontecimientos que suceden en la vida diaria, [...] extraordinarios ejemplos de sincronías».²⁴

Si el ser sigue estas sincronías como si fueran las huellas de un sherpa y el ímpetu de su “alma” comienza a materializar sus anhelos, esos mismos anhelos realizados le abrirán la puerta de su consciencia y le mostrarán que él mismo es mucho más que lo que la sociedad le dijo que era, y que además sabe hacer mucho más de lo que hasta entonces creía posible. El “alma” es autónoma, libre e irreductible, existe satisfecha, agradecida, y no puede ser gobernada por nada ni por nadie.

Un ejemplo de la autonomía y falta de límites del “alma” se encuentra en la historia del emperador Ping, que cierta vez fue a visitar al Maestro de la Ribera del Río y le pidió que lo saludara, ya que lo consideraba su súbdito. El Maestro, entonces, se elevó por los aires ocupando la posición de su “alma” y desde arriba le preguntó: «¿Soy también vuestro súbdito de esta manera?».³⁴

El impulso hacia el Espíritu

La relación entre el “alma” y la “personalidad” está representada con simplicidad en la secuencia de la “doma del búfalo” ilustrada por la tradición *Zen*, donde el domador es el “alma” y el búfalo la “personalidad”. Lao Tsé debía referirse quizás a este “búfalo de la personalidad” –llamándolo irónicamente “príncipe”– cuando se le atribuyó esta frase: «El mejor de los príncipes es aquel de quien se ignora la existencia».³⁴

Así, la “personalidad” ideal es aquella que no interfiere en el desarrollo de los sucesos provenientes de la energía cósmica, sino que todo pasa a través de ella sin que haga nada que lo trastoque y, por ende, sin que nadie sepa nada de ella.

No obstante, pedirle al imán del Espíritu que nos guíe hacia la cristalización de quienes verdaderamente somos para nada nos impide decretar nuestros propios deseos provenientes del “ego” o “personalidad” e ir en pos de su realización, aunque siempre resulte óptimo establecer una cláusula de que si hay algo mejor para el bien de todos, entonces, Señor, que sea tu voluntad y no la nuestra.

David Hawkins explica este acto de entrega: «Someter ante Dios lo que se anhela, lo que se quiere y lo que se desea trae un importante desarrollo espiritual. El sometimiento de este núcleo egoico desencadena un rápido avance espiritual».³⁵

En la alta montaña, Messner sintetiza muy bien esta combinación de entrega a la voluntad divina con respaldo a los deseos de la “personalidad”: «Sabía que el éxito, al fin y al cabo, no depende de la fuerza y del tesón, sino de la voluntad, de la “última voluntad”, así como del creer en una meta, una meta que ahora me parecía tan cercana y tan lógica».¹

Se trata de una nueva alineación entre “alma” y “personalidad” que espiritualiza los deseos del “ego”, permitiéndole al “alma” irradiar una luz más potente y más clara que la anterior y expresarse cada vez más a sus anchas. El ser despierta así a su verdadera naturaleza y la “personalidad” se vive como una suave individualidad.

Cuando el “alma” consigue “domar” por completo, o más bien ponerse totalmente de acuerdo con el “búfalo de la personalidad” que la expresa, entonces ya sí se puede decir del ser que se ha iluminado, pues el “alma” en estado puro solo desea unirse con el Espíritu y todas sus acciones reflejan tal anhelo. En términos de Feather: «Los videntes no desean nada, aunque pueden conseguir todo lo que quieren. [...] Aceptando su

destino, permiten que sea el Espíritu el que devele su camino. Su deseo, por tanto, es estar en contacto con su naturaleza esencial y para ello el Espíritu debe gobernar, porque los deseos ordinarios bloquean su flujo». ³⁶

El Espíritu es como un caminante que espera a la puerta de nuestra casa. Podemos estar años con las puertas cerradas, pero cuando las abrimos Él entra por su propio pie, develando ser más nosotros mismos que quien nos habitaba desde la primera cristalización infantil de nuestro “ego”. La verdadera realización del Espíritu en el ser humano requiere la plena colaboración entre la “personalidad”, que se ocupa de poner en orden los asuntos mundanos, y el Espíritu, plenamente consciente de ser solo un Testigo imperturbable de todo aquello que le acontece.

Sadhana de unificación

Puesto que la dirección hacia la que nos orienta el “alma” debe ser actualizada permanentemente, cada vez se vuelve más necesario dialogar con ella con asiduidad. Igual que la planta hacia el sol, el ser comienza a inclinarse hacia la oración, el yoga, la meditación, la naturaleza silenciosa (o a veces bulliciosa), la ética y la justicia, el uso cada vez más impecable de la energía, la autenticidad, el compromiso social. Se desea cuidar y ayudar a los demás y que nadie, ni siquiera los desconocidos, salgan dañados de las situaciones en las que se participa, porque el ser ya ha comenzado a reconocerse como parte integrante de todo lo que hay.

Como no está de paso, el ser cuida al mundo que habitará quizás durante siglos. Deja de pensar en la materia como ilusión o como etapa desechable de su camino, y hace lo posible para que su morada eterna sea un sitio de paz, justicia y fraternidad. Deja de funcionar solo para sí mismo y se sorprende haciéndolo para el grupo.

Los anales del montañismo están repletos de acciones que demuestran que muchos escaladores actúan conscientes de ser parte integrante de un colectivo. Relata por ejemplo Joe Tasker, quien con Peter Boardman abrió las rutas más difíciles del Himalaya como la “este del Changbang” y la “noroeste del Kangchen”, esta vez cerca de la cima del K2: «Me iba cayendo en la nieve, y trataba de forzar el paso para no ir demasiado lento y frenar con la cuerda a los otros dos».³⁷

En la ascensión a los grandes picos externos, la consolidación de la perspectiva del “alma” y la inclusión del “cuerpo” precisan de disciplina para volverse un solo aliento con el resto del equipo y una atención permanente enfocada en la necesidad general de los compañeros.

En plena cordillera del alma, “seguir avanzando” es sinónimo de “seguir practicando”. Continúa el mismo Tasker: «Habíamos alcanzado los 7.500 metros. [...] Dos o tres días más y podríamos estar en la cumbre; [...] y aunque la altitud hacía muy cansino cada paso, obligarnos a seguir avanzando era una disciplina a la que nos habíamos acostumbrado desde hacía mucho tiempo».³⁷

Regresando a las cimas interiores, podemos retrotraernos a un diálogo antológico entre dos reconocidos maestros iluminados para ilustrar tal “impulso a seguir”. Después de que Jiddu Krishnamurti finalizara un largo discurso cuestionando la necesidad de

meditar, refiriéndose más bien a la repetición de determinados métodos meditativos preconizados por las ortodoxias religiosas, Chögyam Trungpa, que hasta entonces había permanecido en silencio, le respondió con otra pregunta: «¿No cree usted que la meditación sucede como parte de la situación vital de un hombre?». ³⁸

El impulso a la *sadhana* es una tendencia natural del ser humano, que se mezcla con muchas otras tendencias, como la ambición, el erotismo, el poder o la creatividad. Casi todas ellas están muy bien en una primera instancia, pero si no van acompañadas por una constante *sadhana*, es imposible que puedan ser espiritualizadas y se vuelvan un factor más en el ascenso.

Sin la práctica estable, todas las tendencias humanas son casi siempre pesos muertos que aceleran la decadencia del “cuerpo” y lo alejan de la perspectiva del “alma”. Según Hugo Enomiya Lasalle, con la ayuda de la meditación zen «resulta posible penetrar con mayor profundidad en el alma». ³⁹

Pero se trate de meditación o de cualquier otra práctica o combinación de prácticas que elijamos como *sadhana*, el punto fundamental es enfocar nuestro ascenso a partir de ella y que su hábito tome el lugar de los hábitos adictivos.

La práctica estable ayuda a dejarse envolver por el Espíritu y a valerse de su fuerza cuando ya no contamos con nuestra sola humanidad, para así conseguir ir más allá del agotamiento y de los límites interiores, como lo describe Ramtha: «El cuerpo puede estar exhausto, pero en medio de ese cansancio el Espíritu es capaz de elevarse y ser supremo. Ahí es donde conoces la diferencia entre los dos. Por un momento no podías dar ni un paso, ni un soplo. Ahora sabemos que eso es “carne y hueso”. Y en el próximo momento algo sobrenatural te envuelve y logra realizarlo. Ese es el Espíritu. Hay una diferencia entre ambos». ⁴⁰

Lo que se quiere decir es que solo cuando el cuerpo vive la realidad del “alma” o del Espíritu adquiere de ellos su misteriosa fuerza y asume su estatus imperecedero.

Estableciendo un ritmo inmortal

En una primera etapa, como en toda gran cumbre, acceder a la inmortalidad física supone adoptar un ritmo fuerte, plantearse una serie de objetivos altos y seguir adelante. Si hacer esto trae cada vez más gozo, amor y fuerza vital, la compasión se despierta y se entra en un adecuado “ritmo de inmortalidad”.

Esto es lo que los occidentales olvidamos o relegamos siempre hacia metas externas, pues crecimos sin el hábito de investigar las vías interiores capaces de facilitarnos el ascenso, las herramientas con las que es preciso contar al emprender la aventura y las posibles cumbres a las que podemos aspirar. E incluso entre quienes han realizado tal investigación, la tendencia de nuestra modalidad de conocimiento hacia la argumentación más que hacia la experimentación, ha vuelto casi imposible probar un poco de cada una de las alternativas para luego asumir una elección y practicar lo elegido sin desfallecer.

Citando al místico medieval Klemens Tilmann, que casualmente tiene el mismo apellido que uno de los más grandes escaladores históricos del Everest, Enomiya Lasalle cuenta que de lo que se trata es de «abrirse paso a través de los niveles superficiales del alma, que son los del raciocinio, los del pensar técnico, los de la voluntad que quiere conscientemente, y liberar los niveles más profundos».³⁹

El ritmo de *sadhana* prolongado en el tiempo le permite al aspirante identificarse cada vez más con el “alma”, sentirse cada vez más luminoso y puro, cada vez más vivo y capacitado para asumir los desafíos que se le van presentando. La felicidad que se siente en el ascenso a la inmortalidad, al igual que la experimentada en otros ascensos, es una señal fiable que anuncia un buen ritmo. John Hunt, jefe de la exitosa expedición de 1953, recordaba por ejemplo que «Tenzing era el hombre más feliz del mundo cuando escalaba. [...] Me mostró no solo sus aptitudes como alpinista, sino también que, incluso entonces, estaba en mejor forma que cualquiera de nosotros».⁶

Un inmortal realizado casi siempre está ascendiendo con felicidad y practicando las cosas que lo vivifican. Y de entre todas las prácticas, la del “servicio” es la más efectiva de todas, pues es lo que más acerca a los miembros de la especie humana a la condición divina. Llega un momento en el que –igual que los dioses sumerios inmortalizaron a Utnapishtim por su servicio con el arca y la salvación de todas las especies–, por obra y

gracia de los dioses ocurre una transmutación del cuerpo físico perecedero en otro diamantino inmortal, lo que le indica por fin al aspirante que, de querer vivir cientos de años, ya lo puede dar por hecho.

Según narran algunos mitos e historias de inmortales, alguien así ya no tiene motivos inconscientes para desear morir y simplemente ya no atrae más muerte a su vida. Se vuelve “alma” eterna y eterno “cuerpo” unificados.

Ramtha lo expresa sin matices al narrar su propio logro de la inmortalidad: «El cuerpo está sentenciado a su reino mientras que el Espíritu despierta y tiene un claro poder emergente, es el reino de los cielos traído del Espíritu hasta lo físico. [...] Fue iluminación de pleno poder lo que me permitió regresar y llevarme el cuerpo conmigo, sin cenizas ni cadáver». ⁴⁰

Entonces, retrotrayéndonos al inicio de este capítulo, vemos que hay un juego arquetípico en el ser que consiste primero en el despertar a la realidad del “alma” y aproximarse a su cordillera, donde se alzan casi todas las grandes cumbres humanas.

Luego viene la etapa de internarse por sus glaciares, emprendiendo una progresiva integración de esta realidad recién descubierta a las ya más conocidas de la “personalidad” y el cuerpo físico. Dice Hawkins: «Con los años, y con esfuerzo, se desarrolla la capacidad para concentrarse en distintos niveles de verdad, tal como se requiere eventualmente para poder funcionar en el mundo. [...] Hicieron falta algunos ajustes importantes para poder operar de forma convincente en el mundo de la experiencia ordinaria». ³⁵

Esta nueva unificación de los diferentes niveles del ser comandados por el “alma”, comienza su ascenso paulatino por los collados del Espíritu, a veces simplemente dejando de interferir para que el Espíritu mismo se manifieste y tome el comando de las situaciones. A partir de ese momento ya no hay nada imposible, y la continuidad *ad infinitum* de la vida física se convierte en el resultado de una inclinación del “alma” por esta cumbre, o bien una resolución del Espíritu.

La mutación de los condicionamientos biológicos, para el ser unificado, no es el resultado de modificaciones desencadenadas en el nivel físico, sino de la actividad interior en los niveles del “alma” y del Espíritu.

La geografía planetaria como mapa interior

Esta que aquí describo es una línea arquetípica del desarrollo del “alma”, pero las tendencias de cada grupo álmico y las resistencias o adecuaciones de cada “personalidad” le otorgan a cada caso su particularidad, riqueza, ritmo y singularidad. Entre estas particularidades, la geografía del planeta y sus elevaciones pueden prestarse a ser un símbolo operativo de nuestros niveles de conciencia y energía.

Así, mediante el método de igualar nuestras cotas interiores con los metros al nivel del mar en el mapa de una ascensión, podemos descubrir por ejemplo que, así como a partir de una cierta altura un aire más frío y puro reemplaza al aire estancado o viciado de los valles, la energía llamada espiritual también comienza a reemplazar a la energía mental a partir de un cierto nivel del ascenso interno.

Por encima de tal altura ya no nos es posible respirar la nueva ionización del aire mediante una práctica puramente discursiva. Es necesario entonces comenzar a respirar con el “cuerpo” y con el “alma” si se quiere seguir avanzando. En el budismo *Zen* dicen, refiriéndose a esto: “sin palabras ni conceptos”, por lo que la permanencia en meditación, como ya se verá en el siguiente capítulo, se vuelve tanto o más importante que la implicación en la actividad mundana.

La entrada en el “reino sutil” que queda más allá de esta franja verborrágica de la realidad es uno de los logros más difíciles de obtener. Wilber se ha referido a la experiencia de ir más allá de la vivencia discursiva como la superación del “complejo de Apolo”, el obstáculo más complicado en la escalera de su propia alma.^k

En general, lo difícil no es tanto acceder a esta altura, sino poder permanecer allí en “silencio interno” a medida que trascurren las jornadas.

Quedarse en el “reino sutil” sin necesidad de descender al mundo de la identificación con el pensamiento para “aclimatarse” es una prerrogativa de abnegados buscadores independientes o de integrantes de unas pocas tradiciones espirituales, de igual modo que permanecer años por encima de los 3 o 4.000 metros de altura es una prerrogativa de abnegados ermitaños o de integrantes de unos pocos pueblos de montaña como los *aymaras*, *ladakhis*, *baltis* o *sherpas*.

La gran mayoría de la humanidad vive en los valles o en las costas tanto de la geografía del planeta como de su propia interioridad, donde el aire y la mente pueden

estar contaminados sin que siquiera lo advirtamos.

Por ello, el choque entre las poderosas energías que se desencadenan tras el ascenso, combinadas con la masa mental aún no disuelta del nivel discursivo, puede ocasionar mareos y mal de altura, del mismo modo que lo hace nuestra incapacidad para respirar profundamente en las tierras altas con los métodos de respiración que son efectivos en las tierras bajas.

Una medida de ascenso

Las primeras etapas son a menudo las más arduas y lentas, porque el ser debe acecharse a sí mismo durante bastante tiempo antes de saber en forma objetiva qué es lo que le da y qué es lo que le quita energía, qué le devuelve y qué le arrebató su silencio interno. Con toda esa información es más fácil realizar una serie de elecciones claras por las primeras opciones y restarle su fuerza y poder a aquello que debilita o distrae.

Una vez que el conocimiento de uno mismo tiene más fuerza que las proyecciones o las ideas acerca de lo que se es —o de lo que uno cree que le hace bien—, se hace más fácil avanzar y se dan a menudo los pasos correctos, casi espontáneamente. Dice Jamling: «En la montaña, las ataduras mundanas quedan atrás y, en ausencia de distracciones materiales, nos abrimos al pensamiento espiritual».⁷

Usar la geografía del planeta como una medida de ascenso puede ser también un instrumento de utilidad y precisión similar al de un altímetro para el montañista, al menos hasta que se familiarice con las laderas y aprenda a conocer la altitud de cada corriente. Si alguien siente una corriente de aire emocional, por ejemplo, y ya sabe que esto no suele ocurrir más allá de los 3.000 metros interiores, mira una vez más su altímetro y chequea que tal suposición es efectivamente correcta.

Entonces, sabiendo cómo se asciende y cómo se desciende, sin engaños ni autocomplacencias excesivas, comienza un ascenso casi recto hacia la cima, no exento de dificultades, claro está, pero sí con la claridad que otorga saber dónde se hallan la propia fuerza de gravedad y la propia elevación, así como el propio ritmo resultante de cada elección de vida.

Para los que gustan de la estadística, incluso puede ser recomendable llevar la cuenta puntual de las jornadas en las que se realizan acciones que lo hacen a uno ascender, valorando también el tiempo que se tarda en recorrer una determinada distancia interior. ¿Por qué hacer esto? Reinhold Messner, que va simultáneamente por los ochomiles externos e interiores, lo sintetiza así: «Habría sido imprudente e irresponsable seguir subiendo hacia la cima si nuestro ritmo no hubiera respondido a nuestras expectativas».⁷

Una clave para avanzar la mayor cantidad de días posibles puede ser intentar volcar desde bien temprano las jornadas a nuestro favor.

Seguramente no hay mejor medida de ascenso que vivir un día plenamente feliz, activo, consciente y apasionado. Sin embargo, una verdadera jornada de ascenso no debería provenir solo de una sensación general de bienestar. Cada noche, al final de la jornada, habría que poder mencionar aunque sea una práctica adecuada o acción creativa realizada durante el día.

La ascensión de una pared, aparte de un estado mental adecuado, requiere de la aplicación de una técnica puntual, de un esfuerzo sostenido, de un gasto y de un ahorro de energía. Al terminar el día, tras un pequeño y honesto examen, se sabe perfectamente si se avanzó o no, y también cómo se puede nombrar a ese avance con unas pocas palabras. Al poco tiempo de ascender así interiormente, cada uno sabe cuánto le cuesta realmente un “ochomil de la consciencia” y hasta qué punto es capaz de alcanzarlo. No se trata de que el “ego” se ponga desafíos, sino de que el ser consciente acompañe al “alma” cuando esta se inclina hacia su aspiración.

5. Meditando ante el despliegue de la creación

«Múltiples avenidas se abren ante la mirada absorta del meditador
liberado de las viejas identificaciones ego-centradas».

VICENTE MERLO

Inmortalidad en estilo alpino

En este capítulo se plantea que en la expedición a la inmortalidad física, una vez que se accede al navío del alma, lo siguiente puede ser utilizar la mente como un timón adecuado. Para esto, paradójicamente, conviene usarla menos de lo que habitualmente se hace. En el capítulo posterior presentaré algunas ideas sobre el trabajo con la pareja sexual, teniendo en cuenta que fueron cordadas y no individualidades las que lograron abrir los caminos más difíciles en las cordilleras del planeta.

En los planos interiores, sin embargo, las expediciones más efectivas hasta ahora – capaces de conducirnos mediante la práctica de la meditación lo más alto posible y con posibilidades de tentar la cumbre de la iluminación– seguramente fueron las grandes *sanghas* budistas, como las del *Zen*, el *Vipassana* o el *Dzogchen*, cada una con sus particularidades.

Y es que al inicio de la experiencia meditativa conviene formar parte de una cordada y una expedición, contar con un grupo de respaldo y con la guía de un buen *sirdar*, pues aunque haya habido grandes escaladores desencordados como Hermann Buhl –que hizo la primera absoluta del Nanga Parbat– y también en la meditación importantes buscadores solitarios como Bhagwan Rajneesh o Krishnamurti, la norma es que las grandes alturas y las paredes más difíciles sean abiertas por escaladores atados entre sí mediante una cuerda y, en general, formando parte de un equipo mayor.

Imaginemos a Tenzing y a Lambert intentando abrir los 400 metros finales del Everest por primera vez en la historia, y luego tratemos de imaginar a cualquiera de ellos sin el otro realizando la misma hazaña. ¡Imposible llegar hasta ahí! Y más aún: si ambos hubieran contado con un buen equipo de apoyo en los campos inferiores, probablemente la cumbre se hubiese hecho en 1952.

Las mejores cordadas de la historia, como la de Tasker y Boardman, fueron tan fuertes y se han salvado tantas veces la vida entre sí a lo largo de tantas expediciones que no es de extrañar que luego se hayan inmortalizado juntos, en este caso intentando la primera ascensión por la arista noreste del Everest.

Como dijo ese otro gran meditador de las alturas interiores que fue Trungpa: «Es imposible expandirse hacia la más elevada comprensión que configura el nivel de la experiencia directa sin contar con algún apoyo».⁴¹

Más adelante y durante etapas es perfectamente posible, y hasta conveniente, seguir adelante sin tales apoyos, si es que esto contribuye a dejar atrás las creencias dogmáticas, las sumisiones y los “rituales” en favor de la meditación como “práctica” y como estado de la mente que, idealmente ya sí, acompaña al montañista interno por todos los siglos que decida y consiga atravesar.

La diferencia clave entre entender la meditación como “ritual” o como “práctica” radica en que el ritual rompe deliberadamente un orden natural en pleitesía a un orden social, donde el practicante antiguo, por el solo hecho de serlo, se ubica por encima del novato, reproduciendo los mismos vicios a partir de los cuales se organiza la sociedad. Dice Merlo: «Aquellos más avanzados en el camino (en un sentido, en un aspecto, provisionalmente) podrán aportar su visión, su experiencia, su reflexión, pero nunca en un clima de imposición que sutilmente anula la autoconfianza en el propio poder y en la propia capacidad investigativa».⁴²

Entonces, si las parejas o los individuos pueden evitar estas trampas comunes que acechan a las *sanghas* o “comunidades de practicantes”, la ayuda de los compañeros y de un maestro realizado en principio sí que puede ser de gran utilidad para acicatear a los aspirantes para que profundicen en sí mismos, en lugar de quedarse con visiones superficiales de los propios despertares.

Esta función la ilustra Enomiya Lasalle refiriéndose al *Zen*, donde con frecuencia, «aunque el maestro esté persuadido de la autenticidad del *satori* [...], no lo reconocerá ante el discípulo, para que este siga practicando con plena intensidad y el *satori* resulte más claro. [...] En todo caso, [...] los que llevan mucho tiempo practicando *Zen* [...] suelen experimentar el *satori* con mayor intensidad».³⁹

Ya volveremos en el siguiente capítulo a la aplicación en pareja de tal “estilo alpino hacia la inmortalidad” y a la enorme ventaja funcional que una buena cordada de amor supone frente a las grandes organizaciones religiosas y espirituales. Por ahora, basta decir que han sido cordadas y no individualidades aisladas quienes consiguieron dejar atrás las –hasta entonces imprescindibles– megaexpediciones al Himalaya, practicando un estilo de montañismo liviano y alcanzado así los logros más interesantes en los últimos años, sobre todo a partir de la seguidilla de hazañas de Messner.

Lo resume así Nives Meroi: «La expedición que llevó a Hillary y a Tenzing a la cima del Everest en 1953 plantó nueve campamentos, hoy no se emplean más que cuatro. [...] El alpinismo en el Himalaya ha cambiado y entre las innovaciones se hallan las

ascensiones en estilo alpino, las que nosotros hacemos. No plantamos campamentos, llevamos una tienda, la montamos por la noche, la desmontamos por la mañana y la desplazamos más arriba, hasta la última noche antes de la cima. Desde allí partimos sin pesos encima y allí volvemos para desmontarlo todo».⁴

Esto nos hace suponer que cronológicamente serán también las parejas o los pequeños grupos de buscadores los que dejen atrás la época de las grandes *sanghas* de practicantes, que también han sido fundamentales durante un período en que se estaban estableciendo los parámetros del ascenso interior, pero que ya en muchos casos comienzan a resultar un derroche de recursos y organización en un momento en que pueden resultar más efectivas modalidades más livianas que solo precisan de dos, tres o cuatro seres que se vuelvan un solo ritmo, un solo aliento y una sola conciencia enfocada en la necesidad general del grupo.

Lo que había observado Messner para su arte alpino vale también para el montañismo interior: «Una de las cosas más importantes del alpinismo es su faceta anárquica, que nadie está por encima marcando las reglas».¹

Así, en “estilo alpino interior”, los expedicionarios se van rodeando de unos pocos dioses, todos colegas. También de muchos maestros, con quienes se tratan de igual a igual. Y de una pareja a quien amar y con quien atarse. Cada uno, además, es su propio *sirdar*, su propio sherpa de elite, su escalador, su propio porteador y el jefe de su propia expedición. Cada uno mira las cimas que sobresalen de la “cordillera del alma” y toma también libremente sus propias decisiones en cuanto a qué cumbres dirigirse. Aquel va hacia la iluminación, estos otros dos hacia la inmortalidad...

El círculo virtuoso de la meditación

En las laderas de las montañas del silencio interior, existen los mismos problemas que en las llanuras, pero uno se enfrenta a ellos desde otra altura, como desde un globo aerostático sobre la superficie de la Tierra y elevándose por encima del pensamiento.

Puesto que la naturaleza de la mente es similar en todas las culturas, cualquier práctica seria de meditación sostenida en el tiempo trae más o menos los mismos resultados generales, que tienen que ver con dejar pasar en la práctica y en la vida cotidiana los pensamientos inútiles o nocivos –la gran mayoría– y, junto a ellos, comenzar a suprimir las reacciones mecánicas y los actos compulsivos. Wilber, uno de los más minuciosos investigadores actuales de la consciencia, manifestó: «Llevo meditando unos veinticinco años y sospecho que mis experiencias no son muy diferentes de las de quienes han recorrido un camino similar».⁴³

Entonces, una práctica fundamental en la escalada interior es la de reforzar el estado meditativo con la meditación propiamente dicha, para transformar el “círculo vicioso” en el que vive inmersa la mente condicionada, repleta de automatismos y absorbida por completo por el mundo material y emocional. Una mente desacondicionada, por el contrario, entra gradualmente en un “círculo virtuoso”, en una espiral ascendente donde, incluso en las situaciones difíciles, es posible reaccionar con frescura y mantener al núcleo de la existencia sentado al borde del teatro de la vida.

La ventaja del meditador sobre quien no lo es radica en las miles de horas de silencio y calma acumulados durante la práctica, reserva de templanza que, en el montañismo propiamente dicho, se trasluce por ejemplo en la narración de Nives Meroi al relatar su cruce por una peligrosa garganta a 100 metros de la cumbre del Lhotse: «Allí ya no te sirven ni fuerza ni resistencia, sino una quietud lisa en los nervios, en los dedos. [...] Procura que te entre toda la calma que has ido acumulando en las otras ascensiones, todo tu patrimonio de confianza».⁴

En la meditación, los riesgos de muerte son casi tan grandes como en las alturas, aunque los efectos de una mente condicionada sean un poco más lentos. Formamos parte de una humanidad que cada día se mata un poco más a causa de sus pensamientos.

Partiendo del hecho cada vez más reconocido y aceptado hasta por la física cuántica de que los pensamientos van al Cosmos y vuelven convertidos en realidades, los riesgos

de pensar cualquier cosa todo el tiempo se vuelven incalculables.

Jasmuheen, una mujer que ha dejado de ingerir alimentos hace años para sondear nuevas fronteras de la conciencia humana, señala que «somos sistemas energéticos que emiten y reciben señales. Si emitimos señales casuales, nuestras experiencias en la vida también serán casuales y espontáneas. Si controlamos nuestras señales, podemos lograr mucho más dominio sobre nuestra vida». ⁴⁴

De hecho, no hay inmortalista serio que haya pasado la cuestión por alto, desde Alegre Valls, que sintetiza diciendo que «la mente lo dirige todo, por lo tanto es a ella a quien más hay que purificar», ⁴⁵ hasta quienes dieron explicaciones muy detalladas acerca de cómo la mente condiciona al cuerpo a degenerar y morir.

Entre ellos, la misma Jasmuheen: «La actitud mental de esperar la muerte y la fe en su necesidad han sido tan dominantes que glándulas como la pituitaria y la pineal producen “hormonas de la muerte”, en lugar de cumplir con su misión de conservación y regeneración natural de la vida. [...] Las células solo son memoria cubierta de materia. [...] El cuerpo solo se desgasta con un nivel de toxicidad muy alto [...] causado por una mala alimentación y pensamientos y conceptos negativos». ⁴⁴

Si una mente condicionada por la creencia en la inevitabilidad del morir conduce a la muerte, entonces una mente desacondicionada por la meditación es el “sentido de orientación” con el que se puede alcanzar cualquier cosa y salir de casi cualquier otra, siempre y cuando tal realización permanezca en consonancia con las imágenes mentales y las acciones emitidas al espejo del Universo. Resumiendo: pedimos y se nos da, sobre todo si nos convertimos en lo que deseamos ser y respaldamos el pedido con las acciones correspondientes para lograrlo.

Todo es cuestión de aspiración. El lama Anagarika Govinda lo dice de forma explícita: «Son nuestras más altas aspiraciones y nuestro ideal último lo que nos hace inmortales». ²²

El acecho, clave de la ascensión

El “acecho” es un modo de caminar por la vida tomado por el chamanismo amerindio del ámbito de la cacería; y resulta tan imprescindible en el ascenso a la inmortalidad como es en los Himalayas que el montañista se familiarice con su entorno y sus sombras, reconociendo a cada paso a sus “budas” y a sus “*yetis* interiores”. Por ello, es conveniente volverse un acechador de uno mismo desde la misma instalación del campo base y hasta el día en que finalicen cada uno de los descensos desde las más altas cumbres internas.

Juan Matus, probablemente uno de los filósofos más lúcidos y prácticos del siglo pasado, le explicaba al sucesor de su linaje de *naguales* que un verdadero cazador no supone qué es lo que hará su presa, pensando que dormirá en tal sitio o que beberá en aquel ojo de agua a tal hora ni con tal compañía, ni tampoco tiene opiniones acerca de si el venado que persigue es tonto o inteligente, fácil o difícil de cazar.

El cazador simplemente observa a su presa día y noche del modo más objetivo posible hasta conocer a la perfección sus rutinas a lo largo de las jornadas. Y cuando ya no tiene dudas acerca de su comportamiento, lo espera en el lugar adecuado en el momento oportuno para finalmente darle caza. Del mismo modo, un acechador de sí mismo siempre se estará observando en silencio, viendo qué actividades le dan energía y cuáles se la quitan —sin ninguna suposición que interfiera en esta práctica—, haciéndose consciente de sus rutinas y de sus ciclos.

El acechador se inventa estrategias que le ayuden a volver una y otra vez la mirada a su interior, registrando a veces literalmente sus acciones, pensamientos y sentimientos en el momento en el que están sucediendo. Y todo esto sabiendo que, cuando llegue el momento oportuno, nunca un minuto antes ni un minuto después, se dará caza a sí mismo y a sus debilidades, pero a sí mismo tal como es y no como supone que es ni como los otros le dicen que es.

Feather se refiere a esta práctica del “acecho” con el término *rastreo*: «Sin el concentrado esfuerzo que es necesario para rastrear y eliminar los propios puntos débiles, y reconocer y potenciar los puntos fuertes, se pierde de vista el principal propósito del “rastreo”: alcanzar la libertad. [...] La disciplina del *ranger* es la capacidad de permanecer vigilante incluso bajo las condiciones de mayor tensión».³⁶

El “acecho” o “rastreo” es una extensión de la práctica de la meditación que, si está correctamente realizado, envuelve con su observación a la práctica madre, pues cuando el meditador medita, el acechador también lo acecha y objetivamente registra su nueva rutina, la de la meditación, y sus nuevos ciclos, los de la claridad mental seguidos de los olvidos de sí mismo y su posterior regreso a una nueva claridad.

También el acechador observa y apunta cuándo el meditador cree haber llegado a un nuevo nivel de conciencia o comprensión, y toma nota cuando quien cree haber llegado a un nuevo nivel de conciencia o comprensión considera que ya no tiene sentido seguir acechándose a sí mismo. Y así sigue acechándose noche y día.

Sam Keen dice que «la meditación es la forma sana del *voyeurismo*: mi ser observa a mi ego».⁴⁶ Pero si el meditador se define como el testigo del ego a tiempo parcial, entonces el acechador es quien atestigua a ambos a tiempo completo, y esta doble envoltura de la que se cubre el guerrero hace posible el mayor de todos los logros interiores: la comprensión de sí mismo.

Observar el génesis del *samsara*

La meditación puede extenderse a la observación permanente del flujo de pensamientos, sensaciones, sentimientos, emociones y deseos que nos atraviesan a cada instante. Sentarse a meditar durante algunos períodos puntuales, como por ejemplo en *sesshines* o *vipassanas*,¹ puede ser, en todo caso, una forma excelente de ir haciéndonos conscientes de esta sucesión de decretos que emitimos todo el tiempo y, tras ellos, de la existencia pura y dura desplegándose a cada instante.

Tal sucesión de elementos sin materialidad que observamos pasar por la pantalla de la mente no es solo el “contenido de nuestra cabeza”, sino también uno de los ingredientes de la sustancia creadora de la realidad física que nos circunda, una suerte de negativos fotográficos de la realidad a punto de ser revelados.

Fabrice Midal cita a Trungpa en su biografía sobre el maestro tibetano: «En la práctica de la meditación descubrimos aberturas por donde se interrumpe la sucesión de nuestros pensamientos. De esta forma nos distanciamos del movimiento de nuestra mente y comenzamos a percibir el espacio en el que surgen las apariencias. ¡Este espacio es tan vivo!».⁴⁷

Hacerse conscientes de la creación de la realidad hasta entonces inconsciente, o sea del génesis total del *samsara*,^m es el principio y el fin de la observación interior. En los primeros momentos y a falta de una realidad identificada más profunda, es la mente la que se observa a sí misma, por eso cuesta tanto, como si el ojo quisiera mirar al ojo sin un espejo enfrente; pero si la práctica persiste, el testigo inmutable que somos tarde o temprano comienza a relevar al antiguo vigía desde la eterna atalaya del Espíritu, y deja de confundir a la realidad con el *samsara*.

Continúa Trungpa: «Se trata de una especie de investigación científica que relaciona las experiencias de la vida como sustancia y las coloca bajo el microscopio de la práctica de la meditación. [...] La actividad de esta práctica no consiste en la búsqueda del *nirvana*, sino en ver el mecanismo del *samsara*, cómo funciona, cómo se relaciona con nosotros. Cuando se ha concienciado toda la imagen del *samsara*, cuando se ha comprendido totalmente su mecanismo, el *nirvana* se torna redundante». ⁴¹

O en palabras más occidentales de Eckhart Tolle: «Cuando aprendes a ser testigo de tus pensamientos y emociones, que es parte esencial del estar presente, te sorprende el

ruido de fondo de la inconsciencia ordinaria».¹⁷

Y es que en realidad son tantos los pensamientos que se amontonan en nuestras mentes que acaban amontonándose en nuestras vidas para manifestarse a sí mismos. Tal es el origen de que en cada existencia pasen tantas cosas, algunas esperadas –ya que fueron creadas conscientemente– y otras completamente inesperadas.

En algunos casos se tiene la percepción de que en la vida realmente nunca pasa nada nuevo; pero esto es solo porque, a falta de acecho, a veces hace mucho tiempo que se piensa lo mismo sin darse uno cuenta de ello. Entonces, esto se manifiesta una y otra vez.

Cambiar la mirada exterior por otra interior es un acto magnífico para el que es necesario derribar la barrera de toda una existencia de seres condicionados. Descubrir que todo el Universo actual de cada uno es resultado de la invisible y constante actividad de la propia consciencia e inconsciencia lleva a asumir no solo la responsabilidad por las propias acciones, sino también por el propio espacio interior.

Si esto no sucede, se van derrumbando en la propia percepción todos y cada uno de los puentes entre deseo y manifestación. Así, la creación del mundo permanece inconsciente y hay un extrañamiento absoluto ante al origen de la vida cotidiana y, más aún, ante los eventos sociales del orden local, nacional o planetario, que son resultado de la meditación colectiva de una aldea, un país o de la humanidad en su conjunto.

Desde que descubrimos nuestra coparticipación en la fabricación de los sucesos, comienza a librarse una lucha en el campo de batalla que cada uno es. Por un lado, la realidad externa pretende imponer sus reglas. Por el otro, una serie de sucesos, tímidos al principio, empiezan a mostrar que es uno mismo quien crea y acepta los límites de lo posible con la fuerza de sus pensamientos.

Hay tantos elementos que pasan por la pantalla de la mente que es preferible no quedarse demasiado en ningún pensamiento. No obstante, estos no son neutrales. Cualquiera de ellos basta para crear la realidad material, por lo que es conveniente tener una dirección clara y una muy alta responsabilidad, sobre todo con aquellos que energizamos con la emoción o con aquellos a los que les damos vueltas una y otra vez.

Nos fue otorgado el don de crear materia y acontecimientos incluso a partir de algo tan inestable como la mente individual. Por eso, participar en la creación de la realidad es siempre un acto imponente y pleno de responsabilidad, basado en una premisa fácil de comprobar en el día a día: “lo que vamos pensando y sintiendo es lo que vamos

creando”. El inmortal Saint Germain lo describe así: «Debéis saber, bienaventurados alquimistas, que vuestros pensamientos y sentimientos son los ejes que ajustan y alinean vuestras energías, enfocándolas a través del lente de la consciencia de acuerdo con vuestro libre albedrío, para producir diseños constructivos o destructivos en el mundo de la forma».⁴⁸

La asistencia de la gracia

La mente es como un pescador que lanza al mundo el anzuelo para sus deseos, pero en última instancia es la gracia del mar la que decide qué peces pasarán por allí y cuáles de ellos morderán. Claro, sin caña ni anzuelo probablemente no haya tampoco pesca, pero cualquier pescador puede asegurar que confiar ciegamente en la caña es una tontería, y esto es justo lo que sucede cuando la personalidad se atribuye la fuerza cósmica.

Dice Caplan: «Cuanto más elevadas son las energías con las que se trabaja, más peligroso es para el ego identificarse con el proceso en el que uno se halla inmerso. [...] Se trata de un proceso universal que es mucho mayor que cualquier cosa con la que nos identifiquemos en esta encarnación».²⁸

Durante las grandes ascensiones, muchas veces el montañista siente que su esfuerzo inicial –que era solo propio– comienza a ser reemplazado por esa fuerza que es el “descenso de la gracia”. Es como si la “actividad” y la “receptividad” estuvieran engendrando un hijo que se empieza a mover con su propia energía.

En sintonía con esto, narran Torres y Conde: «Avanza como si le empujaran, suavemente, firmemente, sin esfuerzo o como si el esfuerzo fuese solo una variedad del gozo, una espiral de lucidez, una danza. En esos raros instantes la montaña se transforma en una especie de religión, un culto bárbaro, una eucaristía de hielo y piedra y dedos sangrantes».¹⁰

En esta misma línea de unir “esfuerzo propio” y “gracia” en pos de la inmortalidad es interesante lo que plantea Sri Chinmoy, maestro bengalí que vio en los esfuerzos de algunas pruebas deportivas y de resistencia una suerte de reverso de la práctica espiritual, enfocándose sobre todo en el atletismo y llegando a escribir un libro titulado *Aspiración-Everest*. En una conferencia dijo: «El que no aspira piensa que la inmortalidad es imposible. El que aspira siente que la inmortalidad es una posibilidad segura. El que ha realizado a Dios sabe que la inmortalidad es una realidad absoluta. [...] ¿Qué es inmortalidad? La inmortalidad es la conciencia divina que crece eternamente y fluye incesantemente».⁴⁹

Sin la asistencia de la gracia aún somos aspirantes inmortalistas al estilo de Gilgamesh, creyendo que lograremos la vida eterna solo con nuestra voluntad personal y la fuerza de nuestras acciones, mientras que la auténtica creación es una disposición a

reconocer nuestra parte de responsabilidad en aquello que nos va saliendo al paso en cada momento y a trabajar con ello –como hizo Utnapishtim ante el desafío del diluvio–, más que andar creando todo lo que se nos ocurra para la propia satisfacción.

Si nos empeñamos en ello, de todos modos, comprobaremos una y otra vez que el Universo tiene sus propios planes y que los nuestros, los personales, son apenas los trazos visibles de una trama mayor e invisible, la punta del iceberg infinito que es el Universo o Dios vibrando en forma inteligente en el centro de sí mismo.

En cambio, cuando entendemos que es la “gracia” confabulada con nuestra “alma” la que nos envía los aspectos imprevisibles del juego, nos adentramos más aún en la etapa del apasionante trabajo de sincronización con el “alma”, sabiendo que no será jamás el “ego” separado de ella el que logre la inmortalidad física, por mucho que se empeñe en ello, sino el “cuerpo” unido a la “divinidad”, recogiendo de ella su principal atributo, que es la certeza de la vida eterna.

Y puesto que la “gracia” es un elemento externo e ingobernable, no se la puede forzar a aparecer, aunque sí se puede continuar trabajando para estar siempre abiertos a ella. Como dice el yogui Iyengar: «Una vez que nos hemos dotado de un sistema de práctica regular dentro de la estructura de nuestra vida diaria, podemos dejar que la fuerza divina actúe a su debido tiempo. Cuando llegue la gracia divina, experimentenla y sigan trabajando. Incluso si no llega nunca, continúen con el trabajo».²

Lo cierto es que si persistimos en nuestro empeño, siguiendo «la misma senda con infinita paciencia y firme perseverancia sin mostrar nunca flojedad que entorpezca el avance por el camino de la realización de Dios»,² más temprano que tarde la propia corriente del río cada vez más abundante de la vida nos conducirá hacia el océano.

La condición inmanente de dios, o sea la unidad de sustancia y destino entre divinidad y ser humano, es lo que hace posible la inmortalidad para nuestra especie, mientras que la creencia en un dios trascendente por fuera de nuestra experiencia nos abrumba y corta de raíz cualquier intento de ser eternos como él.

La separación entre la identidad de Dios y la propia identidad es, en definitiva, la “mala conciencia” que nos frena en nuestro intento de lograr algo que para un dios resulta completamente natural y para nosotros, aislados de nuestra divinidad, un sacrilegio: vivir plenamente mientras se van atravesando los siglos.

La reunión con el “alma”, por el contrario, implica entrar en contacto con un gran caudal de energía, pues ella está conectada con la fuente de todo el Universo o Dios

desde una posición mucho más cercana que la del “ego”. Es allí, cerca de la cima, en los dominios del “alma” y no en los de la “personalidad”, donde nuestra consciencia vislumbra estar unida a Dios a través de las aguas de ese océano de electricidad llamado “amor impersonal”.

Jacinto Alegre Valls cita a Leonard Orr, inmortalista como él, cuando afirma: «La Gracia se manifiesta cuando nuestro amor por Dios se encuentra con el amor de Dios por nosotros»,⁴⁵ algo muy similar a lo expresado por Erri de Luca para referirse a las alturas: «La montaña, en la escritura sagrada, es un lugar de frontera, donde la divinidad desciende y el hombre sube».⁴

Asumir la unidad de identidad con un dios inmanente o un universo participativo nos libera tanto de la falta de acción como de una apuesta excesiva por ella, facilitándonos el empujar las cosas hasta el borde del precipicio y después, libres de expectativas, dejar que caigan solas por el efecto de la gravedad. En términos teológicos: “por efecto de la gracia divina”.

La liberación de las expectativas es una constante en las grandes enseñanzas de la humanidad, desde la *Bhagavad-gita*, que enuncia el ya clásico «no te preocupes por el fruto de tus acciones: mantente atento a la acción misma. El fruto ya vendrá cuando corresponda»,⁵⁰ hasta la más reciente de Jodorowsky al afirmar que «cuando ya no se puede hacer nada, hay que dejar que se haga».¹⁶

Así, haciendo y dejando hacer, quedamos a merced de la “gracia divina” o “juego cósmico”, de la misma forma que el jardinero queda a merced del sol y las nubes después de haber plantado la semilla, abonado la tierra y regado la planta.

De este modo, se fortalece nuestra aspiración de embarcarnos en el viaje hacia las mayores alturas del Espíritu, hasta que se nos presente la oportunidad y se abra una “ventana de buen tiempo”. Esa mañana de sol, quizás, la inmortalidad deje de ser una aspiración lejana para convertirse en un proyecto realizable. Y si aún no es así, basta con continuar deseándolo y actuando en consecuencia, dejando que se despliegue cada vez con mayor fuerza en nuestra mente y campo emocional, hasta que el Universo haya preparado el escenario adecuado para la representación de su próximo acto.

Como dijo Tenzing refiriéndose a los estériles años en que la Segunda Guerra Mundial hacía imposible todos los intentos de escalar la montaña más alta, y que a él no le dejaba otra opción más que esperar y acompañar a los turistas a paseos sin emoción

alguna: «La atracción del Everest era para mí más poderosa que cualquier fuerza de la Tierra».⁶

6. Amor y sexualidad, cordada de los inmortales

«Este amor nuestro es mi combustible. Si soy capaz de completar
los catorce ochomiles, será por este amor».

NIVES MEROI

Una cuestión entre dos

El acontecer sexual de Occidente está atravesado por milenios de contaminantes de todo tipo, desde la culpa asociada al pecado original o la igualación del deseo a la voz con la que nos tienta el diablo, hasta los límites más degradantes del sadomasoquismo. Para algunas tradiciones orientales y amerindias, en cambio, la sexualidad ha sido el lazo energético que permitió a una infinidad de parejas de practicantes atravesar cientos de peligros y tempestades internas, para finalmente coronar juntos una de las grandes cimas a las que el ser humano ha aspirado desde siempre: la de la inmortalidad física, que casi sin excepciones ha sido siempre una cuestión entre dos.

Cuenta la historia que el Buddha abandonó a su compañera para buscar la iluminación y aún hoy es un lugar común en el budismo especular con la idea de que en el deseo se encuentra el origen del sufrimiento. En cambio, si hubiese buscado la inmortalidad física, seguramente habría hecho mejor resolviendo los problemas que tenía con ella y continuando a su lado, pues la expedición que aquí se plantea acometer es prácticamente imposible de recorrer hasta el final sin un compañero o compañera.

Desde una concepción inmortalista radical, no hay nada más real ni práctica espiritual más provechosa que dos que se aman haciendo honestamente el amor. Todo lo demás es una ilusión del ego.

Un compañero es un espejo y un regalo, un espejo muy nítido y un regalo muy hermoso como para apartarlo. No se trata ya de otra de las exigencias caprichosas de nuestro ego, sino de la ruptura liberadora de la cadena de los caprichos en serie, ya que todos, desde los niños hasta los ancianos y todo en el Cosmos, desea fundirse y compartir su viaje con otro ser tan real y concreto como él mismo.

El del amor mutuo es un anhelo previo a la socialización del deseo, un beso que rompe el hechizo del placer erótico autónomo, sublimándolo y transmutándolo. Por el amor, hombre y mujer salen de la hipnosis de la muerte y vislumbran una dimensión desconocida. Por él, los peces trascienden la que creían “única” realidad del agua y, convertidos por fin en anfibios, surgen del mar del pasado hacia la tierra del presente.

Si regresamos al esquema de Marsilio Ficino, donde el “alma” aparece como nudo del ser a medio camino entre el “cuerpo” y el Espíritu o “Dios”, podemos agregar ahora que Ficino también decía que la actividad con la que el “alma” cumple su función mediadora

es el amor, y que el primer retorno de la mente a “Dios” es el nacimiento del amor. Es por él que la creación es llevada al Cosmos desde el Caos, lo que es igual a decir que el deseo se espiritualiza, supera su efecto disolvente inicial, deja de ser obstáculo y se convierte en camino.

Los suicidios en solitario y sus excepciones

Las cordadas entre escaladores como método de supervivencia y obtención de grandes logros son solo un ejemplo de la importancia de la unión, pero estos son interminables, como el de los buzos, que descienden siempre en pareja a las grandes profundidades para cuidarse mutuamente y para que cada parte de la inmersión sea atestiguada por el otro.

Pero saliendo de las profundidades del mar y regresando a las alturas, si hasta ahora vimos que la *sadhana* es aquello que nos permite ir ascendiendo a un ritmo aceptable, de aquí en más consideraremos también que la “sexualidad espiritualizada”, aquella que existe sumergida y empapada en la electricidad que se produce entre dos que se aman, puede ser representada simbólicamente por una cuerda energética atada a las cinturas de los escaladores interiores para permitirles ir confiados hasta la cumbre, o hasta donde quiera que los lleven sus fuerzas y su deseo conjunto de vivir plenamente.

Y aunque haya montañistas que ascienden grandes picos en solitario, buscadores solteros de las cumbres, lo cierto es que en todas las epopeyas en que se lograron por primera vez los grandes picos, sin mapas, puentes ya construidos, relatos, escaleras, cuerdas fijas, tiendas ni botellas de oxígeno provenientes de expediciones anteriores, los protagonistas fueron en general dos, y casi nunca uno solo. La única excepción quizás sea Herman Buhl, que inauguró en solitario la cima del Nanga Parbat, pero de los catorce ochomiles coronados por primera vez, solo este fue logrado en solitario, dos más por un trío, uno por un grupo de cuatro personas, uno por un sexteto, otro por un grupo de diez, y por último en esta lista, pero no en último lugar, ocho cimas de más de 8.000 metros, o sea el 57% del total, fueron logradas por parejas.¹¹

La mayor efectividad del método de la pareja está claramente a la vista, más aún si tomamos en cuenta que Buhl hubiese ascendido –y sobre todo descendido– mucho mejor, si su compañero de cordada, Otto Kempter, hubiese continuado ascendiendo detrás de él.

El tirolés había salido de la tienda una hora antes que él, a las dos y media de la madrugada, porque no lograba conciliar el sueño y para ir abriendo camino, hasta que desde lejos vio cómo Kempter, que reemplazaba a su cordada habitual, Kuno Rainer, se daba la vuelta transcurrida media jornada en el día de asalto a la cumbre.

Esto quiere decir que no hizo el intento en solitario, sino que las circunstancias lo llevaron a ser el único en continuar. Además, la última noche en el Campo Cinco durmieron con ellos dos Hans Ertl y Walter Frauenberger, por lo que realmente habría que esperar a los tiempos de Messner, a partir de 1978, para que alguien se animase a un ochomil completamente en solitario.

También en su caso se trató primero del Nanga Parbat, montaña que Messner conocía bien por haberla coronado ya junto con su hermano Gunther en 1970, donde este falleció, y que intentaría antes sin éxito en solitario en 1973. Refiriéndose a este último intento, él mismo dirá: «Tal vez lo habría conseguido de haber tenido la preparación psíquica necesaria para aguantar solo durante semanas las situaciones límite. Alcancé los 6.000 metros y luego descendí rápidamente, como si estuviera huyendo de mi propio miedo».⁵¹

E incluso cuando cinco años más adelante lo consigue, pocas semanas después de hacer la primera ascension sin oxígeno al Everest con Peter Habeler, su relación de pareja con su compañera Uschi representa entonces un fuerte estímulo para permanecer con vida. Se refiere a su vínculo emocional de este modo: «Desde que siento que yo solo constituyo una parte de una pareja pura, percibo que junto a mi incontrastable Yo existe otra parte de mí mismo que no deseo aniquilar. [...] Todavía me siento como antes, pero ahora experimento un nuevo tipo de equilibrio interno».⁵¹

Messner es un caso aparte y casi la única excepción acerca de cualquier cosa que se pueda decir sobre la montaña y los montañistas.

Ya pronto volveremos a hablar de sus experiencias solitarias, que solo realizó dos veces entre las dieciocho que subió a picos de más de 8.000 metros. De momento basta decir que, en general, tanto en los mundos interiores como en las altas cumbres de hielo y piedra, quienes lo han intentado sin compañeros no solo cometieron una locura, sino un suicidio en toda regla, como aquel ex oficial del ejército, Maurice Wilson, que en 1934 voló sin ayuda a la India e intentó subir al Everest solo.

Su cadáver, como era de esperarse, apareció acurrucado al pie de un glaciar. En palabras de Venables, recorrió «las laderas del Collado Norte en un ingenuo y trágico intento por coronar en solitario la cima más alta de la Tierra».¹²

La cordada perfecta de los *nedrogs*

Los anales del himalayismo están repletos de acciones que demuestran que muchos montañistas experimentados actúan como parte integrante del colectivo del que forman parte, y que de allí proviene su efectividad. En el mismo año de 1953, el de las grandes hazañas de las primeras ascensiones al Everest y al Nanga Parbat, Robert Bates y Charles Houston conservaban el recuerdo de cuando a su compañero, Pete Schoening, se le empezaron a congelar las manos de tanto agarrar fuerte la cuerda con la que acababa de salvarles la vida a ellos dos, además de a Dee Molenaar, George Bell, H.R.A. Streather y Arthur Gilkey, estando todos a 7.600 metros en la ladera del K2.

Describen así la hazaña de un hombre decidido y el valor de un pedazo de sogá: «Hasta que Craig no pudo meter un buen *piolet*, Pete Schoening no pudo dejar de sujetar la cuerda –¡que había sujetado a seis hombres!– y empezar a calentarse las manos. [...] Debíamos la vida a la habilidad, el coraje y la técnica de Schoening». ⁵²

Pero no se trata solo de asegurarse y salvar la vida, sino de la energía y la paz que únicamente se pueden arrancar de la confianza mutua que existe entre dos amantes o entre dos escaladores acostumbrados a andar juntos por las alturas, aunada a la telepatía y a la fortaleza que entre ambos se establece.

Dice Jamling acerca del finés Veikka Gustafsson: «Había escalado con (Robert) Hall en el Everest y en el Dhaulagiri y entre ellos existía ese lazo que se forma entre quienes han sobrevivido juntos a situaciones en que se jugaban la vida. En algunos aspectos, se parecían a lo que los budistas del Himalaya denominaban *nedrogs*, compañeros de peregrinación, los vinculados kármicamente en una búsqueda espiritual». ⁷

Podría referirme aquí a muchísimas grandes cordadas, como la de los hermanos vascos Alberto y Félix Iñurrategi, que han escalado juntos en estilo alpino doce ochomiles y que hubiesen logrado los dos que les faltaban, el Hidden Peak y el Annapurna, como luego lo hizo Alberto, de no ser por el trágico descenso del Gasherbrum II en el año 2000, cuando Félix perdió la vida.

Sin embargo, continuaré hablando de Messner, que llegó a formar con Habeler otra de esas cordadas unidas por un cable invisible de telepatía. Tras quince años escalando juntos, sus relatos están repletos de referencias a la armonía del dúo y al sentimiento de plena confianza en la infalibilidad del otro. Por citar solo una: «Toda mi atención se

dirigía a los dos como unidad. Aunque no estábamos unidos por cuerdas, nos sentíamos uno, como un complejo que reposa en sí mismo, que forma un conjunto inseparable. Había un sincronismo en nuestros pensamientos, en nuestras acciones, en nuestra planificación. Una breve mirada bastaba para estar informado del estado de ánimo del otro, para poner en práctica lo que el otro quería».¹

Luego y como ya vimos, Messner eligió durante un tiempo hacer un camino en solitario, para demostrarse que podía subir, sin compañía ni ayuda humana alguna, el Nanga Parbat e incluso el Everest. Y fue un escalador tan singular que logró sus dos objetivos. Sin embargo, lo que a partir de entonces empieza a repetirse en sus escritos son las alusiones a la necesidad de un compañero de cordada.

Cuenta por ejemplo que en 1978 «éramos once alpinistas y contratamos veinticuatro sherpas como porteadores de altura y nos alternábamos en el montaje de los campamentos. Peter Habeler y yo subimos sin ayuda solo los 900 metros que faltaban para alcanzar la cima. Esta vez no había nadie que me ayudara a transportar, nadie que me preparara el *vivac*, ningún compañero que abriera huella conmigo en la profunda nieve; y ningún sherpa que llevara mi equipo. Nadie. ¡Cuánto más fácil era la subida entre dos!».¹

En otros momentos llega incluso a decir: «Me propuse bajar, dejarlo del todo. Si me salvaba esta vez, nunca más intentaría un ochomil en solitario».¹

En el ámbito del montañismo interior en pos de la cima de la inmortalidad física, ocurre otro tanto: escalar en pareja tiene más sentido, es más seguro y también más guapo, hay en ello menos posibilidades de perderse en las propias creaciones o en ideas falsas sobre uno mismo.

Para los taoístas, que son de los más relevantes maestros en el arte alquímico de la transmutación interior y de la inmortalidad física, el grado máximo de iniciación que los habilita para enseñar solo se les concede a las parejas. Dice Kristofer Schipper: «El celibato es impensable. [...] Los taoístas, hombres y mujeres, están, por regla general, casados. [...] La antigua escuela de los maestros celestes no confería a los individuos el grado más elevado [...] sino que lo daba a las parejas».³⁴

Entonces, como se sugiere desde el título de este capítulo, el amor y la sexualidad combinados son simultáneamente la telepatía y la cordada que permiten a hombres y mujeres comunes, aunque con aspiraciones fuera de lo común, escalar la montaña de la inmortalidad física y espiritual. Curiosamente y en relación con esto, antes de pasar al

próximo apartado, quería comentar que el concepto de “inmortalidad” en la escritura china se representa con dos caracteres: uno que significa “humano” junto a otro que significa “montaña”.

Parejas que escalan ochomiles juntos

Hasta ahora me he referido, por un lado, a las parejas de escaladores, a menudo dos montañistas hombres, y por el otro, a parejas unidas en forma amorosa y sexual, en general un hombre y una mujer, aunque en ningún caso esto resulte excluyente. Sin embargo, también ha habido y hay numerosas parejas unidas por el amor y por el sexo, cuyos miembros además escalan juntos las grandes alturas de los Himalayas.

Aquí donde se funden alpinismo y amor erótico reside una de las grandes enseñanzas de la historia del ochomilismo, sobre todo a partir del último cuarto del siglo pasado cuando aparecieron en las grandes alturas algunas de las primeras parejas, como la conformada por los franceses Liliane y Maurice Barrard, que en 1982 arribaron juntos a la cima del Gasherbrum II y en el verano de 1984 al Nanga Parbat, logrando ella la primera femenina y ambos la primera por una pareja casada.

Dos años más adelante, los Barrard hicieron cumbre en el K2 pocas horas después que la gran escaladora polaca Wanda Rutkiewicz. La pareja, sin embargo, murió en el descenso al quedar atrapada en una tormenta.

Este es el relato de un cronista: «Por detrás, los Barrard bajaban con más lentitud y dificultades. Poco después, la polaca perdió de vista a la pareja francesa para nunca más volver a verla con vida. Liliane fue encontrada muerta el 19 de julio en la base de la montaña, víctima de una caída de miles de metros. [...] En 1998 [...] encontraron los restos de Maurice Barrard justo encima del Campo Base, también en el glaciar Godwin-Austin. Contactaron con su familia para que consintieran en enterrar su cuerpo al lado del de Liliane, en el Memorial Gilkey».⁵³

Ellos, a pesar de la tragedia del K2, fueron pioneros en esta modalidad, y desde entonces escalar en pareja se ha convertido en un formato de lo más exitoso, alcanzándose de este modo varias grandes cumbres.

Otro ejemplo podría ser el de los mexicanos Carlos Carsolio y Elsa Ávila, que han hecho juntos las cumbres del Shisha Pangma y del Everest, este último diez años después de haber tenido que descender ambos a 90 metros de la cima, viéndose ella afectada por un edema pulmonar. Carsolio y Ávila, después que él se convirtiera en el cuarto escalador del mundo en hacer los catorce ochomiles, han volado además juntos en

parapente sobre el cráter del sagrado volcán Popocatepétl y compartido cientos de aventuras más.

Consideraré también brevemente a otra pareja mexicana, la conformada por Badía Bonilla y Mauricio López, que ya escalaron juntos el Chomolungma, el Lhotse, el Makalu, el Cho Oyu, el Manaslu, el Shisha Pangma y el Gasherbrum II como parte de su proyecto “Una pareja en ascenso.”

Ahora bien, aunque nombrar a todas las parejas de escaladores que llegaron juntos a las más altas cumbres del planeta sería imposible, sí me detendré en dos de los casos más relevantes.

La “cordada perfecta de los *nedrogs*” en el mundo de los ochomilistas quizás sea la de los italianos Romano Benet y Nives Meroi, compañeros tanto en la montaña como en la vida, que ya llevan escalados juntos once picos de más de 8.000 metros, además de muchas oportunidades en las que tuvieron que darse la vuelta antes de alcanzar la cumbre. Seguramente la tarea que emprenden no es fácil. Nives ha contado, solo por ejemplificar: «No creo que haya otra pareja de alpinistas que se haya puesto tan a menudo a prueba como nosotros dos. Somos un laboratorio de amor en alta montaña. [...] Nos hemos peleado a todas las alturas. La pelea más alta la tuvimos en el Nanga Parbat a 7.300 metros. Más arriba sería imposible, falta aliento para desperdiciarlo en broncas».⁴

Sin embargo, a la hora de llegar a la tienda y de calentarse mutuamente los pies, o de emprender juntos un descenso después de un abrazo en la cima, Meroi y Benet atesoran simultáneamente una ventaja y una desventaja frente al resto de las cordadas, pues deben convivir a cada paso con la intensa potencia energética del amor. Si semejante potencia se consigue soportar y es posible continuar marchando con ella, a medida que la energía sube, más fuerte se siente también el amor y más fácil se logra el calor necesario para mantener la propia entropía, así como la de la pareja de la que se forma parte, e incluso, si la hubiera, la del resto de los miembros de la expedición.

Dice nuevamente la italiana: «El amor traído hasta aquí arriba, el amor expuesto a estas fuerzas furiosas de la naturaleza [...], es lo que yo tengo de más respecto al resto de escaladoras que en estos años han intentado o intentan, al igual que yo, alcanzar las mayores alturas del planeta. [...] Esta formación anudada nuestra me hace creer que puedo lograrlo. [...] Pero al igual que somos fuertes, somos el doble de frágiles. Sin uno

de nosotros, el otro no puede. Somos esta empresa común de escalar, no podemos aceptar otro formato».⁴

Meroi fue una de las cuatro alpinistas que tuvo la posibilidad de completar por primera vez los catorce ochomiles junto a Edurne Pasaban, Gerlinde Kaltenbrunner y Oh Mi Sun, quien finalmente lo logró en controvertidas circunstancias en las que no entraré. Pero de entre ellas cuatro, escalar unida por una cuerda de amor y sexualidad no es solo una prerrogativa suya.

La austríaca Kaltenbrunner, quizás la alpinista más dotada de la actualidad y quien completó antes que nadie los catorce sin oxígeno y en etilo alpino, conoció en la montaña a Ralf Dujmovits y en el año 2003 probaron juntos el Kangchenjunga, sin éxito. Se casaron, y por esos años comenzaron a coronar, uno a uno, el Annapurna, el Hidden, el Shisha Pangma, el Kangchen (esta vez con éxito), el Broad, el Lhotse...

En 2010, sin más aire suplementario que el del amor del uno por la otra y viceversa, fueron juntos hasta la coronilla del Chomolungma, completando él los catorce ochomiles sin botellas de oxígeno y quedándole entonces a ella solo el K2, que coronaría luego en 2012.

Dice Gerlinde en una entrevista para la revista *Desnivel*: «Escalar con tu compañero es probablemente una de las mejores cosas que he podido conseguir. [...] Ralf y yo [...] sabemos exactamente cuánto podemos escalar desencordados o cuándo debemos asegurarnos. Tomamos juntos las decisiones, conocemos al otro perfectamente y tenemos nuestra perfecta rutina dentro de la tienda. [...] Con nadie tengo tanta confianza como con Ralf».⁵⁴

En fin, como ocurre en relación con el montañismo y la longevidad, que de ser una metáfora pasa a ser una realidad con alpinistas como Carlos Soria o Claudio Lucero escalando ochomiles con más de setenta años de edad, comprobamos ahora con Meroi y Benet, con Kaltenbrunner y Dujmovits, que la cordada de amor y energía sexual es también mucho más que una metáfora, pudiendo perfectamente fortalecerse la cuerda invisible del amor que une a dos personas con otra muy visible cuerda de escalada.

Por último, para quien no cree que sea tan importante el amor que se siente por la otra punta de esta “cordada perfecta de los *nedrogs*”, que recuerde las palabras de Bill Tilman en el Nanda Devi: «Había que ser cazarro para andar tonteando por esa infernal arista a esas horas de la mañana. Y ¿de qué servían esas ridículas gasas de cuerda, rígida como

un cable de acero que me ataban, para bien o para mal, a ese rufián de aspecto sucio que llevaba por delante?». ⁵⁵

Néctar y ambrosía

El poder del deseo sexual activado y espiritualizado parece no tener límites, pues la electricidad sexual prepara los circuitos para la electricidad espiritual. De lo contrario, estos circuitos se fundirían ante la intensa aparición del “sí mismo divino”. El lama Anagarika Govinda incluso opinaba que «solo un hombre capaz de grandes pasiones es capaz de grandes obras y grandes logros en el campo del espíritu». ²²

Cuando la energía sexual entra en acción durante el acto del amor y se queda en los cuerpos saturando las células de los miembros de la cordada o “matrimonio sagrado”, es muy probable que estos comiencen a sentir que más y más cosas son posibles.

Todo comienza a partir del nacimiento del amor, que es lo único indispensable a lo largo de todo el camino, logrando él solo más que mil técnicas juntas, pues este es el auténtico “néctar” de los dioses en su forma más refinada. Dice Keen: «La mayor parte de los manuales de sexo actuales parecen haber sido escritos por ingenieros genitales que consideran el problema de la satisfacción sexual como un asunto técnico a resolver por medio de eficaces procedimientos. [...] Acechando entre las bambalinas de este enfoque completamente deshumanizado de la optimización del placer, [...] está la mente mecánica del tecnócrata». ⁴⁶

Tiene toda la razón del mundo. No obstante, esto no quita que si el amor viene potenciado por la acumulación de energía sexual en el interior de los cuerpos energéticos de ambos miembros de la pareja, entonces este “néctar” divino se mezcla además con la “ambrosía”, conformando la bebida por excelencia de los inmortales. Y en este caso, al referirnos a células saturadas con tal elixir de la vida eterna, no hacemos referencia solo a un símbolo, sino también a una sustancia real –desde el punto de vista fisiológico– que es necesario cultivar interiormente.

Wilhelm Reich manifestó haber descubierto el *orgón*, un tipo de energía biológica y observable científicamente, madre de todas las demás energías, que sería la base del orgasmo y el amor. Al mismo tiempo, dio cuenta de algunos de los efectos de este flujo vital, al que le atribuyó incluso la capacidad de curar el cáncer.

Para que el “deseo sexual consciente” y el “anhelo del alma” funcionen en forma unificada, la energía filtrada de impurezas a través del acto amoroso debería saturar cada una de las células de nuestro cuerpo físico. Una vez saturadas, parte de tal energía

sobrante ya sería posible reinvertirla en la solidificación y el manejo consciente de otros cuerpos más sutiles que el cuerpo físico, que son un puente entre el deseo inmortal del Espíritu y la forja de un cuerpo físico adecuado al servicio de tal deseo.

Dice Samael Aun Weor: «Realmente toda la alquimia es solo una descripción alegórica del laboratorio de nuestro cuerpo físico y de la transformación de las sustancias groseras en sustancias más finas. [...] La unión sexual del hombre y de la mujer durante el *Maithuna* [...] produce una segunda octava superior desarrollando un nuevo organismo independiente, luminoso y resplandeciente. [...] Ese nuevo organismo es el verdadero y legítimo cuerpo astral. El cuerpo astral realmente nace del mismo semen, de la misma sustancia, de la misma semilla que da origen al cuerpo físico. [...] Solo hay una sola puerta y un camino; esa puerta y ese camino es el sexo».⁵⁶

Ahora bien, todo esto no es solo una extravagancia más del ya de por sí extravagante maestro gnóstico colombiano, sino que, al postular la creación de un nuevo cuerpo inmortal a partir de la acumulación del semen y de la mediación del amor, Samael está reafirmado una verdad de todas las tradiciones iniciáticas orientales, como la que aparece en el *Kularnava Tantra*, donde se sostiene también que la unión suprema solo se puede obtener por medio de la unión sexual.

Lo mismo ocurre con el *Tachikawa*, la escuela tántrica japonesa perteneciente al budismo *shingón*, fundada por Nin-kan en el siglo XI y donde la unión sexual aparece como el único medio para alcanzar la budeidad. O como en el taoísmo, sobre todo en su rama alquímica del *tao-chiao*, donde, según Schipper: «Guardar el Uno equivale a [...] guardar las fuerzas vitales al completo, obrar de modo que nada se pierda».³⁴ En una segunda fase, «es una práctica que debe corresponder en principio a la gestación del Verdadero Yo, embrión de la inmortalidad, pero hay que observar que la gestación es también el acto mismo de amor».³⁴

La primera pareja de inmortales

Si regresamos a la metáfora de los escaladores encordados entre sí, vemos las enormes similitudes entre la experiencia de los *nedrogs* descrita por Jamling y la narrada por los alquimistas internos. Entre ellas: la de convertir dos cuerpos en un solo cuerpo. El hijo del sherpa más famoso decía acerca de Hillary y Tenzing que «ambos sabían que dos escaladores de la misma cordada son una extensión el uno del otro. El día que llegaron a la cima se convirtieron en uno solo, en una fusión del empuje y la técnica de Hillary, y la tenacidad, la experiencia y el valor de mi padre. Sus cualidades complementarias se unieron en un solo escalador».⁷

Un autor aún poco conocido a quien ya he citado en otras ocasiones, Jacinto Alegre Valls, escribió una monumental obra de más de quinientas páginas acerca de la inmortalidad que se titula *La estrella del mago*. Y esta “estrella del mago” de seis puntas, de hecho, es el símbolo de la alquimia sexual. Allí, el semen es el mercurio que debe ser guardado entre los dos triángulos que conforman los genitales masculino y femenino: *lingam* y *yoni*, o bien su adaptación china *yang* y *yin*.

En este tipo de “sexualidad sagrada”, el esperma se guarda y se mantiene en movimiento, hasta que los cuerpos unidos del hombre y la mujer se transforman en una única materia incorruptible y dotada de alma: el llamado “ser andrógino inmortal”.

¿Que después se separen y entre unión y unión se dediquen cada uno a sus asuntos? ¿Por qué no? La inmortalidad no es una cuestión de siameses, sino de dos seres que se aman en “cuerpo”, “alma” y Espíritu; y donde la relación sexual entre ambos aspirantes así unidos es el mayor logro posible para la participación humana en la creación divina. A tal punto que de tal acto a menudo se crea el milagro al que ya nos hemos acostumbrado de la concepción de los niños, quienes desde un punto de vista cósmico son sectores aún inexplorados de la divinidad.

Pero no hace falta concebir para saberlo: Ramtha sugiere, a través de Judith Z. Knight, su canal humano, que el amor «es la clave que nos muestra claramente que por dentro somos divinos, porque: ¿cómo podríamos degustar tal bebida inmortal que trasciende los océanos del espacio y el tiempo si fuéramos meros mortales?».⁵⁷

Si nos remitimos al primer inmortal realizado del que la humanidad tuvo noticias, el ya mencionado Utnapishtim, no podemos más que preguntarnos: ¿por qué acaso el dios

Enki le dijo a este Noé mesopotámico antes del diluvio que debía salvar la “simiente de todas las cosas vivas”? ¿No le estaba indicando, quizás y en primer lugar, que guardara sobre todo su propia simiente?

No debe sorprendernos, de hecho, que sean él y su esposa juntos, y no solo uno de los dos, quienes lograron la inmortalidad en la mitología sumeria, estableciendo así desde el principio de los tiempos históricos una suerte de arquetipo universal de la pareja alquímica en una época en que la muerte un día sí y otro también ya sepultaba bajo sus aguas a cientos de decenas de miles de seres humanos.

Utnapishtim y su compañera, además, como buenos jardineros del mundo que eran (y que siguen siendo), lograron salvar en la cima del monte Ararat a una pareja de cada especie animal después de que las aguas se hicieran «excesivamente fuertes sobre la Tierra y todas las montañas altas fueron cubiertas. [...] Y toda carne pereció, desde el hombre hasta los ganados y hasta las cosas reptantes y las aves del cielo fueron barridos de la Tierra; y solo quedó Noé, y los que estaban con él en el arca».⁵

Si queremos sobrevivir –y ayudar a sobrevivir a los demás–, es conveniente recordar pues la historia de esta primera pareja de inmortales, que antes del desastre vivía en Shuruppak, donde todos menos ellos practicaban, según los textos sagrados, un sexo vulgar. Para que nuestra energía comience verdaderamente a sellarse, una de las claves es la subordinación del sexo al amor, lo que no tiene nada que ver con desertizarlo. Amar y responsabilizarse de ese amor, muy por el contrario, es como flotar sobre oleadas de erotismo hasta llegar un buen día a hacer pie en el monte Ararat, y constatar que alrededor hay un nuevo florecimiento de todos los paisajes.

El océano primigenio de leche

Cuenta la leyenda hindú que el Universo, antes del principio, era un “mar de leche” que se convirtió en mantequilla por acción de un remolino gigantesco o de un látigo, que bien podría ser la eyaculación, puesto que se puede sentir como un latigazo interior.

«La lluvia es la simiente que fecunda la tierra, el relámpago el orgasmo»,¹⁴ —observa Daniélou.

Durante el principio, la energía pura que somos busca emociones de montaña rusa, y en esta búsqueda descendemos hacia la materia y nos experimentamos a nosotros mismos como individualidad. El magnánimo Shiva, llamado a reinar en la cima de una montaña sagrada, comienza también su historia vertiendo su esperma por ahí, pues aún no se comporta como el gran dios que es y cuya condición luego recuperará.

En su añoranza por el “océano primigenio de leche” recurrimos al sexo profano y allí la trampa del derrame de energía nos hace descender más y más en la separación, hasta habitar ese pozo de mantequilla llamado “personalidad”.

Sobre esta caída ya se escribieron muchos dramas y novelas. Prácticamente toda la mitología occidental y sus iglesias están edificadas sobre tal motivo, y casi nadie se animó hasta fechas muy recientes a plantear la posibilidad de unir, mediante un manejo especializado de la sexualidad, el destino del “cuerpo” al del “alma”, a la que muchos sí reconocen como inmortal.

Los antiguos filósofos y fundadores de las religiones del hemisferio occidental han tendido más bien a considerar impuro al “cuerpo” y no en proceso de purificación, por lo que luego sus herederos célibes buscaron suprimir el deseo y mucho más adelante sus herederos laicos sucumbieron al deseo una y otra vez, cada vez más inconscientemente, hasta acabar perdiendo casi todos el registro de la propia consciencia y, por ende, renunciando a una de las claves de la inmortalidad.

No obstante, ciertas tradiciones orientales, como salmones remontando las corrientes y los saltos de los ríos, han desafiado a este destino que parecía inexorable, emprendiendo desde hace siglos el viaje de regreso al “mar de leche” original que, en más de un caso, comienza justamente con la acumulación de la misma.

Cimas de placer

Hemos de recuperar la fortaleza de nosotros mismos, y para ello es preciso reunir y acumular una caballería de energía. En realidad, ya contamos con esa tropa: es nuestro propio *orgón*, *bindhu* o *tan*. Se trata pues de aprender a criar libres a estos corceles mediante el goteo sexual, y simultáneamente amansarlos con el amor y la pasión con que se doma a una manada de caballos salvajes, pues la existencia no está nunca exenta de batallas interiores que hemos de librar con toda la caballería posible.

Dice Schipper, estudioso del taoísmo: «Lo primero es invertir el curso de la esencia espermática, que en vez de escurrirse hacia abajo, debe subir por el cuerpo hasta la cima y después estabilizarse en el centro. [...] La inversión del movimiento cíclico trae la inversión del proceso de envejecimiento. La esencia seminal [...] se hace éter de nuevo [...] y escala la cadena de órganos funcionales de fases para transformarse en la más ligera y límpida de las energías, la *shen* (divinidad)».³⁴

¿Se puede, pues, lograr esta acumulación de energía simplemente mediante la supresión del sexo, evitando con ello los riesgos de las repetidas eyaculaciones?

Quizás durante algún período de la vida podría ser, pero difícilmente como un modo de estar permanentemente en ella, pues sin la unión sexual, el hombre poco a poco se va secando al no poder absorber la energía *yin* femenina, y lo mismo la mujer sin tener acceso a la energía *yang* masculina; mientras que si el hombre pierde su energía *yang* mediante la eyaculación reiterada se vuelve muy *yin*, y arrastra en este desequilibrio, como con una cuerda tras un resbalón, a su compañera.

Los taoístas han bromeado con esta decisión de evitar el sexo para evitar así la eyaculación, como lo demuestra la cita que hace Schipper de un autor de esta corriente: «Si solo se tratara de no eyacular, todos los eunucos llegarían a ser inmortales».³⁴

Por el contrario, la combinación activa de los dos polos vitales de energía en ambos componentes de la pareja es la garantía que renueva el préstamo de las fuerzas interiores, manteniendo al “cuerpo andrógino inmortal” cargado de una vitalidad rejuvenecedora, que cada vez se va retroalimentando más por medio del amor.

No hay espacio aquí para desarrollar una investigación exhaustiva del tema, pero se puede decir que no hay una sola sino numerosas técnicas sexuales, como por ejemplo el *karezza* persa, donde se hace el amor sin eyacular, pero sin experimentar tampoco el

orgasmo. Mantak Chia recomienda que se evite esta técnica, pues puede conducir a una disfunción de la próstata ya que la tensión no se libera y la energía no circula.

También está el *imsak* árabe, que se fundamenta en el control consciente que realiza la pareja para «mantener alta la tensión erótica mental y física. [...] Hacen cuanto pueden para conseguir deliberadamente tantos ciclos de reentrada y retirada como desean. A diferencia del *karezza*, el *imsak* “autoriza” a los practicantes a poner en escena un gran final permitiéndoles alcanzar el orgasmo y/o eyaculación, cuya calidad, lógicamente, suele ser extraordinaria». ⁵⁸

A través de un largo espectro de siglos y a diferencia de Occidente, donde se ha pasado de centurias de puritanismo y represión a una explosión sexual, el debate en torno a la práctica de la sexualidad y sus efectos ha teñido los siglos de la espiritualidad oriental. Allí, cada tradición ha dicho lo que tenía que decir acerca de las formas más adecuadas que tienen las parejas para gestionar la fuerza vital que comparten, y entre las tres vías más sofisticadas y mejor equipadas para atravesar este espinoso territorio, aunque hay muchas similitudes, también hay unas cuantas discrepancias.

Por ejemplo: en el *tantra* budista muy pocos elegidos practican en pareja, y una de las principales diferencias entre las prácticas taoístas y las tántricas hindúes reside en la forma de canalizar la energía dentro del cuerpo, una vez que esta ha sido ahorrada.

Según Chia, en el *tantra* hindú la energía sexual se eleva hacia el cerebro, mientras que los taoístas están «particularmente interesados en el potencial del cerebro abdominal. [...] En el pasado, muchos profesores de sexualidad oriental enseñaban a sus estudiantes a elevar la energía al cerebro sin enseñarles cómo hacerla descender. Esto produjo el denominado “síndrome *Kundalini*”. Los taoístas conocían la importancia de completar el círculo». ⁵⁹

Esta vía de la “alquimia interna taoísta” se pone en marcha separando las funciones masculinas del orgasmo y la eyaculación, siendo que el primero, energizante, ocurre unos pocos instantes antes que el segundo, donde el hombre pierde su energía *yang*. Regresando a la metáfora de la montaña y la cordada, de la que solo nos hemos salido para aclimatarnos un poco, Chia afirma que «los taoístas sabían [...] que si enseñaban a los hombres a retrasar la eyaculación y a tener múltiples orgasmos como las mujeres, hombres y mujeres podrían recorrer juntos muchas cimas de placer, haciendo el amor de la manera más satisfactoria y sanadora posible». ⁵⁹

7. Las tecnologías internas como factor evolutivo

«Diferentes grados de desarrollo son correlativos con diversos niveles de sensibilidad».

JACOBO GRINBERG-ZYLBERBAUM

El Paleolítico superior

Revisando los textos clásicos, a menudo se encuentran referencias directas o veladas a la inmortalidad física, pero en casi todos los casos las ambigüedades son demasiado grandes como para poner seriamente lo que dicen en el centro de nuestra práctica. La abrumadora mayoría de las indicaciones, en realidad, están orientadas a alcanzar la cumbre de la otra gran montaña interior: la iluminación.

Las tradiciones que sí dirigieron claramente sus prácticas a la inmortalidad, que ya nombré en otras ocasiones y a las que dedicaré los dos últimos capítulos, hunden en general sus raíces históricas o míticas en fechas anteriores al Neolítico. De hecho, es muy probable que en la época que antecedió a este período, durante el llamado Mesolítico o Epipaleolítico, el hombre y la mujer –cazadores y recolectores en su mayor parte– hayan descubierto su propia divinidad interior esencial y, junto con ella, su derecho de nacimiento a la vida eterna.

La posterior eclosión del Neolítico es probable que haya tenido mucho que ver con este descubrimiento. Entonces por doquier florecieron las artes y las tecnologías. Sabiendo que era eterno, el humano comenzó a dejar huellas de actividades religiosas, de increíbles invenciones materiales y de ritos funerarios para quienes no tenían más remedio que volver a pasar por la muerte y el olvido.

En esas épocas, el *homo sapiens* andaba de un lado para el otro según el fluctuar de las estaciones y de otros períodos y ciclos más largos, mientras seguían descendiendo los hielos que habían quedado de la última gran glaciación. A medida que migraba a latitudes cada vez más cálidas o desérticas, comenzaba muchas veces también para él la agricultura, aunque simultáneamente otros pueblos nómadas, cazadores y recolectores, continuaron siéndolo y ocupando nuevos continentes.

Con este modo de vida cazador-recolector, donde el contacto con la naturaleza era tan básico para la propia supervivencia y la del grupo, no es de extrañar que los humanos tomaran entonces contacto con el Espíritu.

Las largas caminatas, los grandes espacios vacíos de mentes, el acecho como pieza fundamental de la caza, la observación de los cielos y de la tierra para recolectar cada cosa a su tiempo, la ausencia de grandes sistemas estatales que pervirtiesen la vida en las comunidades, el desapego y la falta de guerras reguladas por el movimiento continuo del

nomadismo: todo esto contribuyó a que surgiera la “unión interior”, que en Oriente se llamó “yoga” y en Occidente “misticismo”.

Muchos pueblos han continuado con este modo de vida recolector, negándose conscientemente a volverse agricultores, forma de producción que conocen desde hace siglos por el contacto con sus vecinos, pero que siempre supieron que implicaba también la creación de sistemas de defensa, ciudades, estados, grandes obras de infraestructura, monopolios, guerras, patriarcados y esclavitud.

No es de extrañar que desde una perspectiva no marcada por el desarrollo de las “tecnologías exteriores”, sino por el de las “tecnologías corporales internas” –mucho más útiles y efectivas que aquellas– estos pueblos cazadores sean los más evolucionados del planeta, potenciando la empatía con el entorno natural, las búsquedas de visión, los ritos de iniciación y purificación, la telepatía, etcétera.

Uno de los grandes teóricos de la evolución, Roger Lewin, explica que «la mayor parte de la expansión del tamaño cerebral de los homínidos tuvo lugar antes de que las expresiones materiales y abstractas de la cultura fueran realmente vibrantes».⁶⁰ Esto nos hace pensar que la “tecnología externa”, tal como la conocemos, quizás no sea el camino que necesitamos para alcanzar nuevos logros como especie.

Muchas veces este gran desarrollo tecnológico encubre deficiencias sensoriales. Por ejemplo: en el reciente *tsunami* que devastó las poblaciones costeras del océano Índico, no bastaron todos los radares ni la velocidad de los sistemas de comunicación y transporte para evacuar a la población y aminorar el desastre. Sin embargo, tanto los animales de la región como los indígenas no contactados de las Islas Andamán escaparon a las partes más altas de su geografía y sobrevivieron gracias a la utilización eficiente de una sensibilidad que nosotros, deslumbrados por el desarrollo de funciones extracorporales, aún no hemos sabido desarrollar, o más bien recordar.

La montañista Nives Meroi apoya esta idea: «La posesión de ciertos instrumentos puede hacerte creer que controlas la situación, pero no es así. No dejas de ser un salivazo en el océano y debes confiarte a su inmensidad. [...] Con todo, con la entera maquinaria del cuerpo. Si tienes algún instrumento, alguna ayuda, le estás quitando a ese todo una parte».⁴

Como saben los integrantes de todos los pueblos ancestrales, hay diferentes zonas del cuerpo físico que comunican con zonas del cuerpo energético. Los mensajes de pretendidos *atlantes*, como ya veremos más adelante con Ramtha, hacen referencia a la

apertura de glándulas como la pineal, la pituitaria, el tálamo y el hipotálamo; igual que los *naguales* de la línea de Juan Matus han hecho referencia a la enorme capacidad del hígado, el bazo, los riñones y la matriz para almacenar energía, por no hablar de que ya sabemos que no usamos ni el 10% de nuestro cerebro.

Además, los hindúes poseen sistemas complejos de centros de activación de energía basados en los *chakras*, los chinos conocen desde hace tiempo un detallado mapa de meridianos y puntos energéticos aplicados en acupuntura para sanar y equilibrar el cuerpo sutil, los chamanes sudamericanos, siberianos y hasta sherpas –los *ihawas*– describen perfectamente los diferentes niveles de realidad de nuestra consciencia donde podemos hallar curación y sabiduría.

El conocimiento sobre la inmortalidad física es en todos los casos una consecuencia del conocimiento de uno mismo, puesto que la mayoría de las veces morimos por no reconocer los propios pensamientos antes de que estallen o se transformen en un alud que nos sepulta. El desarrollo de las “tecnologías interiores” lleva al autoconocimiento, y este, en muchos casos, puede conducir a la inmortalidad.

Por supuesto que la muerte llega a veces no solo por una mala gestión de las “tecnologías interiores”. Existen también en la vida cotidiana las fatídicas avalanchas y los vientos huracanados imprevistos que vienen desde afuera. El inmortal no pretende controlarlos. No es tan soberbio como para eso, pero sí se empeña en no atraer estas circunstancias.

El inmortalista hace como los sherpas, quienes le realizan ofrendas a Tashi Tseringma, diosa de la inmortalidad, para evitar de este modo ser víctimas de las fuerzas de la naturaleza, sin entrar en el hecho de que probablemente más de un viento enfurecido sea consecuencia de la furia de algún dios. También podría ser que no, pero en todo caso no está de más buscar la ayuda de una divinidad protectora, como Utnapishtim con el dios Enki o Tenzing Norgay con la diosa Miyolangsangma.

Según Jamyang Wangmo, «los sherpas de Rolwaling suelen hacer elaboradas ofrendas a Tseringma en el Ome Tsho, o lago de Leche, pidiendo su protección contra avalanchas, corrimientos de tierras y otras desgracias naturales».⁶¹

Mitología sherpa: Tashi Tseringa

En cada rincón del planeta donde no haya un televisor que cuente los pormenores de las vidas efímeras de los dioses mediáticos, los narradores de historias llenan sus horas junto al fuego, hablando y escuchando sobre dioses en la cima de las montañas. Entre estos relatos aparecen mortales que lograron la condición de dioses por las proezas que han realizado. Los antiguos griegos, por ejemplo, contaban que cuando un mortal llegaba a la cima del Olimpo y se inmortalizaba, los dioses colocaban las imágenes de su historia en el cielo en forma de constelación.

El pueblo que da título a este libro, el de los sherpas, ya vimos que adora a la diosa Miyolangsangma que vive en el Chomolungma, pero no menos interesante es que la diosa tenga cuatro hermanas más, con las que suele ir siempre. Son conocidas como las Cinco Hermanas de Larga Vida y la principal entre ellas, la que habla en nombre de las cinco, es Tashi Tseringma, cuyo nombre significa “Dama Auspiciosa de Larga Vida”. La describen así: «Una joven de color blanco, llena de juventud y belleza, montando un león y sosteniendo un *vajra* o *dorje* dorado [...] en su mano derecha, y un jarro con el néctar de la inmortalidad en la izquierda».⁶¹

La morada de Tashi Tseringa, obviamente, no podía ser otra que la cima de una gran montaña enclavada en el corazón del territorio sherpa. Y en este caso, la montaña se llama igual que la diosa, Jomo Tseringa, y está ubicada entre el Rolwaling nepalí y el Rongshar tibetano, bastante al occidente del Cho Oyu. Tiene 7.146 metros y es más conocida por los montañistas occidentales por su nombre hindi de Gauri Shankar. Desde el inicio de los tiempos, la diosa vive en la cima del monte y los pobladores de la zona circundante están bajo su protección.

El Jomo Tseringma fue escalado por primera vez en 1979 en una expedición en la que el *sirdar* fue Pertemba y los primeros en llegar a la cumbre fueron el sherpa Dorje – casualmente, el mismo nombre del instrumento que Tashi Tseringa lleva en su mano –, junto con el norteamericano John Roskelley. Nuevamente, e igual que a la morada de la diosa Miyolangsangma, quien arribó primero a la residencia de Tseringma no podía ser otro que un sherpa. Las diosas locales son así: solo dejan llegar a una pareja si hay entre ellos, al menos, un integrante del pueblo que hace siglos las adora.

No obstante, este “ataque a la cumbre” de una montaña prohibida también aquí ha tenido sus consecuencias. Wangmo explica que «poco después se produjeron una serie de corrimientos de tierras e inundaciones. Los ancianos de Rolwaling habían tratado sin éxito de evitar la ascensión al Tseringma, por lo que se atribuyen esas desgracias al hecho de haber profanado a la diosa».⁶¹

Para los sherpas, la relación con los dioses y diosas que viven en la cima de las montañas es muy honda, y su ascenso por las laderas muchas veces también indica el correspondiente ascenso por el mundo interior de los practicantes, reproduciendo el hecho de que «tanto en Khumbu como en el Tíbet, de donde proceden originariamente los sherpas, la relación entre hombre y naturaleza tiene un profundo significado. El paisaje externo o físico se relaciona estrechamente con las actividades mentales o psicológicas del individuo y desempeña un papel esencial en la sociedad».⁶¹

En definitiva, deberíamos cambiar nuestro lenguaje: ya no hablar más de “atacar la cumbre”, sino de unirse a ella, pues una cosa es la profanación y otra muy distinta la unión amorosa. Para quienes eligen la profanación, hay que decirles –para asustarlos– que en los alrededores del Jomo Tseringa, domicilio de la diosa, fue además donde Eric Shipton tomó una de las primeras fotografías de los *yetis*, lo que causó un revuelo cuando volvió a Gran Bretaña.

Los *yetis* de la psique

Los *yetis* en las laderas cumplen, igual que los dioses en las cimas, un papel muy importante en la mitología sherpa, lo que también está asociado al mundo interior. Se sabe que estas criaturas provocan curiosidad, miedo y hasta la muerte. Sin embargo, parece ser que quienes consiguen dominar a sus “*yetis* interiores” son protegidos y alimentados por los *yetis* reales.

Estos seres mitológicos, con la misma frecuencia con la que escapan de la proximidad de la mayoría de los humanos o bien los atacan, se acercan amablemente a los lamas que meditan en las remotas cuevas de los Himalayas. La literatura oral de los sherpas está repleta de historias sobre cómo los *yetis* salvaron a los monjes del hambre y del frío, y cómo se acercaron a estos mientras estaban en profunda meditación, emitiendo esa atmósfera de paz, regocijo y amor por todo el Universo que solo los niños y los animales captan con total nitidez.

La figura más importante de la historia sherpa es justamente un lama, Sangwa Dorje, que vivió a comienzos del siglo XVII y cuyas reliquias se siguen conservando en la *gompa* de Pangboche, camino del Campo Base del Chomolungma. Dicen de él: «Meditó en muchas cuevas, ermitas aisladas de Khumbu y Shorong, donde según las leyendas locales, los *yetis* le traían comida, agua y combustible».⁶¹

Además de ser criaturas que probablemente existan de verdad, los *yetis* representan simbólicamente nuestra parte oscura que es preciso sublimar. Así, una vez controlados los monstruos interiores y las sombras de nuestra *psique*, estos dejan de perseguirnos y se ponen a nuestro servicio, ayudándonos a que salgamos del estado de supervivencia y despejando las rutas de ascenso hacia nuestra divinidad interior.

Consecuencias de una filosofía inmortalista

Hoy leí algo que no sé si será cierto, que las águilas entran en la senilidad alrededor de los cuarenta años de edad. Sus picos, plumajes y uñas se deterioran. Entonces deben ir solas a la montaña, retirarse a sí mismas. Allí golpean su pico contra una piedra y se lo arrancan, a partir de lo cual les sale un pico nuevo, pues el antiguo ya era inútil. Con el pico nuevo, las águilas se arrancan las uñas que ya no le servían tampoco para nada. Entonces, le salen uñas nuevas. Con ellas, se arrancan el plumaje caduco. Y le salen otras plumas. Así, algunas águilas atraviesan esta metamorfosis y consiguen vivir varias décadas más. Si no lo consiguen, muy pronto mueren.

Del mismo modo, la humanidad hoy parece estar sobreviviendo, esperando morir, aferrada a sus viejas ideas, en lugar de cambiar por una nueva “filosofía de la vida y de la inmortalidad”. De hecho, no hay ninguna ventaja en seguir practicando una “filosofía de la muerte”, que se perpetúa a sí misma solo porque es la doctrina reinante.

Una “filosofía inmortalista”, por el contrario, contribuiría a crear una humanidad totalmente diferente, formada por gente que, por decirlo de algún modo, ha arrancado ya de su vida los viejos picos, garras y plumas. La hegemonía de una filosofía de amor a la existencia –sin fecha de caducidad– podría redundar en un gran bienestar social y político, así como en la protección conjunta de los intereses comunes y de la naturaleza.

Como dicen Sondra Ray y Leonard Orr: «Quienes piensan mediatizados por las ideas de la inmortalidad física informan de tremendos progresos en materia de salud, éxito, amor, satisfacción, productividad, energía y sensación de vida. La gente se siente bien al dejar de matarse con sus pensamientos negativos a sí misma y a quienes la rodean. Pero empeñarse en la mentalidad mortal es perpetuar el dominio de la oscuridad y el destino».⁶²

Asumir una “filosofía inmortalista”, independientemente de que luego se logre o no la inmortalidad, implica un cambio total de las perspectivas con respecto a los semejantes y al planeta, así como una forma también completamente distinta de vivir. No hay nadie que adopte una filosofía así sin experimentar simultáneamente una revolución total de sus prioridades.

Podemos leer por ejemplo el testimonio de Ghislaine Lancot: «Mientras pensé que era mortal estuve corriendo una carrera contrarreloj. ¿Lo conseguiré antes de morirme?

Estaba sometiéndome a mí misma a un enorme estrés, forzándome a hacerlo todo volando. ¡Ya no! La conciencia de mi inmortalidad física me ha cambiado la vida. Puedo hacer todo lo que quiera hacer, alcanzar mi objetivo de autorrealización a mi propio ritmo y velocidad. Al fin y al cabo, tengo toda la eternidad por delante. [...] ¡¡Me quedaré aquí en la Tierra pase lo que pase y todo el tiempo que quiera!!». ⁶³

Además, los inmortales realizados –e incluso los inmortalistas sinceros– pronto van más allá de la simple satisfacción personal y extienden sus pensamientos al bienestar de su sociedad. Como dice Leonard Orr: «La guerra es una expresión social del impulso personal de morir. [...] Para alcanzar la paz en todos los países, se necesita desesperadamente toda esta información sobre la inmortalidad física». ²⁷

Actuando como fragmentos de una especie que se sabe capaz de la vida infinita, los inmortalistas tratan a todo el mundo como si fuesen a convivir con ellos por el resto de la eternidad. Vecinos por siempre de todo lo que hay, comienzan a reconciliarse por fin con su entorno. Los maestros de las dos grandes vías más transitadas a la inmortalidad física, ambas por la vertiente oriental –taoísmo y yoga–, han hecho siempre mención a la necesidad de ir más allá del cinismo y dedicar el propio tiempo a auxiliar a los demás y a potenciar el campo de energía de toda la humanidad.

Por el lado del taoísmo, transcribo una cita de Schipper: «¿Quién no conoce a los ocho inmortales? [...] El más célebre de ellos es Lu Dongbin. [...] El iniciador no era otro que Zhongli Qun, célebre inmortal que entonces tenía ya seiscientos años. [...] Según la creencia popular, Lu Dongbin sigue vivo. Hoy tiene más de mil años y aún recorre el mundo para curar a los enfermos, especialmente a los pobres y desgraciados, y para transmitir su enseñanza a los que puedan recibirla». ³⁴ Por el lado de la vía hindú, Iyengar dice: «El yogui [...] rechaza la máxima de que “sobreviven solo los más aptos” y, en cambio, hace que los débiles sean lo bastante fuertes para sobrevivir». ²

Si subir a la montaña interior es misticismo puro, descender de ella es “compromiso social y político”, en el sentido más alto de este concepto, el que entiende la política como un arte mayor, el que no se refiere a hacer las cosas para el beneficio propio ni de la propia agrupación, sino para el bien de absolutamente todos.

Es difícil saber, a simple vista, quién ha obtenido la cima auténtica de la inmortalidad y quién no, pero a veces reconocer quién no la ha logrado es tarea mucho más sencilla, porque un inmortal verdadero no enfrentará jamás a un pueblo, a un partido, a una raza o

a una religión contra la otra, sino que será un reformador y un benefactor de toda la humanidad, aunque tenga que hacerlo a una escala muy reducida.

Un inmortal sabe que su propia supervivencia depende de la supervivencia de su entorno. Porque se siente a sí mismo unido a todo lo que hay, aumenta lo suficiente la superficie de su piel, hasta igualarla en extensión a la superficie del planeta.

Al llegar a la cumbre del Everest, Tenzing Norgay da ejemplo de una actitud típica de “cumbre auténtica”: «Cuando dispuso las banderas, no tenía intenciones políticas aparte de querer que la de Naciones Unidas fuera la primera. Le gustaba pensar que su éxito no era solo el de unos individuos concretos o unas naciones determinadas, sino el de los habitantes de todo el mundo, un éxito de toda la humanidad». ⁷

La herejía de los ochomilistas

El “monte de la inmortalidad” está presente entre las grandes aspiraciones del ser humano desde el comienzo de los tiempos. Varios grupos, parejas e individuos intentaron ascenderlo desde diferentes flancos y por diversas rutas. Algunos lo consiguieron, pero la mayoría no. Ahora bien, este pico es implacable con quien no lo logra. A diferencia de otros, donde se puede hacer cumbre y morir, o no lograrla y sobrevivir; aquí solo sobreviven quienes la alcanzan y mueren todos los demás.

Muchas de las vías intentadas han llevado a callejones sin salida o a zonas de avalanchas progresivas que acabaron por sepultar a los escaladores interiores. Por eso, porque en esta montaña junto con la cumbre nos jugamos la vida, conviene no adentrarse demasiado en vías inciertas y hacer caso a Joan-Enric Farreny cuando afirmaba que «los viejos caminos tienen mucha experiencia».⁶⁴

Las dos vías que han llevado a la mayor cantidad de cordadas de escaladores hasta la cima son la hindú y la china. Esto es: las prácticas inmortalistas del yoga y del taoísmo, este último en la rama del *tao chiao*, su modalidad mágica y alquímica.

¿Cuál es el grado de certeza de que a través de estas vías de ascenso se haya alcanzado, efectivamente, la cumbre de la inmortalidad física?

Cuentan que el austríaco Hans Kammerlander, cansado de los escaladores que arribaban solo a la anticumbre del Broad Peak y decían que habían llegado a la cumbre principal, puso en la cima auténtica un bastón de esquí con una cuerda roja y morada para preguntarles a quienes lo afirmasen: «¿qué había allí?», y así saber con certeza quiénes efectivamente habían estado en la cima y quiénes no.

Algo parecido había hecho ocho meses antes, en octubre de 1993, Krzysztof Wielicki en el Shisha Pangma, ya que muchos subían solo hasta la cumbre central o hasta el borde del Plateau y afirmaban haber llegado al punto culminante.

Es difícil encontrar hoy a los Wielicki y a los Kammerlander de la inmortalidad, y aunque aparecieran, ellos mismos no tendrían forma de demostrarnos que estuvieron arriba y que allí hay lo que efectivamente hay. El público normal no cree a quienes afirman haber obtenido la inmortalidad, por lo que probablemente los primeros inmortales de los tiempos modernos se aburrían de decir o de intentar demostrar que lo eran, y continuaron viviendo tranquilos sus vidas a lo largo de los siglos.

Sin embargo, quien busca inmortales los encuentra.

Schipper, haciendo referencia a los del Tao, se pregunta: «¿Quiénes son los inmortales? No hay fórmula segura. No hay método infalible, ninguna institución o tradición eclesiástica ha llegado a consagrar su identidad, ninguna canonización distingue a los inmortales verdaderos de los falsos. [...] Siempre que cada uno encuentre su montaña, puede salir del carril de la progresión hacia la muerte para volver a la dinámica regresiva hacia la vida. [...] Lo que sí hace falta es tener una cierta disponibilidad para reconocer, en un momento dado de la vida, la montaña en la que se encuentra el inmortal transmisor que está en algún punto del camino de cada cual».³⁴

Alegre Valls, en su libro *La estrella del mago*, hace una reseña de más de cuarenta inmortales históricos que incluyen, entre otros, a una larga lista de *siddha-yoguis*, ermitaños taoístas, personajes bíblicos, alquimistas sufís y europeos, seres de diferentes mitologías, monjes budistas y maestros de las más variadas tradiciones, además de algunos cuantos occidentales contemporáneos que también lo han conseguido, como Robert Coon.

Uno de los más famosos entre los inmortales con los que podemos cruzarnos es el hindú Babaji, quien fue descrito por Paramahansa Yogananda a mediados del siglo pasado en su libro *Autobiografía de un yogui*, y del que numerosos autores y viajeros de Oriente narran sus encuentros con él.

Dice Leonard Orr: «En la actualidad hay en la Tierra por lo menos unos pocos miles de yoguis inmortales, la mayoría de los cuales viven en los Himalayas. Un grupo de ellos siempre hace su aparición en la famosa concentración hindú llamada Khumba Mela. [...] El primero que conocí fue Babaji de Harakhan, un pueblo de los Himalayas situado enfrente del monte Kailas. [...] Muchos occidentales alcanzaron esta capacidad. Analee Skarin, de Estados Unidos, lo hizo en los años sesenta».²⁷

En muchos textos antiguos como el *Shiva Purana* hay una infinidad de relatos sobre seres humanos que lograron la inmortalidad, del mismo modo que en la literatura del siglo XX hay una infinidad de relatos sobre quienes alcanzaron los ochomiles.

Imaginemos ahora que dentro de algún tiempo, de aquí a unos pocos siglos, nadie más se atreva a escalar públicamente estas montañas, sea porque tal práctica esté considerada en ese entonces como una herejía, sea porque tales hombres del futuro hayan perdido completamente la capacidad de creer en sí mismos. En un tiempo así no sería raro que tratasen como fábulas las historias de sherpas como Ang Rita, que afirmó haber subido

veinte veces el Everest, o la del polaco Krzysztof Wielicki, cuyo mito narra –entre otras hazañas– que subió él solo, en pleno invierno, hasta la cumbre del Lhotse. ¿Se imagina usted que semejantes proezas puedan ser realizadas por unos simples seres humanos?

En un futuro imaginario como este, seguramente tratarán también como fabuladores y mitómanos a quienes narren las epopeyas de los ochomiles.

¿Quién querrá entonces, a riesgo de ir a la hoguera, publicar un artículo en la revista *Desnivel*? ¿Qué haría usted si secretamente guardase en su habitación el bastón de esquí de Hans Kammerlander?

Cinco grandes tesoros de las nieves

Si de verdad nos interesase la inmortalidad, no para atacar su sola posibilidad ni para desenmascarar un probable fraude, sino para obtenerla, como primeras medidas podríamos ir dejando de lado todo aquello que nos va matando, aceptar todo aquello que nos va vivificando, y escuchar atentamente las opiniones y relatos de quienes dicen haber llegado a su cima. Y esto es más cierto aún cuando los escaladores interiores que lo afirman pertenecen a expediciones que vienen comentando que en la cumbre hay más o menos lo mismo desde hace ya una buena cantidad de milenios.

Las expediciones taoísta y yóguica, al parecer, están estudiando –en forma práctica– esta cuestión de la inmortalidad desde entonces, y cada una tiene en su haber cientos de relatos de practicantes que han obtenido la vida eterna o bien existencias sumamente longevas, de esas de más de dos siglos y que hacen pensar que, finalmente, si se han ido de este mundo, fue porque tenían ganas.

Además de las dos ya mencionadas (la china y la hindú), hay otras expediciones de las que algunos de sus integrantes afirman también haber alcanzando la inmortalidad física, entre ellas la amerindia –que llamaremos “vía mexicana”– y algunas otras occidentales, como la que podríamos denominar “mística” y que incluye desde los iniciados en los antiguos misterios medio-orientales hasta los seguidores de algunas escuelas y mensajes de la actual “cultura galáctica”.

Podría considerarse, por último, también a una expedición que hoy en día estaría intentando abrir una quinta vía, iniciada por el ya citado Leonard Orr e integrada por primera vez por un grupo de inmortalistas asumidos como tales, nucleados en este caso alrededor de prácticas como el *rebirthing*, los *temazcales*, etcétera.

Vicente Merlo hace una enumeración bastante similar de las rutas de ascenso: «Como es sabido, tanto en la tradición taoísta china, como en la tradición del *kriya-yoga* y del *siddha* en la India, así como en algunas presentaciones de la alquimia occidental, el horizonte de la inmortalización física se habría acariciado, algo que ya en el siglo XX volverían a tematizar Sri Aurobindo y Mirra Alfassa, con su idea de la supramentalización del cuerpo físico. [...] Pues bien, tanto los mensajes de algunos “maestros ascendidos”, y los de algunos “extraterrestres”, como la línea de Leonard Orr, comienzan a difundirse a modo de aspiración decisiva en este final de ciclo».¹⁵

Sin pretender ser exhaustivo, pues seguramente hay muchas más vías a la inmortalidad física, me referiré sin más en los próximos dos capítulos a cada una de estas cinco vías: la *yóguica*, la *taoísta*, la *tolteca*, la *mistérica* y la abiertamente *inmortalista*. Obviamente, la descripción de cada una de estas vías merecería un libro aparte, que seguramente nadie va a escribir mejor que un yogui, un alquimista taoísta, un *nagual*, un iniciado en los misterios o un “renacedor” cualificado.

Se trata, en todos los casos, de vías sobre las que potentes equipos de escalada –si es que sus ascensos resultaron exitosos– aún recorren las más altas aristas del monte interior de la vida eterna, no quizás ya para llegar hasta arriba, sino más por el placer de caminar por las alturas.

Para facilitar la aproximación y la ruta de ascenso, agruparé las cinco vías en dos capítulos, uno que aborda el ascenso por las vertientes oriental y amerindia, y otro que se ocupa de las rutas (bastante menos frecuentadas) del flanco occidental.

Trataré, entonces, de compartir un breve instante la filosofía y las técnicas de cada una de estas expediciones de altura, para luego poder elegir mejor con cuál de estos “cinco grandes tesoros de las nieves” –por hacer una utilización libre de la traducción literal del nombre del monte Kangchenjunga–, queremos dirigirnos hacia la realización infinita de la vida después de la vida sin pasar por la muerte, si es que esta es nuestra vocación y nuestro destino.

8. Vías orientales y amerindias a la inmortalidad física

«En el mundo espiritual, como en el mundo material, se puede escalar una montaña por varios lados».

BELLUR IYENGAR

La larga marcha del inmortalismo oriental

Todas las corrientes de inmortalismo oriental poseen el mismo sustrato común, aquel que surge del choque que tuvo como resultado la irrupción violenta de los *indoarios* en la península india, sometiendo a las anteriores culturas *dravídicas*. Matthiessen comenta que «se ha sugerido que el yoga es algo semejante a una síntesis entre la austeridad corporal *aria* y los complejos saberes psíquicos de los *drávidas*». ¹¹

Los *dravídicos*, de color de piel más oscura, como la de los actuales habitantes del sur del subcontinente y de Sri Lanka, desde hace más de 10.000 años se especializaron en prácticas mágicas para almacenar y redirigir las energías psicofísicas. Dice Alain Daniélou: «En el Neolítico [...] se cristaliza, entre los invasores *dravídicos*, el culto [...] a Parvati, la dama de las montañas. Se trata de un gran movimiento filosófico y religioso que, con el nombre de shivaísmo, se superpondrá al animismo. [...] La influencia shivaíta es evidente en el taoísmo». ¹⁴

Parvati, consorte del dios Shiva, vive en la cima del Gauri Shankar o Jomo Tseringa, que, como ya vimos, según los budistas tibetanos está habitado por Tashi Tseringa, diosa sherpa de la inmortalidad. La correlación entre Parvati, dama de las montañas, y Tashi Tseringa es más que evidente, aunque a uno y otro lado de los Himalayas hayan representado a sus figuras adaptándolas a cada una de sus culturas.

Y es que en los Himalayas, junto con la práctica milenaria del yoga —quizás la ciencia más perfecta y completa que haya inventado el ser humano en su historia—, confluyen y se retroalimentan entre sí el shivaísmo de los antiguos *dravídicos* y el *tantra* tibetano, con la variante de la mano derecha, budista y célibe, y el *tantra* de la mano izquierda, hindú, donde participan juntos la mujer y el hombre.

Nada de esto quita que en el budismo *Vajrayana* también existan los practicantes *tántricos* casados o *ngagpas*. De hecho, hasta principios del siglo XX todos los lamas del Khumbu, tierra por excelencia de los sherpas, eran *ngagpas*. Luego, con el auge económico y espiritual de la década de los 1920s, comenzaron a construirse los primeros templos para monjes célibes, como Tengboche, y se instaló la preeminencia de los mismos sobre los casados, tal como ocurría desde hacía siglos en el Tíbet.

Además, entre los budistas tibetanos también existe la búsqueda y el logro de la inmortalidad, y entre las muchas enseñanzas que circulan entre los lamas sherpas se

encuentra la iniciación conocida como “Glorioso Tesoro de la Inmortalidad”, práctica que combina las divinidades Amitayus y Hayagriva, y que fue escondida hace más de diez siglos por Padmasambhava en la cueva secreta de Tsari.

Si no hemos considerado este vehículo como uno de los “cinco grandes tesoros de las nieves” o vías hacia la inmortalidad, es porque entre los budistas tibetanos la realidad de la reencarnación es tan evidente que, para mucha gente, sobre todo para los lamas y ermitaños ya muy ancianos, morir realmente tiene sentido. Ellos, en vez de esperar durante siglos su turno en la burocracia de algún purgatorio, como es la expectativa oficial de Occidente, pueden seguir viviendo en la Tierra en un cuerpo nuevo de niño sabio a cambio de perder casi toda la memoria y atravesar un nuevo parto. A su modo también han decidido quedarse, aunque el cuerpo no los acompañe.

La práctica superior del budismo tibetano es el *Dzogchen*, y Vicente Merlo sostiene que entre sus practicantes avanzados «se afirma que el cuerpo físico desaparece o, mejor, se transforma en luz».¹⁵ Luego, cita a un maestro de esta tradición, Namkhai Norbu, cuando dice: «De un practicante que manifieste esta realización no se puede decir que “haya muerto” en absoluto en el sentido común del término, ya que él o ella sigue estando espontáneamente activo en su “cuerpo de luz”, el cual constituye una manifestación individual y particular de la condición absoluta. La actividad espontánea de un individuo tal estará orientada a lograr el beneficio de otros, y su cuerpo de luz será visible para aquellos individuos con un cuerpo “material” que estén suficientemente establecidos en el estado de Conocimiento».¹⁵

Además del budismo de los Himalayas, y como mencionaba Daniélou, hemos de considerar la evolución del chamanismo primitivo chino hacia el taoísmo, la otra gran vía inmortalista oriental, y su incidencia en el budismo *Ch'an* y el *Zen* japonés. Schipper opina que el taoísmo está basado en el chamanismo chino en todo, en sus prácticas y en sus creencias, con lo que la búsqueda de la inmortalidad física es posible que se remonte en China hasta las culturas prehistóricas locales, mucho antes de la llegada del shivaísmo desde el sur.

Hace milenios, entonces, que estas vías vienen desarrollándose y perfeccionando sus técnicas de escalada, aprovisionando los campamentos, midiendo las propias fuerzas en las altas montañas interiores y haciendo innumerables ensayos de prueba y error. Por eso, si alguno de nosotros tiene el privilegio de llegar finalmente a la cumbre interna de la inmortalidad física por alguna de estas vías del “flanco oriental” —sin duda el más

recomendable—, tendrá mucho más que agradecer a sus antecesores y apoyos de lo que pueda vanagloriarse de sí mismo.

Stephen Venables, al referirse a Hillary y Tenzing, decía que «más allá de la deuda inmediata con sus colegas del grupo, [...] sabían que su éxito se construyó sobre los intentos de muchísimas otras personas, y que era la culminación de un largo viaje que se había iniciado treinta y dos años antes. [...] Solo alcanzar la base de la montaña ya era una ardua empresa, pero luego quedaba la labor de encontrar una ruta factible hasta la cumbre».¹²

Lo mismo vale para la búsqueda de la inmortalidad. Quien la logre tendrá que saber decir, como Maurice Herzog al ser el primero en la historia, con Lachenal, en coronar un ochomil: «Mi alegría se vio salpicada con humildad. No era una cordada la que había subido hoy el Annapurna, sino toda una expedición. Pensé en toda la gente que estaba en los campamentos de las laderas, a nuestros pies, y supe que habíamos tenido éxito gracias a sus esfuerzos y sacrificios».³⁰

Hubo muchas corrientes de inmortalismo oriental que atravesaron las épocas y los lugares, pero no me detendré más que circunstancialmente en algunos de los cultos y mitos de la antigüedad, pues aunque sus aportes son valiosísimos, aquí se trata de asimilar lo que es la práctica del inmortalismo en la actualidad, donde muchas huellas se borraron y solo unas pocas permanecen, invitando a comenzar la escalada desde sus campamentos instalados en cualquier pueblo o ciudad donde haya, por ejemplo, un grupo serio de yoguis o alquimistas internos del *Tao*.

Vía hindú: el *hatha-yoga*

La práctica y la ciencia del *hatha-yoga* hunden sus raíces, como ya vimos, en el mundo *dravídico*, y de entre los cientos de miles de practicantes que ha habido desde entonces, las figuras de algunos grandes yoguis se alzan como cánones de la inmortalidad física.

Quizás solo los taoístas los superen en la cantidad de relatos contruidos en torno a esta aspiración y a los mitos acerca de quienes la han alcanzado, pero sin embargo no hay ningún inmortal taoísta que sea tan mundialmente famoso como el yogui Babaji.

Su nombre completo, Shiva Mahavatar Babaji, significa que es el mismo Shiva encarnado. Es un avatar suyo que ha aparecido en la historia, según Orr, como Ram (de quien ya volveremos a hablar al referirnos a la “cultura galáctica”) y como Gorakhnath, santo shivaíta del que dice Alegre Valls que enseñó la inmortalidad física al rey de Nepal en el año 57 a.C., y que desde entonces se lo ha visto también en los siglos XI, XII, XIII, XIV y XV, considerándosele el inventor del *hatha-yoga*.

A partir de Shiva, entonces, nace una de las prácticas favoritas de los inmortalistas, y seguramente la más fácil de practicar en las sociedades actuales, más aún desde la simplificación y despojo de la importancia de todo ritual llevada a cabo a partir del siglo XX por Bellur Iyengar, que, no obstante, también reconoce al mismo dios como fundador de su disciplina. Dice: «Me prosterno ante el más noble de los sabios, Patañjali, [...] saludo a Adisvara (el primer señor Shiva), el primero que enseñó la ciencia del *hatha-yoga*, la ciencia que se mantiene erguida a modo de escalera, para los que desean escalar las alturas del *raja-yoga*».²

Sin embargo, no hay necesidad de remontarse a inmortales míticos como Babaji, de quien se dice que actualmente regenta un templo en los Himalayas. Algunos yoguis muy accesibles por sus escritos y enseñanzas, como Aurobindo Ghose o Paramahansa Yogananda, sin ser ellos mismos inmortales realizados, han sido grandes iluminados que han hecho una importante contribución al inmortalismo, efectuando estudios muy serios en un caso y, en el otro, dando cuenta con toda naturalidad de un mundo mágico y desconocido para los occidentales que incluye la presencia de inmortales.

La visión aurobindiana es una de las más bellas expresiones del inmortalismo de todos los tiempos. Su orientación quizás provenga de que él mismo nunca buscó escapar del

mundo y del cuerpo por considerarlos ilusiones o cárceles, ni deseó desencarnar ni dejar de renacer, lo que es una tendencia acentuada entre los seguidores del *Vedanta Advaita*, “línea oficial del hinduismo”. Aurobindo, por el contrario, comenzó su vida adulta como un revolucionario que luchó para que su pueblo pudiera independizarse de la dominación inglesa, estando con ello muy involucrado con la justicia en el mundo de la materia. E incluso después de haber tomado contacto irreversible con la verdad esencial, entendió que el cuerpo físico podía participar también de tal perfección.

Dice Merlo: «Uno de los aspectos más escandalosos de la obra de Sri Aurobindo y su compañera espiritual Mirra Alfassa es su referencia al intento de “inmortalización física”, vía “supramentalización del cuerpo”. [...] No deja de repetir que la inmortalidad esencial es la inmortalidad del espíritu, que no es algo que se ha de conseguir en el tiempo y mediante la evolución. [...] Ahora bien, uno de los objetivos de la manifestación pudiera ser la re-creación de esa inmortalidad, [...] que el espíritu redima la materia de su oscuridad y su baja vibración [...] y haga de ella también un “cuerpo inmortal”, al menos de una “longevidad” regida a voluntad por el espíritu que a través de él se manifiesta».¹⁵

Continuamos leyendo: «Esto implica una valoración del cuerpo radicalmente distinta a la que es habitual en muchas tradiciones religiosas. Por ello ha de tomarse en serio su cuidado, su salud, su alimentación, su flexibilidad, su fuerza, su preparación para ser capaz de soportar las energías supramentales que hasta él puedan descender, y con ellas los cambios que la lenta evolución o una brusca mutación puedan producir. En este terreno es preciso recordar la experiencia de los últimos años de Mirra Alfassa [...] a través de lo que ella denominó un “yoga de las células”».¹⁵

Incluso el maestro Iyengar, quien opina que la muerte carece de importancia para un yogui y que él solo se ocupa de la vida y de cómo hacer uso de ella para la mejora de la humanidad, ha hablado también de la “inteligencia de las células”.

Uno de los discípulos de Aurobindo y Mirra Alfassa, Satprem, manifestó que «la muerte es el resultado de una distorsión de la consciencia, nada más, [...] es la dispersión de la consciencia que existe en el interior de las células del cuerpo. [...] Esta tremenda creencia colectiva pesa sobre nosotros porque el cuerpo todavía está inconsciente».⁶⁵

***Asanas* y ley de la gravedad**

En un contexto como en el que vivimos la mayoría de los occidentales, la práctica habitual de posturas de yoga o *asanas* es un potente estabilizador ante las presiones políticas, laborales, emocionales o de la índole que sean. Aporta fuerza, seguridad interior, flexibilidad muscular, silencio mental y altas dosis de energías al cuerpo, permitiéndole un correcto anclaje a la tierra y la forja de circuitos eléctricos sólidos que permiten experimentar sensaciones fuertes y placenteras cuando descienden sobre nosotros cargas voltaicas que, de otro modo, podrían desestabilizarnos o hacer colapsar nuestra realidad.

En palabras de Mariana Caplan: «Los reinos arquetípicos y ciertamente el ámbito de lo Absoluto son fuentes inmensas de energías, de energías mucho más potentes que aquellas a las que está acostumbrada la conciencia ordinaria. Cuando el individuo empieza a recibir tal influjo de energía, el ego a menudo se desequilibra. [...] Un cuerpo de práctica que exprese la perspectiva iluminada es más deseable que una experiencia de iluminación no acompañada de práctica constante».²⁸

Una de las formas más eficaces de introducirse y sostenerse en un cuerpo de práctica así, es a través de la realización progresiva de *asanas*. El “árbol del yoga” en realidad tiene como “raíces” los códigos de conducta representados por *yama* y *niyama*, de los que Iyengar dice que muestran «la profundidad de la vida ética y [que ayudan] al crecimiento del individuo. Así se constituyen las bases inalterables, permanentes, sobre las cuales podemos construir los siguientes pasos en la evolución de nuestro ser».¹²

Pero que los códigos de conducta estén en la base, no le lleva a Iyengar para nada a decir que hay que empezar por ellos. La “semilla” de la práctica son las *asanas*. Su valor –incluso para quienes no se han perfeccionado en *yama* y *niyama*– es importantísimo: «Si vuestra vivencia consiste exclusivamente en estos dos aspectos, la evolución no se producirá. De hecho, es la práctica estable de las *asanas* la que, en muchos casos, lleva al alma a reflexionar seriamente acerca de la vida ética. [...] Tomen la práctica del yoga como una parte más de su vida, haciéndole un lugar dentro de sus actividades normales. [...] El yogui conquista el cuerpo por la práctica de las *asanas*, haciendo de él un vehículo adecuado del espíritu».¹²

Uno de los grupos de *asanas* que más estiman los inmortalistas es el de las posturas invertidas como *sarvangasana* (la “vela”) y *sirsasana* (“postura sobre la cabeza”), con las que se vuelven livianos y se liberan momentáneamente de la “fuerza de gravedad”, poniendo patas arriba una de las cuatro leyes fundamentales de la física newtoniana y el símbolo central de la decadencia física.

Jacinto Alegre Valls dice que «la fuerza de gravedad es otra de las causas del envejecimiento y de la muerte. [...] Los yoguis han desarrollado diversos ejercicios físicos (*hatha-yoga*) para contrarrestar el efecto de la gravedad. [...] Cualquier postura invertida puede servir si se practica cada día».⁴⁵

Este grupo de inmortalistas, entre los que cabe mencionar a Orr, Diane Hinterman, Alegre Valls y tantos otros que actualmente estarían abriendo una quinta vía en torno al *rebirthing*, han comenzado su ascenso por la “vía hindú” del *hatha-yoga*, base de todas sus otras prácticas. Valls, por ejemplo, me ha comentado que la gran diferencia entre Leonard Orr y otros inmortalistas es que aquel es, además, “un auténtico yogui”.

Otro de ellos, Bob Frisell, también le da un lugar fundamental al yoga en el logro de la inmortalidad: «El cuerpo humano es la única iglesia auténtica. La única forma de alcanzar la vida eterna es escuchando los sermones de nuestro propio cuerpo. [...] El yoga es el único sistema que tiene un historial de salvar a la gente del pecado y de la muerte».⁶⁶

Con ello, paso a la siguiente vía a la inmortalidad, la china o taoísta, donde mencionaré brevemente la importancia de las diferentes formas de respiración, sobre todo de la “profunda” o “abdominal”.

Se podría hablar también sobre la relación entre la respiración yóguica –el *pranayama*– y la inmortalidad, pues la respiración es una de las claves centrales de todas las vías inmortalistas, aunque en esta dirección solo transcribiré una pequeña cita del lama Anagarika Govinda. En ella se muestra por qué los sherpas –aunque muchos de ellos no hayan practicado nunca yoga– son a su modo también consumados yoguis de alta montaña: «El aire enrarecido de las elevadas altitudes tiene efectos similares a ciertos ejercicios de *pranayama*, porque nos obliga a regular nuestra respiración de un modo especial, sobre todo cuando escalamos o cuando caminamos largas distancias. [...] Los mismos tibetanos caminan muy lentamente, pero con paso firme, respirando en perfecta armonía con su movimiento. El caminar, por tanto, se convierte casi en una forma de consciente *hatha-yoga* o ejercicio de respiración».²²

Vía china: la alquimia interna taoísta

En el capítulo anterior, hablaba de una de las tres claves del taoísmo: la sexualidad. Las otras dos son la alimentación y los ejercicios, sobre todo los respiratorios. Los taoístas, conocedores de las energías que atraviesan y que a veces enredan a los seres humanos, desarrollaron el arte de la “alquimia interna” (*neidan*), casi imposible de comparar, por su simpleza y universalidad, con ningún otro tipo de arte conocido.

En el centro de sus prácticas incluyeron, desde el principio, al cuerpo físico y al cuerpo energético con sus canales sutiles, como una suerte de alambiques privilegiados donde destilar el licor de la inmortalidad. Su conocimiento no lo obtuvieron a partir de fantasías, ensoñaciones ni especulaciones intelectuales, sino a través de una continua observación de la naturaleza y una desprejuiciada investigación.

Dicen dos biólogos: «El taoísta Ko Hung fue uno de los primeros defensores a ultranza de la longevidad. Consideraba arrogante y dogmática la noción predominante de que la muerte era inevitable y la inmortalidad imposible. [...] La metamorfosis de las orugas en mariposas, de los renacuajos en ranas y de las semillas en flores daba visibles pruebas naturales de que la transformación de los organismos vivos era posible».⁶⁷

Ko Hung en el siglo III fue uno de los primeros y probablemente el más importante de los alquimistas chinos, a quien muchos le atribuyen incluso haber logrado la inmortalidad; pero la enumeración de taoístas que han alcanzado longevidades que hoy nos resultan inconcebibles –o la misma vida eterna– sería interminable.

Podríamos mencionar al médico y herbolario de Sechuán, Li Chung Yun, que vivió entre 1677 y 1933, o sea 256 años, o a Liu Ching, que vivió más de 300 años durante la dinastía Han y que decía que «el camino del cielo consiste en acumular la esencia *ying* durante el invierno».⁶⁸

Las dos formas más evidentes y habituales en que nos vaciamos del “elixir” son «tanto por derramamiento de sustancias fuera del cuerpo como por desbordamiento emotivo y pasional»,⁶⁹ por lo que en una jornada en que estas dos acciones no suceden, ya el simple goteo de energía sexual y la ecuanimidad emocional resultantes, puede significar que este sea casi un día ganado en el ascenso a la gran cima.

Seguramente esto suena muy raro para nuestra cultura, donde la destilación del “elixir interior” fue perseguida por el poder. Sin embargo, en las épocas de florecimiento del

taoísmo, la “gran búsqueda” no solo no fue acosada por los poderes terrenales, sino que muchos inmortales fueron antes monarcas, como Wu Di o el famoso Huang Di, el Emperador Amarillo, lo que favoreció la popularidad de la alquimia.

Daniel Reid cuenta que al «Emperador Amarillo [...] se le atribuye el descubrimiento del secreto de la inmortalidad mediante la sutil combinación de las esencias masculina y femenina durante el acto sexual, y la transmutación del “elixir” resultante en pura energía y espíritu. [...] A los 111 años de edad obtuvo la inmortalidad y ascendió al cielo montado en un dragón».⁶⁸

Otra estudiosa, Catherine Despeux, dice que «la búsqueda de la inmortalidad fue la obsesión del emperador Wu de los Han. La Xi Wangmu, Diosa Madre del Oeste y Diosa de la Inmortalidad, se le presentó en el año 110 a.C. [...] Compartió unos melocotones (de la inmortalidad) con el emperador, le transmitió las obras con las revelaciones taoístas y adjuntó unos talismanes hechos de materias preciosas».⁶⁹

El taoísmo y sus practicantes interiores han tenido épocas de persecuciones o decadencia, y otras épocas de auge, como la ocurrida durante la dinastía Sung, entre los siglos X y XIII de nuestra era, cuando no hubo montaña que no tuviera su propio ermitaño dedicado a buscar la inmortalidad, cada uno de ellos cultivando a su modo el “elixir interno” y logrando en muchos casos sus objetivos.

Esto generó que tanto en unos períodos como en otros, hasta hace muy poco tiempo, la inmortalidad fuera una realidad comúnmente aceptada entre los chinos del mundo rural. La gran viajera y estudiosa Alexandra David-Neel, ella misma centenaria, comentó: «Para los chinos taoístas, y también para un gran número de chinos en general, la existencia de los inmortales, sean hombres o mujeres, está fuera de toda duda. [...] Se cree que algunos lugares en las montañas y algunas islas son sus moradas, si no permanentes, al menos sí ocasionales. Es allí donde van aquellos que aspiran a encontrarlos. Encontramos relatos en que a veces lo logran».²³

Y enseguida ilustra sus palabras con un ejemplo: «Conocí personalmente a un docto taoísta, hombre serio, cuya educación lo había familiarizado con la ciencia moderna y que se mostraba poco inclinado a dejarse llevar por ensoñaciones imaginarias. Sin embargo, él creía que su maestro espiritual era un inmortal que residía, de vez en cuando, en los alrededores de Omishan y recibía allí a algunos discípulos».²³

El curso circular de la luz

Cualquiera que haya alcanzado este estado de perennidad extrema en la época que fuera, es evidente que ahora mismo continúa vivo en la Tierra, observando la naturaleza, practicando sus ejercicios respiratorios, disfrutando de una sexualidad sagrada y de una alimentación pura y vitalizante. Estos tres elementos claves en la obtención de la inmortalidad están intrínsecamente relacionados, complementándose y potenciándose entre sí. Por ejemplo, la respiración abdominal (*fushi huxi*) es fundamental tanto para evitar la eyaculación en el momento del *clímax* como para distribuir luego por el cuerpo la energía sobrante.

Dice Reid: «Observe que la eyaculación va siempre precedida por una rápida aceleración del pulso y comprenderá la importancia de mantener la regularidad del ritmo cardíaco durante el acto sexual. Puesto que la respiración controla el pulso, el primer y más importante ejercicio para lograr el control de la eyaculación es la respiración abdominal rítmica y profunda».⁶⁸

La esencia seminal retenida, que es la base del “elixir de la inmortalidad” de la misma forma que el agua es la base de cualquier infusión, es reabsorbida por la próstata, la uretra y los tejidos esponjosos de otros órganos, «desde donde pasan naturalmente a la corriente sanguínea y circulan por todo el organismo, “nutriendo” todos los órganos y tejidos, incluido el cerebro. [...] La reabsorción y la circulación por el cuerpo de la esencia-semen retenida pueden mejorarse mucho tanto en hombres como en mujeres si se realizan algunos ejercicios de respiración abdominal profunda».⁵⁹

Mantak Chia, también taoísta, opina algo similar: «La respiración profunda [...] reducirá cualquier presión que experimentes al retrasar o evitar la eyaculación».⁵⁷

Hay ejercicios y técnicas alquímicas desarrolladas por los taoístas a lo largo de los siglos, como por ejemplo la “fusión de los metales”, que complementan a la sexualidad y que, según otras corrientes, son aún más importantes que ella.

Dentro de esta segunda línea, podemos considerar las revelaciones de los perfectos (*zhengzo*) de la corriente *Maoshán*: «No se puede poseer la inmortalidad, si solo se conoce el arte de la alcoba y de la conducción y circulación del aliento, sin haber adquirido antes los procedimientos del “elixir divino” (*shendan*). Ahora bien, si se ha

obtenido el “elixir divino” por medio de la “fusión de los metales”, ya no hace falta técnica alguna para convertirse en inmortal». ⁶⁹

Sin embargo, está claro que, en la apabullante mayoría de los tratados sobre alquimia interna taoísta, el sexo está en el centro de la práctica.

Entonces, de lo que se trataría es de intentar vivir inmersos en un amor real con nuestra cordada y, en la medida de lo posible, ir llevando la energía del cerebro hacia abajo del ombligo por delante y la energía fresca de los genitales hacia el cerebro por la columna. Así, la energía se mantiene siempre fría en las regiones superiores y caliente en las zonas inferiores, lo que, según el inmortal chino Hakuyu, es la regla general para rehenchir la vida. Esto, a grandes rasgos, es la llamada “órbita microscópica” que, en el “cultivo dual”, consiste en que las lenguas y los genitales unidos de los amantes funcionen respectivamente como terminales superiores e inferiores en la circulación de la energía sexual. La energía queda así sellada y circula placenteramente por los cuerpos. Pero se trate de la circulación por el propio cuerpo o por el de ambos integrantes de la cordada, el “elixir” resultante fortalecerá siempre al líquido cefalorraquídeo, potenciando el funcionamiento del cerebro y de la médula.

La retención del esperma permite «invertir la circulación del aliento vital, de manera que este suba por la columna vertebral hasta la cabeza para sumarse al aliento del cerebro y colmarlo. El objetivo de estos ritos de paso es borrar del registro de la muerte el nombre de los discípulos e inscribirlos en los registros de la larga vida». ⁶⁹

Dos obras alquímicas coinciden prácticamente en todo, y vale la pena citarlas.

Empecemos con el *Yasenkanna*: «La energía libre en el hombre [...] debe llevarse al *tanden* en el mar-de-energía en la rueda del ombligo y concentrarse allí; deben protegerla durante meses y años y mantener la unidad, nutirla y hacerla perfecta. Una mañana ese crisol del alquimista será súbitamente trascendido, y dentro y fuera y en el medio, en todas las direcciones y en toda cosa, estará circulando el único gran elixir. Entonces al fin despiertan y logran llegar al sí mismo, la verdadera inmortalidad del gran *sennin* espiritual». ²⁰

Richard Wilhelm, traductor del *I Ching* y del gran tratado alquímico *El secreto de la flor de oro*, dice en este último: «Necesitáis solo poner la Luz en curso circular; este es el secreto más alto y prodigioso. [...] No necesitáis buscar ningún otro método, sino simplemente concentrar vuestros pensamientos sobre eso. [...] El curso circular de la luz es el medio mágico para la disminución de lo oscuro y dominar el *ánima*, [...] la fuerza

de lo pesado y turbio [...] adherida al corazón carnal corpóreo. El *ánimus* ama la vida. El *ánima* busca la muerte. [...] El aprendiz, empero, sabe destilar completamente el *ánima* oscura, de manera que se transforme en pura Luz». ⁷⁰

Cada jornada, el principio luminoso o *animus* va recobrando entonces el timón de nuestra vida y así esta se hincha cada vez de más vida. Surge una alegría de vivir que inunda nuestra corporalidad y que se emite hacia todo lo que hay. Toda la vida florece de este modo en todas las estaciones, como si viviésemos en un microclima permanente. Según Wilhelm: «Cuanto más adelanta el trabajo, tanto más llega la “Flor de Oro” a la eclosión». ⁶⁷

Vía mexicana: el nagualismo tolteca

El del nagualismo clásico es un trabajo grupal hacia la expansión ordenada de la consciencia en pos de una vida plena e infinita, meta coincidente con la de toda búsqueda de la inmortalidad. Puesto que es en el inconsciente donde habitualmente habita y gobierna el deseo de morir, al iluminarse diferentes mundos ante la vela de la consciencia pura y total, el *nagual* y su grupo vislumbran la perfección eterna del Cosmos. Luego, guiados todos los aprendices por el *nagual*, la *mujer nagual* y el grupo entero de la generación anterior, permanecen vivos el tiempo necesario para aprender a viajar con maestría entre este mundo y los otros.

Los videntes del mundo del nagual Juan Matus, chamanes con la capacidad de ver energía en estado puro, describen el instante de la muerte como un evento imponente donde la fuente de energía del Universo, llamada por ellos el Águila, devora la consciencia del ser humano recién llegado y arroja su cáscara a un lado, como quien ha pelado una naranja antes de beber su jugo.

Pero los videntes descubrieron que el Águila, en realidad, no desea nuestra consciencia, sino solo nuestras experiencias vividas, elementos que aparecen aglutinados desde la más temprana infancia por efecto de la cultura. “Soy lo que viví”, dice la consciencia fusionada a las experiencias pasadas.

El trabajo de estos chamanes, entonces, consiste en no esperar al momento de la muerte para salvar la consciencia, sino más bien utilizar la energía acumulada durante años de práctica para realizar en vida una suerte de intervención quirúrgica de las propias experiencias a través de una técnica llamada “recapitulación”, donde se hace un inventario de las propias experiencias para luego ser “respiradas”.

El objetivo de esto es entregar a la fuente de energía del Universo –ese fogonazo con forma de águila– las experiencias en un “paquete” y conservar, gracias a la majestuosidad de tal acto, la propia consciencia y el propio cuerpo en el más allá. Entonces los guerreros van y vienen con sus consciencias según su predilección por las diversas realidades, sin necesidad ya de morir ni de renunciar al cuerpo físico.

Volviendo a *El secreto de la flor de oro* taoísta, hay allí más de una frase válida también para el planteo tolteca: «El encuentro de la consciencia individual [...] con la enorme extensión de lo inconsciente colectivo es un peligro, pues lo inconsciente tiene

definido efecto disolvente sobre la consciencia. [...] [El círculo protector] ha de [...] defender la unidad de la consciencia contra la voladura por obra de lo inconsciente». ⁷⁰

¿Cuál es el “círculo protector” de los naguales? Manejar la propia energía lo mejor posible es lo que en el nagualismo se denomina “impecabilidad”, el máximo logro posible para quienes van por esta senda de conocimiento. Se trata de hacer lo mejor que cada uno sea capaz en cada momento, independientemente de la energía con la que se cuente.

Y para ahorrar energía, lo que fue dicho por los taoístas sobre la sexualidad, puede ser repetido también por los practicantes de la tradición precolombina. Lejos de ser este un tema tabú, hay un amplio espectro de concepciones sobre la sexualidad postuladas por los practicantes del nagualismo, empezando por el linaje al que perteneció Juan Matus, que es, en este punto, uno de los más estrictos.

Tenemos un ejemplo de ello en su propia guía, el nagual Julián Osorio, que prohibió a tres de los integrantes de su grupo de aprendices (Genaro, Emilio y Silvio Manuel) las relaciones sexuales. «Me echó una sola mirada y de inmediato prescribió que mi chile era solo para orinar. Me dijo que yo no tenía suficiente energía para el sexo», ⁷¹ cuenta Genaro Flores que les dijo.

Como solo Silvio Manuel le hizo caso, el *nagual* abrió la cortina que comunicaba con otro mundo y los empujó a todos adentro. A excepción de Silvio Manuel, todos los demás casi mueren allí sin la energía suficiente como para resistir semejante impacto. En el último momento, cuando los aprendices ya estaban hechos un despojo, los trajo de vuelta al mundo de todos los días. Un método drástico, pero, en el caso de ellos, bastante efectivo para responsabilizarlos del ahorro de energía sexual.

Sin embargo, no todos los grandes linajes de nagualismo que han continuado hasta el día de hoy comparten la misma visión. En definitiva, para muchos importa más el amor y sus frutos que la sexualidad en sí, pero en todos los casos es importante que se cuiden lo mejor posible las reservas de energías.

El *nagual* Jorge Elías le dice por ejemplo a su continuador y futuro *nagual* Alejandro Kowalski Dell: «Al cabo de cientos de años de buscar la Libertad en grupos, los guerreros de nuestro linaje terminaron por comprender que la sexualidad no puede ser pasada por alto, pues es tan parte del ser humano como cualquier otra. Si bien cada caso en particular merece considerarse con cuidado, los encuentros ocasionales están permitidos cuando las circunstancias del grupo y los propios guerreros lo justifican. Por

supuesto que ello no quiere decir que se haga de lado el ahorro de energía –toda vez que representa el propósito final de la impecabilidad– pero hay ocasiones en que conviene dar salida a una necesidad que, por otra parte, a algunos les puede presentar una nueva posibilidad». ⁷²

Una ruta escarpada

Otra de las claves de la “vía mexicana” del nagualismo es la permanente purificación del cuerpo, que se comparte también con todas las otras vías inmortalistas y que se lleva a cabo mediante una amplia gama de prácticas, como ir a los *temazcales*, usar plantas purgativas o “maestras”, los ayunos, las búsquedas de visión, etcétera.

Los *temazcales*, especie de saunas de origen amerindio con cantos sagrados donde las piedras calientes y el agua crean un intenso vapor en la oscuridad, son una de las prácticas favoritas de los inmortalistas, los úteros en donde se nace y se renace una y otra vez sin necesidad de morir antes. Dice Sondra Ray: «Una forma de eliminar los instintos mortales inconscientes y el negativismo que causan el envejecimiento consiste en “sudarlos” literalmente. Se trata de una ceremonia fuerte y poderosa. [...] Uno se renueva y “vuelve a nacer”. Es perfecto para el camino hacia la inmortalidad». ⁷³

No obstante, si se elige seguir por la vía de los *naguales*, no basta con la toma de “plantas maestras” o con la participación en *temazcales* para alcanzar la inmortalidad. Es necesaria además la presencia de un *nagual* que asuma el rol de *sirdar* tolteca para poder llevar a cabo con posibilidades una ruta llena de escarpados riscos y de dificultades inimaginables. Los integrantes de estos linajes hiperespecializados llegaron a realidades de la consciencia tan lejanas y localizadas a menudo tras odiseas tan excéntricas e impecables que tales realidades resultan casi inalcanzables para otros grupos de viajeros o para practicantes individuales.

Y no es solo eso, sino que el poder inteligente del Cosmos debe ser el que señale a los nuevos integrantes del grupo de practicantes. Es la propia fuerza del candidato –aún inconsciente de serlo–, aliada con el Poder, la que guía al encuentro mágico de los seres del mundo tolteca. Las “plantas maestras” y las prácticas pueden mostrar un estado de consciencia similar al de la cumbre, pero no son la cumbre misma. Dice Manuel Almendro: «El chamanismo es una auténtica vía de realización interior. [...] El producto o la sustancia no es lo decisivo. Lo decisivo es la transmisión y el linaje del propio chamán o del hombre-medicina». ⁷⁴

No es de extrañar que todas las vías inmortalistas mencionadas coincidan en las cosas más básicas con las prácticas de los *naguales*: flexibilidad del cuerpo físico, una mente lo suficientemente silenciosa como para diluir el diálogo interno, la constante

purificación del cuerpo y las emociones, los encuentros con el fuego y los elementos, el trabajo en equipo o en pareja, la conciencia de la respiración, y una profunda responsabilidad para con todo lo que hay. En realidad, todos los caminos de conocimiento de las culturas aborígenes de los cinco continentes cuentan con chamanes u otros encargados de adentrarse en mundos donde la muerte no se considera una obligación ni una fatalidad.

Es de esperar, entonces, que no solo los toltecas avancen por el “flanco amerindio” de la gran montaña de la inmortalidad y lleguen hasta el final, sino que poco a poco los conocimientos de numerosas culturas en torno a este tema se vayan divulgando, como ya ha comenzado a divulgarse la sabiduría alquímica de los *inuits*, *wixarika*, *mayas*, *mazatecos*, *kamsá*, *aymaras*, *mapuches* y tantos otros.

Podríamos hablar aquí también de estas o de muchas otras tradiciones aborígenes de todo el globo, donde seguramente no nos faltarán historias de inmortales entre sus mitos –y en el sentido común de su gente– que puedan ilustrar e iluminar la ruta por este flanco; pero de entre todas las culturas conocidas, quizá no haya ninguna otra que haya sondeado con tanta precisión y profundidad los caminos hacia la inmortalidad como lo han hecho los grupos de practicantes de nagualismo, surgidos en el esplendor de la cultura tolteca y extendidos por todo el territorio mexicano actual.

9. Vías occidentales a la inmortalidad

«Occidente normalmente se ha preocupado más de explicaciones
que de caminos hacia una experiencia».

NICOLÁS CABALLERO

El flanco occidental

Aunque todas las vías hacia la cima de la inmortalidad son válidas, las tradiciones orientales y las occidentales no ofrecen, ni de lejos, las mismas posibilidades de llegar por ellas hasta la cumbre auténtica.

En Oriente, hace más de veinticinco siglos que los *pandits*^ñ discuten abiertamente y de forma ininterrumpida acerca de los caminos a la cumbre, así como de los peligros que tales senderos entrañan. En Occidente, en cambio, desde la caída oficial del mundo pagano en el siglo IV d.C., las agrupaciones religiosas o espirituales que no consideraban una herejía intentar la inmortalidad del cuerpo se volvieron marginales y de índole ocultista, floreciendo solo a medias a través de una larga serie de buscadores individuales o al frente de órdenes secretas o sectas proscritas. Un ejemplo de estas agrupaciones es la de los *amaurianos*, una secta herética anarquista que existió en la Francia del siglo XIII como una escuela de adeptos tántricos occidentales, cuyos miembros pensaban que ellos mismos eran dioses.

Esta dificultad para acceder a la cima por el flanco occidental no se debió solo a la persecución de las Iglesias, sino también a nuestra propia tradición especulativa en desmedro de lo experiencial, pues el saber occidental quiso encerrar el conocimiento secreto de la inmortalidad en claustros monásticos, que con el correr de los siglos se fueron convirtiendo en claustros académicos.

No salió a las aldeas, sino que quedó circunscripto a una elite intelectual.

En continuidad con ello, toda la apuesta occidental por la inmortalidad, hoy mismo, pasa por la confianza en las pruebas de laboratorio de las investigaciones genéticas en los claustros académicos. Pero ni unos ni otros advirtieron que el conocimiento de la inmortalidad se sofoca –y finalmente también perece– al encerrarlo en los claustros, sean del tipo que sean.

La de la inmortalidad es una sabiduría antigua que quiere recorrer el mundo a través de las voces de las gentes y los quehaceres de los pueblos. La vocación de vida libre de cualquier inmortalista explica, por otra parte, el hecho de que ningún animal y ningún ser humano en observación o cautiverio hayan podido hasta ahora demostrar con su ejemplo la posibilidad de la inmortalidad física. Lo que falla es el *setting*, porque vivir en

cautiverio o formando parte de un experimento científico sencillamente no estimula el deseo por la vida eterna.

¿Quién de nosotros querría, acaso, vivir eternamente en cautiverio u observación? Lo más probable es que solo alguna tortuga haya logrado hasta ahora pasar la centuria en estas condiciones, pues parece que las tortugas tienen una infinita paciencia, pero incluso esta paciencia tiene sus límites y finalmente mueren. Los animales y los humanos pueden ser inmortales, pero siempre viviendo en contextos libres y salvajes, fuera de toda observación y control exterior. Por eso, cada tanto puede que mueran en una jaula o en una prisión para ahorrarse a sí mismos años de sufrimiento.

De este modo, un zorro salvaje encerrado en un zoológico o un apache recluido en una reserva quizás prefieran morir y que sus espíritus se reencarnen en la pradera a seguir padeciendo vidas infinitas tras las rejas o las alambradas. El conocimiento de la inmortalidad física no niega ni compite con el de la inmortalidad del alma, sino que lo presupone y es antecedido por él. La inmortalidad fundamental es la del alma.

No obstante lo dicho, estudios recientes ya reconocen que muchos seres viven cientos de años, que hay almejas en Islandia que tienen más de cuatrocientos años y que existen varios árboles milenarios. Mientras la ciencia biológica madura en sus primeros siglos de vida, empieza a comprobar que a su alrededor hay otros seres centenarios también. En cambio, mientras era joven, creía que todos los que la rodeaban también lo eran.

Una vía muerta: la genética

Toda la esperanza occidental en la inmortalidad física está puesta hoy en día en los genetistas. Hasta Walt Disney, sepultado en un glaciar de baja altura, confía su vida eterna a las artes de laboratorio de los investigadores. Sin embargo, los estudiosos de esta rama de las ciencias biológicas tienen para los inmortalistas más malas noticias que otra cosa, pues sostienen que lo inmortal no es el cuerpo del ser humano, sino sus genes, esos «ríos de instrucciones abstractas para construir nuestros cuerpos».⁶⁷

Los investigadores de ese “libro de la vida” –que es la historia genética de las diferentes especies que habitan el planeta– han estado fascinados siempre por la casi total continuidad e inmutabilidad genética de todos los tipos de vida, que van desde la ameba hasta al anfibio pasando por la patata, e incluso más acá aún, constatando por ejemplo que el humano y el chimpancé comparten el 98% de la información de sus ADN. En algunos casos, probablemente incluso un poco más.

Dos de estos investigadores afirman: «Imagine por un momento que usted puede leer ese libro del código genético. Usted descubrirá que es una escritura antigua, escrita hace unos 130.000 años. La mayoría de los pasajes han permanecido intactos desde el texto original. Pero al igual que un manuscrito que evoluciona, algunas palabras y frases aparecen tachadas y corregidas».⁶⁷

Desde que han descubierto esto, los científicos de la “vía genética” no consiguen ir más allá de sus propias metáforas, como la de que los cuerpos humanos son máquinas transportadoras de genes destinadas a desecharse una vez utilizadas, o que la totalidad de la historia de la vida se repite inalterablemente.

Estas construcciones se interponen entre el humano y la inmortalidad como inmensos *seracs* en el camino hacia la cumbre, pues es entre las cosas que mutan y que se corrigen a sí mismas donde hay un potencial evolutivo enorme, mucho más que en la continuidad de las autopistas por donde circula nuestra mente desde hace milenios.

Los genetistas se han dedicado, sin embargo, a cartografiar dicha continuidad genética, a leer una y otra vez por completo el manuscrito del ansiado genoma humano, esa historia monótona que se repite de vida en vida y de especie en especie, donde todo se reduce a supervivencia, crecimiento, reproducción y muerte.

A veces, se nos olvida que lo interesante de todo esto es justamente que el texto no está completamente canonizado en Sagradas Escrituras inalterables de genoma. La evolución tiene que ver con que es posible tachar y corregir el ADN antiguo, modificando incluso con ello nuestra tendencia a renunciar a la existencia corporal. Las correcciones en el texto original, aunque puedan parecer poca cosa en la inmensidad de la repetición y del eterno retorno de los sucesos biológicos, son en realidad una señal de que la divinidad que subyace a toda biología está viva, tomando notas y transformando al día de hoy sus nociones sobre la muerte.

Mientras la visión científica no vaya más allá de la metáfora del cuerpo humano como una prescindible cinta transportadora de genes, entonces la “vía genética” hacia la inmortalidad continuará siendo una “vía muerta” y las posibilidades de ascenso por el “flanco occidental” seguirán quedando a cargo de pequeñas expediciones excéntricas, marginales o heréticas, como las dos que ya mismo paso a analizar.

Vía mística: el esoterismo occidental

Aunque las vías taoístas y amerindias son, a su modo, también místicas, con esta palabra me quiero referir ahora a las tradiciones que se adentran en los misterios occidentales. Los “misterios” y la “búsqueda de la inmortalidad”, en el marco del taoísmo por ejemplo, están considerados casi como sinónimos, puesto que la finalidad de los misterios siempre fue que el iniciado descubra y asuma su propia divinidad interior, o sea su naturaleza inmortal.

Dice Schipper: «La expresión *Daojia*, escuela taoísta, es utilizada por el historiador Sina Qian (145-86 a.C.) en el contexto de la búsqueda de la inmortalidad. También en la época Han se encuentra la expresión *Daojiao*, enseñanza taoísta para designar los misterios». ³⁴

Mientras Occidente fue pagano, los misterios se multiplicaron por todo el mundo antiguo, llegando algunos de sus iniciados a alcanzar la inmortalidad. Uno de los más famosos entre ellos fue el pitagórico Apolonio de Tiana, contemporáneo de Jesús, peregrino, montañista y hombre comprometido con la justicia social de su tiempo. Describió su biógrafo Filóstrato que un sacerdote del templo de Apolo le dio un mapa con los viajes de Pitágoras por la India, y que él decidió seguirlo.

Organizó su expedición y en el camino conoció al asirio Damis, con quien formó una cordada que fue remontando el curso del Ganges y escaló luego por el flanco sur un gran pico de una cadena montañosa, que bien podría ser del grupo de los Arwa, al norte del Gangotri, en el Garwhal. Siguiendo siempre el mapa de Pitágoras y la guía de un *sirdar* local, encontraron la Morada de los Sabios donde conocieron a una civilización avanzada de dioses que vivían al mismo tiempo en la Tierra y fuera de ella. A partir de entonces fue logrando una inmortalidad que nadie se atrevió a poner en duda. Desapareció después de haber cumplido los cien años y de haberse convertido en un ejemplo del esoterista inmortal realizado que vivió en el mundo occidental pagano. Su biógrafo se basó, entre otros documentos, en el diario de Damis y en sus propias cartas.

Según Merlo, Antoine Faivre propone cuatro componentes del esoterismo occidental: la existencia de correspondencias a menudo veladas entre todas las partes del Universo; una concepción viva de la naturaleza recorrida por una luz o un fuego oculto que explica y posibilita la magia; la experiencia de la transmutación que barre con la espiritualidad

especulativa y la existencia de “realidades intermedias” entre el ser humano y Dios. Este último de los componentes –el que hace mención a la existencia de “realidades intermedias”– es, en definitiva, lo que diferencia al esoterista del místico, ya que el esoterista se comunica con los seres intermedios y el místico aspira a la supresión de todos los intermediarios, a los que considera un obstáculo hacia Dios.

Lo que ha sucedido en Occidente es que el cristianismo, anteriormente perseguido, se transformó en el siglo IV en el culto oficial del Imperio. Entonces, comenzaron a ser perseguidos los ritos místicos de iniciación, así como la consecuente unidad entre los conocimientos filosófico y mágico que habían florecido juntos por toda la edad antigua.

En ese mismo siglo, uno de los últimos grandes filósofos y teúrgos del paganismo, Jámblico, explicaba que «por la súplica nos elevamos pronto hasta el ser a quien suplicamos, nos hacemos semejantes a Él por su frecuentación continua, y desde nuestra imperfección llegamos poco a poco a la perfección divina».⁷⁶

Jámblico, previendo el ocaso del conocimiento mágico pagano, se ocupó de recopilarlo, intentando conservar tal saber para cuando llegasen mejores tiempos para su fe. Y al parecer ese momento ha llegado, a juzgar por la cantidad y pluralidad de entidades canalizadas que hacen hoy circular sus textos libremente por Internet y que en muchos casos se refieren de manera explícita a la posibilidad de la inmortalidad física.

Las llamadas “canalizaciones” son una constante en la historia humana, desde el profeta Mani, que recibía desde niño mensajes del ángel At-Tawn, hasta la Virgen María o Mahoma, que se comunicaban con el arcángel Gabriel. Hay canalizaciones que se realizan a través de escritura automática y otras por clariaudiencia, forma en que Mahoma recibió el *Corán*, o por medio de teatralizaciones, de telepatía superior, o bien de trances profundos, como sucede con Ramtha, el oráculo de Delfos en la Antigua Grecia, o el de Nanchán en el Tíbet.

Los seres humanos siempre tuvieron la intuición de la existencia de otras dimensiones y de seres que las habitan, en muchos casos deseosos de comunicarse con nosotros. El montañista Tom Hornbein ha transmitido con mucha belleza la primera de estas dos intuiciones: «Lo que en este momento era más importante estaba justo allí: Willi [Unsoled] y yo, unidos por una cuerda, y la montaña, su cumbre, allá arriba, accesible. La razón por la que habíamos ido allí estaba al alcance de nuestras manos. Perteneíamos a la montaña y ella a nosotros. [...] Una fugaz desilusión –la de que tras

todos esos sueños y dudas esto no era sino una cumbre— dio paso a la sospecha de que quizá hubiera algo más, algo más allá de la forma tridimensional del momento». ⁷⁷

En cuanto a la segunda intuición, la de la existencia de “seres intermedios”, Erri de Luca le pregunta a la ochomilista Nives Meroi: «¿No tienes tú también la impresión, de noche en la tienda, de que fuera hay alguien deambulando, alguien que intenta entrar, dejarse oír?». ⁴ E inmediatamente después nos interroga a nosotros: «¿Por qué los alpinistas, gente que no se anda con minucias, habría de inventarse y repetir historias de encuentros con espectros de alta montaña? La escasez de oxígeno es insuficiente para explicar una sugestión». ⁴

La “cultura galáctica”

Actualmente existe un nuevo movimiento artístico, filosófico y cultural que recoge lo esencial de todas las sendas de conocimiento y las actualiza con el lenguaje de la era espacial, y que tiene como precedente en los años treinta del siglo pasado la irrupción de los mensajes de los “maestros ascendidos” y las “jerarquías solares” canalizadas por los miembros de la Sociedad Teosófica, sobre todo por Alice Bailey.

Por ese entonces el canalizador Prentice Mulford ya decía cosas como esta: «Al aumentar el conocimiento y la fe del ser humano en las fuerzas asombrosas que le rodean y que moran en él, acabaría descubriendo más y mejor cómo sintonizarse con esas fuerzas, y al conseguirlo, convertiría la parte mortal en inmortal, a través de una incesante renovación de elementos cada vez mas refinados».⁷⁸

A partir de los años setenta surge la “cultura galáctica” propiamente dicha, cuando comienzan a aparecer masivamente mensajes de declarado origen galáctico: *pleyadianos*, *arcturianos*, *sirianos*, *atlantes*, *mayas* del “sol central de la galaxia”, nativos americanos, antiguos *esenios*, viejos herejes, *wingmakers* y tantos otros.

Entre quienes han hablado claramente de inmortalidad, en el sentido poco ambiguo de “no morir”, se encuentran los *pleyadianos*, que se comunican a través de la pluma de Barbara Marciniak, el *atlante* Ramtha, que habla mediante la voz de Judith Knight, y el mismo Dios Padre, que se manifiesta a través de la escritura automática de Neale Donald Walsh.

Otros canalizadores como Drunvalo Melchizédek hablan también de *atlantes* y de escuelas místicas, así como sobre el modo de lograr la inmortalidad mediante la *Mer-ka-bah*^o, la respiración y el espacio del corazón. Sin embargo, para Melchizédek la inmortalidad tiene que ver más con que la memoria permanezca intacta, con quedarse en el cuerpo el tiempo que se quiera y con poder abandonarlo a voluntad. Es un canal esotérico con un planteo bastante similar al del *Dzogchen*.

Entre los inmortalistas claramente físicos, Marciniak transmite el siguiente mensaje de los *pleyadianos*: «El cuerpo, esta cosa que parece tan sólida e incontrolable, es en realidad el resultado del diseño divino, y tú, en tu consciencia, puedes hacer cualquier cosa que te propongas. [...] Podemos convenceros de muchas cosas, pero nos resulta difícil convenceros de que no tenéis que morir. En esta época, no tenéis que dejar

físicamente vuestro cuerpo en este planeta. ¿Podéis comprender la idea de que os limitaréis a cambiar el ritmo de vibración de vuestro yo físico y de que llevaréis vuestro cuerpo con vosotros porque reordenaréis la estructura molecular?». ⁷⁹

Los canalizadores habitualmente contactan con entidades extrañas para nuestra cultura, pero Walsh pretende haberlo hecho con Dios mismo, con el único ser al que nuestra civilización occidental, en principio, le “tolera” la inmortalidad.

Dios le dice sin dejar lugar a ambigüedades: «Vuestro cuerpo se concibió para vivir siempre. [...] Sois inmortales. [...] ¿Realmente crees que [...] lo mejor que yo podía proponer, era un cuerpo que durara sesenta, setenta ó quizás ochenta años, antes de caer en pedazos? ¿Piensas acaso que ese es el límite de mi capacidad? [...] ¡Yo concebí vuestro magnífico cuerpo para durar para siempre! [...] No hay ningún límite para lo que podéis llegar a ser. [...] ¿Puedes concebirte a ti mismo como siendo un Dios algún día? [...] Vosotros sois dioses». ⁸⁰

Finalmente, es muy interesante la entidad Ramtha, no solo porque expone una clara “filosofía inmortalista”, sino también porque toma en cuenta la fisiología, dándole una gran importancia a las glándulas endocrinas y a la utilización de diferentes partes del cerebro para lograr la vida infinita. Además, a la antigua usanza, creó una “escuela de misterios” donde experimentar al propio ser divino y asumir sus consecuencias.

En cuanto a lo fisiológico, dice que normalmente la pituitaria es la glándula que segrega la hormona de la muerte, la que hace que la glándula del timo se encoja a lo largo de los años a partir de la niñez, pasando de tener el tamaño de una pera a medir igual que un guisante. Sin embargo, esta secreción de la hormona de la muerte no es un hecho irreversible, pues cuando el “ego alterado” deja de controlar nuestra vida, tal hormona se remueve y se secreta en el cuerpo una nueva hormona de vida que reactiva al timo. En sus propias palabras: «Cuando vuestra pituitaria está en pleno florecimiento, dejáis de morir, dejáis de envejecer. Cualquier cosa que le digáis al cuerpo, este la hará. Podéis decirle al cuerpo que acelere su frecuencia vibratoria y se elevará a otra dimensión. Podéis incluso resucitar vuestro cuerpo de la muerte». ¹⁵

Él mismo narra en detalle la forma en que alcanzó la inmortalidad física hace 35.000 años cuando se convirtió en el Ram del mito hindú. Extraeré un breve párrafo de esta narración: «Mi alma, gradualmente, cambió la programación de cada estructura celular, aumentando la frecuencia vibratoria en todas ellas. ¡Tan fuerte era mi deseo! Aprendí

que [...] el hombre, [...] si se llama a sí mismo Dios, se convertirá en Dios. [...] Aprendí a amarme a mí mismo cuando me comparé con algo grande y majestuoso». ⁸¹

El Ram, sosteniendo que nuestro destino es la suma de los pensamientos que hemos aceptado emocionalmente, lo pone definitivamente en nuestras propias manos, profetizando también un porvenir de inmortalidad para la especie: «Cuando hayáis amado y abrazado la totalidad de la vida y el alma haya satisfecho todas sus experiencias aquí, ese mismo conocimiento y esa misma vibración aumentarán un millón de veces, y volviendo al cuerpo invisible se lo llevará lejos de este lugar. Es entonces cuando trascendéis el ciclo de vida tras vida». ¹⁵

Tras esta breve selección de citas, podemos afirmar entonces que la inmortalidad de los esoteristas occidentales permite y estimula la circulación del cuerpo físico entre los diferentes planos de la realidad, incluido por supuesto nuestro plano actual. Una sistematización de sus mensajes podría contribuir, por primera vez en más de quince siglos, a establecer una “filosofía inmortalista” de cuño íntegramente occidental, aunque, eso sí, con una pequeña ayudita de nuestros amigos de otras galaxias.

La necesidad de un sistema “filosófico inmortalista” coherente sería muy importante en Occidente para que una expedición cultural considerable pudiera instalar un Campo Base a una cierta altura del nivel del mar, y desde allí recorrer en equipo la primera etapa planteada por la quinta vía a la inmortalidad, como ya mismo se verá.

Vía inmortalista: el “renacimiento”

Una serie de inmortalistas actuales se encuadró alrededor de la práctica del “renacimiento” o *rebirthing* iniciada por Leonard Orr hace unas pocas décadas, pero que se apoya abiertamente en las grandes tradiciones orientales y aborígenes como el yoga y el chamanismo, mostrando con ello una sabiduría de la que, por ahora, los buscadores de la inmortalidad por las vías de laboratorio aún no han hecho gala.

El “renacimiento” es un tipo de respiración que se realiza por sesiones y que, según Frisell, fue desarrollado por Orr «a partir de 1962, tanto dentro como fuera del agua, donde descubrió que la respiración superficial estanca nuestra energía, lo que produce tensiones, luego enfermedades y muerte».⁶⁶

A partir de esto, y de las búsquedas –y a veces encuentros– de Orr y otros integrantes de esta corriente con numerosos inmortales realizados, el desafío de lograr la vida eterna se instaló en el centro de las argumentaciones del movimiento, a diferencia del taoísmo y el yoga, donde las corrientes inmortalistas son secundarias dentro de los cánones de cada tradición. Dice Orr: «La filosofía de la inmortalidad física rompe las cadenas de la imaginación humana, facilita el acceso a enormes reservas de energía y creatividad, crea motivos para la paciencia y sencillez y es, en sí misma, una prueba de amor e inteligencia. [...] Ten por seguro que la creencia en que la muerte es algo inevitable, acabará matándote. [...] La filosofía de la inmortalidad física le da al cuerpo una oportunidad. La mentalidad mortalista garantiza su destrucción».²⁷

Sondra Ray, antigua alumna suya, llegó incluso a manifestar que un “renecedor” que no transmitiese también una filosofía inmortalista, estaría haciendo un flaco favor a quienes acompaña en el proceso de respiraciones.

Al no hacerlo, dejaría a los practicantes mucho más abiertos a la creación de la realidad, pero sin haber sanado el “trauma de nacimiento” ni haber purificado la “urgencia inconsciente de ir hacia la muerte” o UIMP.

Lo expresa así: «El proceso de “renacimiento” [...] siempre debe enseñarse en concordancia con el concepto de la inmortalidad física, y si un monitor no se refiere a este tema, consideraremos que ha perdido su integridad por completo. Esto se debe al hecho de que, después de renacer, un individuo adquiere mucha más fuerza espiritual que intensifica sus pensamientos. Si durante el proceso el individuo no trabaja para

eliminar el pensamiento de que “la muerte es inevitable”, entonces este adquirirá más fuerza y se obtendrá el resultado completamente opuesto al que se pretendía». ⁷³

La inmortalidad en tres etapas

Esta vía inmortalista, como casi toda vía, está estructurada en etapas. Lo primero sería, según Orr, desarrollar una filosofía coherente con la búsqueda. Desde mi perspectiva, no hace falta tomarse tal filosofía demasiado en serio, ni hacer apología de ella, ni discutir con quienes opinan que no es posible. Basta con desear vivir para siempre.

Un buen ejemplo de alguien que encajaría muy bien en la definición de lo que es un inmortalista podría ser Woody Allen, ya que él tiene la aspiración de ser inmortal. Leamos lo que escribe: «Alguien me preguntó una vez si mi sueño era continuar vivo en el corazón de mi gente, y respondí que lo que me gustaría es continuar viviendo en mi apartamento. Y eso es realmente lo que preferiría».⁸²

El segundo paso sería «desarraigar el impulso de morir que se recibe a través de la tradición familiar».²⁷

Subir transportando demasiadas cargas del pasado puede traer como resultado una pesada mochila a nuestras espaldas, lo que nos imposibilita cubrir tramos largos en una jornada de energías bien administradas. Las cargas, en este caso, pueden ser cualquier cosa. Cada uno se sobrecarga con alguna cosa inútil en particular que se trae de su propio pasado personal, del pasado generacional heredado de sus ancestros, y hasta del pasado histórico de su universo cultural.

Meroi le dice a Erri de Luca: «Aquí debes pensar solamente en la montaña y en ti, no debes llevar más peso que el de la mochila y el tuyo propio. Este es un lugar que lo exige todo, debes dejar en el valle tu mal tiempo, ya hay suficiente aquí arriba. [...] Si esta ascensión, aquí y ahora, no es lo único que te importa, no podrás conseguirlo. Este es un lugar insaciable, lo pretende todo y a menudo ni eso basta».⁴

No es posible ascender demasiado ni cruzar los complejos pasos sobre los collados de nuestra realidad, si llevamos auestas un montón de desechos mentales y emocionales, pues se trata de energías densas para espacios de conciencia refinados.

Los expedicionarios de esta vía inmortalista avanzan, entonces, a través de una “permanente purificación”, eliminando la polución física, mental y emocional, que son la verdadera causa de la muerte, se presente esta luego de la forma en que lo haga, incluidos los accidentes.

Tales purificaciones son realizadas por los “renacedores” de muchas y muy variadas maneras, como ser a través de baños, permaneciendo ante el fuego o realizando ayunos. Orr ha dicho que «cualquier persona que disponga en la casa de agua corriente caliente y fría, y de una chimenea, tiene a su disposición la “cueva del yogui inmortal” más sofisticada que jamás se haya construido». ²⁷

El mismo autor sostiene que los yoguis inmortales se bañan con asiduidad, pues el agua caliente purifica los *chakras*, y que permanecer junto al fuego permite que se abrase la “urgencia de ir hacia la muerte” y que se limpien las ruedas del cuerpo energético. Además, el fuego «previene automáticamente el crimen y la violencia, y crea una hermosa atmósfera de paz espiritual. [...] En cada esquina, en vez de un bar, deberíamos tener templos del fuego». ²⁷

La tercera etapa de esta vía inmortalista tiene que ver con obtener el dominio del cuerpo físico, lo que para ellos comienza con la práctica del “renacimiento”, una forma de respiración que, como en toda vía de alta montaña interior o exterior, desempeña aquí también un papel fundamental. En la montaña concreta, se puede corroborar lo dicho en el hecho de que muchos escaladores se vuelven más efectivos cuando escuchan su propia respiración y siguen su ritmo, igualando algunos de sus pasos con una entrada o salida de aire de los pulmones.

En el caso del “renacimiento”, la relajación en la inhalación permite una espiración también relajada, lo que representa un considerable ahorro de energía que se va potenciando con el paso de las jornadas y de los años, además de funcionar como una intensa purificación de la polución psíquica. Curiosamente, uno de los primeros efectos que por lo común se sienten en las sesiones de “renacimiento” son unos cosquilleos en las piernas y en los pies, lo mismo que pasaba con los estudiantes chinos que practicaban las técnicas de Hakuin recibidas del *sennin* inmortal de la montaña.

Citaré por última vez el *Yasenkanna*, antiguo texto alquímico *Ch'an*: «Cuando la práctica comience a hacer efecto, las caderas y las piernas hasta la planta de los pies se llenarán espontáneamente con energía *ki*. [...] Este es el arte divino de prolongar la vida poseído por el *sennin* inmortal». ²⁰

Esto reafirma una vez más que los nuevos inmortalistas avanzan usando las herramientas y a veces incluso caminando tras las huellas de las grandes tradiciones de los inmortales: taoísmo, yoga y toltequidad. Una opción muy inteligente, teniendo en cuenta la magnitud del desafío.

Aquí solo se mencionan las primeras etapas de la “vía inmortalista”, pero esta ruta contemporánea continúa abriendo paso para todos los que estén dispuestos a recorrerla hasta el último campamento de altura. Si llegan hasta allí, podrán encontrarse con algunos de sus integrantes y esperar junto a ellos a que se abra una “ventana de buen tiempo y oportunidad”, para intentar entonces lo que hasta ayer parecía imposible.

Epílogo:

Ante la agonía de lo Absoluto

En una entrevista reciente, Messner afirmó que «cuando decidimos hacer el Everest sin oxígeno todo el mundo estaba en contra de ello. Decían que no era posible. Los médicos afirmaban que era una locura, y que podían demostrar que no era posible».⁸³

Y si esto decían los médicos sobre la imposibilidad de subir hasta tan arriba sin oxígeno suplementario cuando ya se había logrado con él, imaginemos lo que decían los médicos y otros “expertos” cuando los pioneros de la escalada de los ochomiles, hace ya más de un siglo, se propusieron por primera vez subir esos gigantes del modo que fuera.

Afirmar hoy que es posible la inmortalidad física tiene tanto sentido como haber afirmado entonces que se podían escalar los ochomiles del Himalaya y del Karakorum. Para la gran mayoría de la gente tal afirmación representará o bien una farsa, o bien un delirio, una ensoñación, una locura o lo que sea que justifique su imposibilidad.

Efectivamente, ni aquellos médicos ni quienes ahora se adhirieren a este tipo de paradigmas fueron quienes escalaron los ochomiles, ni tampoco es probable que sean quienes alcancen la inmortalidad. Y está muy bien que así sea, porque por suerte no todos los seres humanos tienen las mismas inquietudes o expectativas.

Para otros, sin embargo, una afirmación de este tipo puede representar una oportunidad. Y la historia épica de los sherpas aquí narrada es una indicación de que a esas personas les conviene volver la mirada una vez más hacia la sabiduría de las culturas milenarias si quieren tener, además de una oportunidad, una posibilidad concreta de lograr su propósito.

Si no hubiese habido pueblo alguno a orillas de los picos del Himalaya, o si algunos occidentales no se hubiesen fijado en la forma de caminar de los sherpas, probablemente escalar un ochomil hoy en día continuaría siendo una ensoñación.

Erri de Luca echa una cuidadosa mirada sobre ellos: «Ser capaz de transportar correctamente la carga asignada, sostener el peso ahorrando energía: eso es el estilo. La hermosura no es superflua en ningún cuerpo animal, al contrario, es la perfección alcanzada al llevar a cabo una tarea. [...] El porteador no se parece jamás al levantador de pesas, al culturista, hace lo contrario, levanta con los huesos. Así es capaz de realizar la empresa de caminar cuesta arriba durante kilómetros con desniveles extenuantes. El ojo del acarreador y del albañil que he sido aprecia la inteligencia física que se opone a la ley de la gravedad, la aligera».⁴

El punto es que Shipton, Lambert y tantos más entre los escaladores anteriores a 1953, vieron en la sabiduría práctica de estos nativos un factor fundamental para lograr cosas que aún parecían imposibles. Y para poder ver esto, previamente tuvieron que romper también con el paradigma biológico occidental de que un ser humano no podía de ningún modo subir hasta tan arriba, por no hablar del mucho más trágico paradigma de la propia superioridad cultural.

Estos pioneros de los Himalayas finalmente se salieron con la suya y lo lograron, porque hicieron sus afirmaciones y soñaron sus deseos al pie de las montañas, mientras estudiaban la manera de ascender de los sherpas y ellos mismos lo intentaban.

Allí, desafiando a lo imposible, pudieron observar su forma de caminar, portar las cargas, pensar, respirar, emitir determinadas emociones y evitar otras, ser serviciales y hospitalarios, entrar en sintonía con las divinidades locales y gestionar tantos otros factores más que luego tuvieron en cuenta para lograr junto a ellos las cumbres.

Leamos lo que escribía Messner, pionero en todo y observador del quehacer de los sherpas: «Como el aire en esta altura solo contenía un tercio de la cantidad habitual de oxígeno, lo hacía como los sherpas: subía y descansaba, subía y descansaba».¹

En fin: ¿por qué hablar de todo esto? Pues porque hoy le toca nuevamente a Occidente abrirse al conocimiento y a las “tecnologías interiores” de las culturas que hace siglos viven abriendo huella a los pies de una cordillera interior.

En cierta forma se trata efectivamente de vivir por siempre y de traer del “monte de la inmortalidad” el mítico bastón que dejó Hans Kammerlander para reconocer a sus colegas, pero no por orgullo ni por deseos de gloria, sino por la urgencia de ayudar a la humanidad a establecer nuevos criterios inmortalistas de convivencia, que colaboren en dejar en la prehistoria esta época de guerras, esclavitudes económicas, destrucción del medio ambiente, luchas violentas por el poder y otras desgracias, todas ellas fundadas en

la aceptación cultural de una “civilización de la muerte” que no da más esperanzas que las del corto plazo.

No sería original decir que nuestra civilización está atravesando hoy una crisis sin precedentes. En realidad, desde hace siglos el derrumbe en el imaginario colectivo de la figura medieval de Dios –esta agonía de lo Absoluto– ha dejado al hombre occidental huérfano de objetivos trascendentales. Desde entonces, dedica cada vez más tiempo y energía a correr tras los bienes materiales y el prestigio social, lo que potencia aún más su alejamiento de la naturaleza, de sí mismo y de sus semejantes.

* * *

A fines del siglo XIX, en pleno epicentro del derrumbe del imaginario de Occidente, decía el aún inigualable Friedrich Nietzsche, haciendo mención explícita a la “muerte de Dios” y a nosotros, sus asesinos: «La grandeza de este acto, ¿no es demasiado grande para nosotros? ¿No hemos de convertirnos nosotros en dioses para aparecer dignos de él?». ⁸⁸

Tal pregunta nietzscheana por la posibilidad de convertirnos en dioses y diosas no es en ningún caso una actividad ociosa. Interrogarse si uno es capaz de volverse una entidad divina es hacerlo también por la propia inmortalidad, así como por las vías por las que es posible aproximarse a ella y alcanzarla.

Los llamados dioses inmortales de antaño en sus orígenes no fueron otra cosa más que humanos comunes y corrientes que se auto-realizaron al no limitarse innecesariamente. El misterio de Jesucristo es uno de los más guapos y asombrosos justamente porque habla de cómo un hombre de carne y hueso se unió con Dios hasta llegar a ser lo mismo que Él. Y si aquellos humanos –y este hombre– lo consiguieron, ¿qué especie de conjura puede hacernos creer que para todos los demás es imposible?

Notas

^a Nota aclaratoria: los números sucesivos corresponden a los libros citados y referenciados al final del libro.

^b Edwin Bernbaum afirma que “Chomolungma”, el nombre tibetano del Everest, debería transcribirse como Jomolangma o “la señora Langma”, pues “Jomo” significa señora y “Langma” es una abreviación del nombre de la diosa “Miyolangsangma”, que mora en la montaña según la tradición sherpa.

^c *Sirdar* es un puesto de honor que se aplica al jefe nativo del resto de los sherpas y porteadores contratados para cada expedición. Los cuatro más grandes *sirdar* de mediados del siglo pasado han sido Ang Tharkay, Pasang Dawa Lama, Gyalzen Norbu y Tenzing Norgay.

^d Los *siddhas*, según el *kriya-yoga*, son seres completamente realizados que representan el ideal hindú de perfección. La tradición reconoce a dieciocho de ellos, la mayoría de etnia tamil. Gozan de la dicha máxima estando en el cuerpo físico, al que consideran un pasaje secreto hacia la última realidad.

^e Dos libros protagonizados por un sherpa son las obras de Ed Douglas: *Tenzing Norgay, Héroe del Everest* y *Más cerca de mi padre*, de Jamling Tenzing Norgay. En ambos, el protagonista es Tenzing, en un caso como biografía y en el otro como recuerdo de su hijo, al tiempo que él también hace cumbre con un equipo americano por la misma cara sur que su padre. En los años posteriores a sus grandes hazañas respectivas, las primeras del Annapurna y del Everest, se editaron también autobiografías de Ang Tharkay y de Tenzing, que hoy están descatalogadas.

^f El término “tigre” proviene de cuando quince sherpas alcanzaron el Collado Norte en la expedición británica al Everest de 1924. Nueve años después, ocho “tigres” llevaron provisiones hasta los 8.350 metros del Campo Cuatro. Fueron Da Tshering, Nima Dorje,

Ang Tshering, Kipa Lama, Tshering Tharkay, Pasang, Rizing, y Ang Tharkay. Tilman formalizó en 1938 el título entregándoles una medalla con la efigie de un tigre a quienes entonces participaron en el ascenso a los 8.230 metros, incluidos el *sirdar* Ang Tharkay y Tenzing.

^g Los *sadhus* son quizás el más claro ejemplo actual de los renunciantes que pudieron haber sido Gautama Buddha o Mahavira en su tiempo. La mayoría de ellos se consagran a Shiva y hacen un voto determinado que siguen al pie de la letra mientras dura su renuncia. En general, visten de naranja o andan desnudos, dejan crecer sus barbas y se los puede ver por cientos en cualquiera de las ciudades santas de la India como Varanasi o Rishikesh.

^h No obstante, en la carrera de los catorce ochomiles, también se ha apuntado algún que otro sherpa, aunque para esto tuviesen que trasladarse al Karakorum, muy apartado geográficamente del Khumbu. Serap Jangbu Sherpa, en este momento cuenta con once ochomiles en su haber, aunque algunos de ellos, como el K2, el Cho Oyu y el Lhotse, los haya coronado dos veces, y el Everest tres. Le faltan el Gasherbrum I, el Broad Peak y el Nanga Parbat, todos en Pakistán.

ⁱ Solo por transcribir una frase a modo de ejemplo: «Había abandonado su cuerpo antes de que la muerte se lo arrebatara, y dirigido su consciencia hacia un nuevo germen de vida que, en adelante, transportaría el ímpetu de su voluntad y constituiría el nuevo instrumento de ejecución de su último objetivo y de realización de su voto de *Bodhisattva*: “cualquiera que sea la más alta perfección de la mente humana, que pueda yo alcanzarla para el beneficio de todos los seres vivientes”». ²²

^j Según Ibn Arabi, el “ángel” no es el ser externo al que hacen referencia las ortodoxias judía, cristiana y musulmana, llamándolo con infinidad de nombres propios tales como Gabriel o Uriel, sino que aquí se trata del “polo celeste de nuestro ser” e “individualidad eterna”.

^k El “complejo de Apolo” es la identificación compulsiva con el flujo del pensamiento. Sin traspasar este obstáculo es prácticamente imposible, según el autor, penetrar en el “reino sutil”, dominio más real y saturado de ser donde los pensamientos aparecen y desaparecen de la consciencia con suavidad.

^l Los *seshines* son los típicos retiros de la tradición *Zen* que suelen durar diez jornadas y que incluyen cuatro meditaciones al día de una hora y media cada una, centradas en la postura y la toma de conciencia de la respiración. Los *vipassanas* son retiros pertenecientes a la escuela *Theravada*, reintroducidos por el monje birmano Satya Narayan Goenka, y que se centran en la vida como flujo de energía en constante cambio. Durante su desarrollo no se puede hablar, leer, escribir ni mirar a nadie. Todo el trabajo está orientado hacia la interiorización. Duran también diez días y se meditan unas doce horas por jornada. Son rigurosos en las pautas de vida, pero, a diferencia del *Zen*, donde el practicante tiene gran libertad fuera de la meditación, en el *Vipassana* no son tan estrictos con la postura.

^m Según Bellur Iyengar, el *samsara* son los “residuos acumulados de pensamientos y acciones pasadas” que colorean la mente. La “rueda del *samsara*” da cuenta de la manifestación omnipresente y cíclica de estos residuos en la mente condicionada.

ⁿ Esas ocho cordadas fueron: Herzog y Lachenal en el Annapurna; Hillary y Tenzing en el Chomolungma; Compagnoni y Lacedelli en el K2; Couzy y Terray en el Makalu; Band y Bond en el Kangchenjunga; Imanishi y el sherpa Gyalzen Norbu en el Manaslu; Luchsinger y Reiss en el Lhotse, y Kauffman y Schoening en el Hidden Peak.

^ñ Los *pandits* en la tradición hindú son una especie de “intelectuales del espíritu” Los últimos grandes *pandits* occidentales probablemente hayan sido los directores de la escuela neoplatónica: Plotino, Jámblico y, en menor medida, Proclo. Alejandro Jodorowski hace en esta frase una apología de la tarea del *pandit*: «Wittgestein, *Tractatus Lógico-Philosophicus*, dijo: “aquello de lo que no se puede hablar hay que callarlo”... Pero precisamente de aquello que no se puede hablar, hay que hablar». ⁷⁵

^o En el judaísmo del siglo I de la era cristiana, el profeta Ezequiel tuvo una visión donde vio un carro celeste, la *Mer-Ka-Bah*, que transportaba el trono de Dios. La literatura hecalótica posterior, según Mircea Eliade y Ioan Couliano, describe los viajes de los místicos hacia Dios a bordo de este carro. Para Drunvalo Melchizédek, la *Mer-Ka-Bah* es el “cuerpo de luz” que debe activarse en torno al cuerpo físico para poder ascender.

^p Con su libro *El trauma de nacimiento*, de 1923, el psicoanalista Otto Rank se alejó de Sigmund Freud, atribuyendo el desarrollo de la neurosis a la experiencia del nacimiento en lugar de hacerlo, como su maestro, al “complejo de Edipo”. El *rebirthing*

originalmente se creó para sanar tal traumático pasaje original del útero materno al mundo. La “urgencia de ir hacia la muerte” o UIM es algo así como la polución emocional, la fuerza de gravedad interior, la parte oscura que hay que destilar, el “ánima” taoísta. Su acumulación es lo que nos lleva hacia la muerte. En cambio, las sensaciones de bienaventuranza son señales de que nuestro UIM está disminuyendo o desapareciendo.

Notas bibliográficas

1. Messner, Reinhold. *En los límites de la tierra. Desafíos alpinos en el Himalaya y Karakorum*. Madrid: Tutor, 1991.
2. Iyengar, B.K.S. *El árbol del yoga*. Barcelona: Kairós, 2000.
3. Kazantzakis, Niko. *El pobre de Asís*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé, 1973.
4. De Luca, Erri. *Tras las huellas de Nives. En el Himalaya con una alpinista*. El Ojo del Tiempo. Madrid: Siruela, 2006.
5. Sitchin, Zecharía. *El 12ª planeta*. Barcelona: Obelisco, 2002.
6. Douglas, Ed. *Tenzing Norgay. Héroe del Everest*. Barcelona: National Geographic Society, 2003.
7. Norgay, Jamling Tenzing. *Más cerca de mi padre. El viaje de un sherpa a la cima del Everest*. RBA libros. Barcelona: National Geographic, 2001.
8. Zorrilla, Juan José. *Enciclopedia de montaña*. Madrid: Desnivel, 2000.
9. Hillary, Edmund. *Mi camino al Everest*. Madrid: Desnivel, 2000.
10. Torres, David y Rafael Conde. *Los huesos de Mallory. Fragmentos para una arqueología del Everest*. Madrid: Desnivel, 2000.
11. Matthiessen, Peter. *El leopardo de las nieves*. Madrid: Siruela, 2005.
12. Venables, Stephen. En: Meter Gillman (ed.). *Los mejores escritos e imágenes de 71 años de esfuerzo humano*. Prólogo de sir Edmund Hillary. Investigación fotográfica de Audrey Salkeld. Madrid: Desnivel, 1994.
13. Shipton, Eric. "Nanda Devi" (fragmento). En: Clint, Willis: *Al límite. Historias de supervivencia en las montañas más altas del mundo*. Madrid: Desnivel, 2001.
14. Daniélou, Alan. *Shiva y Dionisios. La religión de la Naturaleza y del Eros*. Barcelona: Kairós, 1987.
15. Merlo, Vicente. *La llamada (de la) Nueva Era. Hacia una espiritualidad místico-esotérica*. Barcelona: Kairós, 2007.
16. Jodorowsky, Alejandro. *El maestro y las magas*. Madrid: Siruela, 2005

17. Tolle, Eckhart. *El poder del ahora. Un camino hacia la realización espiritual*. Madrid: Gaia ediciones, 2001.
18. Wilber, Ken. *Antología. Textos escogidos*. Barcelona: Kairós, 2001.
19. Canessa, Gustavo. En: *La sociedad de las nieves*, documental dirigido por Gonzalo Arijón, 2007. Título original: *Stranded, vengo de un avión que cayó en las montañas*.
20. Hakuin Ekaku Zenji. *Yasenkan. Trattato zen sulla salute* (piccola enciclopedia). Milán: Editore SE., 2004.
21. Prims, Francesc. Entrevista a Thubten Wangchen. En *Revista Athanor*. Nº 67. Enero-febrero 2008. Barcelona.
22. Govinda, Lama Anagarika. *El camino de las nubes blancas. Un peregrino budista en el Tíbet*. Madrid: Eyras, 1981.
23. David-Neel, Alexandra. *Inmortalidad y reencarnación. Doctrinas y prácticas de China, Tíbet e India*. Vitoria-Gasteiz: La Llave, 2001.
24. Grof, Stanislav. *Psicología del futuro*. Barcelona: La Liebre de Marzo, 2005.
25. Borges, Jorge Luis. *El Aleph*. Buenos Aires: Emecé, 1986.
26. Visser, Frank. *Ken Wilber o la pasión del pensamiento*. Barcelona: Kairós, 2003.
27. Orr, Leonard. *Vencer el hábito de morir. Cómo alcanzar la inmortalidad física*. Barcelona: Obelisco, 2001.
28. Caplan, Mariana. *A mitad de camino. La falacia de la iluminación prematura*. Barcelona: Kairós, 2004.
29. Venables, Stephen. *Everest: solo en la cumbre* (fragmento). En: Clint, Willis: *Al límite. Historias de supervivencia en las montañas más altas del mundo*. Madrid: Desnivel, 2001.
30. Herzog, Maurice. "Annapurna" (fragmento). En: Clint, Willis: *Al límite. Historias de supervivencia en las montañas más altas del mundo*. Madrid: Desnivel, 2001.
31. Fiel Jareño, Emilio. *El sol que mora en las tinieblas*. Madrid: Mandala, 2006.
32. Child, Greg. "Aire fino: encuentros en el Himalaya" (fragmento). En: Clint, Willis: *Al límite. Historias de supervivencia en las montañas más altas del mundo*. Madrid: Desnivel, 2001.
33. Weiss, Brian. *Muchas vidas, muchos maestros*. Barcelona: Ediciones B, 1997.
34. Schipper, Kristopher. *El cuerpo taoísta*. Barcelona: Paidós, 2003.
35. Hawkins, David R. *El ojo del yo. Al cual nada le está oculto*. Barcelona: Obelisco,

- 2006.
36. Eagle Feather, Ken. *El camino tolteca. Guía práctica de las enseñanzas de Don Juan Matus, Carlos Castaneda y otros videntes toltecas*. Madrid: Arkano Books, 1998.
 37. Tasker, Joe. “La arena salvaje”. En: Clint, Willis: *Al límite. Historias de supervivencia en las montañas más altas del mundo*. Madrid: Desnivel, 2001.
 38. Krishnamurti, Jiddu, Chögyam Trungpa y otros. *Preguntando a Krishnamurti. J. Krishnamurti en conversación con destacados pensadores del siglo XX*. Buenos Aires: Troquel, 1997.
 39. Enomiya Lassalle, Hugo M. *El Zen*. Bilbao: Mensajero, 1981.
 40. Ramtha. *Los orígenes de la civilización humana I. Reflexiones de un Maestro sobre la historia de la humanidad*. Madrid: Arkano Books, 2004.
 41. Trungpa, Chögyam y Herbert B. Guenther. *El amanecer del Tantra*. Barcelona: Kairós, 1976.
 42. Merlo, Vicente. “Tradiciones religiosas y espiritualidad contemporánea”. En: *¿Qué pueden ofrecer las tradiciones religiosas a las sociedades del siglo XXI?* Segundo Encuentro en Can Bordoi. 28 de junio - 2 de julio. Barcelona: CETR, 2005.
 43. Wilber, Ken. *Diario*. Barcelona: Kairós, 2008.
 44. Jasmuheen. *Vivir de luz*. Barcelona: Apóstrofe, 1998.
 45. Alegre Valls, Jacinto. *La estrella del mago. Un tratado de inmortalidad física*. Barcelona: Humanitas, 2000.
 46. Keen, Sam. *La vida apasionada. El nuevo arte de amar*. Madrid: Gaia, 1995.
 47. Midal, Fabrice. *Trungpa biografía. El nacimiento del budismo occidental*. Barcelona: MTM editor, 2004.
 48. Saint Germain. Dictado al mensajero. *Estudios sobre la alquimia. La ciencia de la auto-transformación*. Buenos Aires: Ecologic Editora, 1984.
 49. Sri Chinmoy. “Inmortalidad”. Conferencia en la Universidad de Massachusetts. Amherst, Massachusetts, dictada el 24 de abril de 1970. En: <http://www.srichinmoy.org/espanol/recursos/conferencias/inmortalidad/index>.
 50. Bhagavad Gita. Con los comentarios *advaita* de Sankara. Edición de Consuelo Martín. Madrid: Trotta, 2002.
 51. Messner, Reinhold. *Solo. La primera ascensión en solitario al Nanga Parbat*.

- Barcelona: RM, 1980.
52. Bates, Robert y Charles Houston. "K2: la montaña salvaje" (fragmento). En: Clint, Willis: *Al límite. Historias de supervivencia en las montañas más altas del mundo*. Madrid: Desnivel, 2001.
 53. Revista Barrabes. "Pasaban contra la maldición femenina". 29 de julio de 2004. En: <http://www.barrabes.com/revista>
 54. Mendieta, José L. "Edurne y Gerlinde. En busca de los 14 ochomiles". En: *Desnivel. Revista de montaña*. Nº 277. Julio - agosto de 2009. Madrid.
 55. Tilman, H.W. "La ascensión del Nanda Devi" (fragmento). En: Clint, Willis: *Al límite. Historias de supervivencia en las montañas más altas del mundo*. Madrid: Desnivel, 2001.
 56. Weor, Samael Aun. "Gnosis en el siglo xx. Supremo mensaje de Navidad, 1963-1964". En: www.bibliotecagnostica.net/primer_diseno/SigloXX12.htm
 57. Ramtha. *Ese elixir llamado amor. La verdad acerca de la atracción sexual, las fantasías secretas y la magia del amor verdadero*. Arkano Books, Sin Límites. Barcelona:, 2004.
 58. Camphausen, Rufus. *Diccionario de la sexualidad sagrada. Desde los afrodisíacos y el éxtasis hasta el culto al yoni y el yoga Zap-lam*. Palma de Mallorca: José J. de Olañeta Editor, 1999.
 59. Chia, Mantak, Maneewan Chia, Douglas Abrams y. Rachel Carlton Abrams. *La pareja multiorgásmica. Cómo incrementar espectacularmente el placer, la intimidad y la capacidad sexual*. Madrid: Neo Person, 2000.
 60. Lewin, Roger. *Evolución humana*. Barcelona: Salvat Editores, 1994.
 61. Wangmo, Jamyang. *El lama de Lawudo*. Madrid: Kailas, 2009.
 62. Ray, Sondra y Leonard Orr. *Renacimiento en la Nueva Era. Crea para ti mismo una salud perfecta, alegría y prosperidad*. Madrid: Neo Person, 1989.
 63. Lanctot, Ghislaine Saint Pierre. *¿Qué demonios he venido a hacer a esta tierra? Realizarme*. Granada: Vesica Piscis, La Herradura, 2007.
 64. Rangel Plasencia, Carlos. *Montañismo y exploración*. Ideario 287. 16 de noviembre de 2010. En: http://montanismo.org/2010/ideario_287/2/
 65. Satprem. *La mente de las células*. Madrid: Edaf, 1981.
 66. Frisell, Bob. *Prólogo de Vencer el hábito de morir. Cómo alcanzar la inmortalidad física*, de Leonard Orr. Barcelona: Obelisco, 2001.

67. Olshansky, S. Jay, y Bruce A. Carnes. *En busca de la inmortalidad. La ciencia en las fronteras del envejecimiento*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 2001.
68. Reid, Daniel. *El tao de la salud, el sexo y la larga vida*. Barcelona: Urano, 1989.
69. Despeux, Catherine. *Alquimia taoísta femenina. Inmortales de la China Antigua*. Barcelona: La Liebre de Marzo, 2003.
70. Wilhelm, Richard. *El secreto de la flor de oro. Un libro de la vida chino*, de Richard Wilhelm. Barcelona: Paidós, 1980.
71. Castaneda, Carlos. *El fuego interno*. Swan. Móstoles, 1987.
72. Rojas Páramo, Enrique. *Nerea 1. Relaciones del linaje del señor nahual Don Jorge Elías*. México DF: Porrúa, 2008.
73. Ray, Sondra. *Inmortalidad. Manual práctico. Cómo ser chic, fabuloso y vivir para siempre*. Barcelona: Ediciones Obelisco, 1994.
74. Aguirre, José Carlos. *Entrevista a Manuel Almendro*. En: *Revista Ulises* N° 10. Primavera 2008. Barcelona.
75. Jodorowsky, Alejandro. *No basta decir*. Madrid: Visor, 2003.
76. *Jámblico*. Traducción, introducción y notas de Enrique A. Ramos Jurado. Madrid: Etnos, 1991.
77. Hornbein, Thomas. “Everest: la arista oeste”. En: Clint, Willis: *Al límite. Historias de supervivencia en las montañas más altas del mundo*. Madrid: Desnivel, 2001.
78. Mulford, Prentice. *Los pensamientos son cosas*. Málaga: Sirio, 2010.
79. Marciniak, Bárbara. *Tierra. Las claves pleyadianas de la biblioteca viviente*. Barcelona: Obelisco, 1997.
80. Walsh, Neale Donald. *Conversaciones con Dios I. Una experiencia extraordinaria*. Barcelona: Ramdon House Mondadori, 1997.
81. Ramtha. *El Libro Blanco*. Madrid: Arkano Books, 2009.
82. Allen, Woody. *En imágenes y palabras*. Editado por Linda Sunshine. Barcelona: Ediciones B, 1993.
83. Entrevista. *Reinhold Messener y la película Nanga Parbat*. 7 de junio de 2010. En: <http://www.desnivel.com/object.php?o=20103>
84. Nietzsche, Friedrich. *La gaya ciencia*. Madrid: Akal, 1988.

Agradecimientos

Muchas personas colaboraron para que este libro se haya gestado, madurase y por fin naciera. Quiero agradecer ante todo a mis viejos, José Manuel Paz y Norma Bernárdez; y a mis hermanos Anel, Victoria y Hernán, por ser núcleo matriz en la infancia y buenos amigos en la adultez; así como a mis queridos sobrinos Quimey, Paloma, Iara y Alexis.

Agradezco muy especialmente a Vicente Merlo, auténtico sherpa de elite que abrió huella en esta expedición literaria desde su gestación hasta el día de hoy, acompañando con afecto en todas las etapas del proceso, aconsejando con sabiduría en cada capítulo, siendo ejemplo de coherencia con su propia vida y escribiendo el guapísimo prólogo.

Gracias a Marisú Luquin por la noticia de la inmortalidad física. A Jacinto Alegre Valls, por la orientación de su *Estrella*. A Bellur Iyengar y a Laia Giralt, por la columna vertebral del *hatha-yoga*. A Elizabeth Harder, por su acompañamiento en el *rebirthing*. A Albert Calle, por brindar un espacio para la purificación a través de tantos temazcales. A Francesc Prims, por su inestimable compañerismo. A Javier Otero, por su larga amistad, la lectura del libro y sus valiosos comentarios. A Julie y Patricia Strappa Rovetto, por su desinteresada dedicación a la web y por su paciencia. A Georgi Alaniz, por su también desinteresada traducción de la obra al inglés. A Martín Correa-Urquiza, por su inmensa amistad y por su apoyo infinito, por ser para mí como un hermano.

Le agradezco en el alma a Agustín Pániker, por confiar en el libro y hacer realidad su alumbramiento, por su encanto personal y su profesionalismo. Gracias también a los correctores de estilo, diseñadores de portada, promotores, y a todos los que trabajan junto a él para que Kairós sea la mejor editorial del Planeta Tierra y sus alrededores.

Agradezco muchísimo a quienes estuvieron cerca de mí en estos últimos años, abriendo las puertas de sus espacios sagrados y brindando su cariño: Andrea Doméstico, Candela Muschetto, Carola Goldberg, Carolina Mingolla, Carolina Vélez, Cecilia Cassini, Cecilia Sustersic, Chiara Mazzotti, Daniel Díaz, Daniel Turón, Daniela Stivelman, David Vázquez, Fabiana Rossarola, Facundo Martínez, Gabriela Escobar,

Gastón Leytes, Ivanna Bertullo, Javier Osuna, Julia Volpe, Julieta Contreras, Luz Ballesteros, Marcela Caraballo, Marcelina D'Ángelo, María Sideri, Maru Di Pace, Max Timoschenco, Nicolás Kamien, Núria Aguiar, Nuria Soligó, Oriol Gallissà, Paola Motto, Paulina Tovo, Rafael Wainer, Ravi Ramoneda, Ricardo Marino, Romina Rosenberg, Uma Maraval, Valeria Solarz, Valeria Vétère, Xavi Sánchez, y tantos otros amigos que formaron parte de esta aventura.

Gracias a Natalia Montañés, por compartir su vida conmigo y por amarnos en los ocho años que llevamos juntos, por sus importantes sugerencias sobre el libro, por ayudarme a despertar y conservar intacto, cada día, el deseo de vivir por siempre. A Elisa, Lolo, Ana María y Alejandro, por formar parte del nido que la contuvo desde niña.

Agradezco por último a todos los seres inmortalistas de la Tierra que van señalando el camino. Al pueblo sherpa, por ser representación y metáfora de la actitud correcta para emprender las grandes búsquedas interiores. Al señor Shiva y a su consorte Parvati, dama de las montañas, que moran en las cumbres internas de cada uno de nosotros.

Om tryambakam yahamaje, sugandhim pushtivardhanam, urvarukamiva bandhanan, mrityormukshiya mamritat. Adoramos al que tiene tres ojos, Shiva, al que provee de salud y que está exquisitamente perfumado. Así como el pepino dulce cae cuando está maduro, así he de ser liberado de la muerte y no de la inmortalidad.



La búsqueda de la inmortalidad física es una de las aventuras centrales del pensamiento y de la literatura universal, comenzando con el primer texto escrito del que tenemos registro, la Epopeya de Gilgamesh.

El presente libro es una aproximación filosófica y vivencial a este anhelo milenario. El autor sintetiza las diferentes vías que —en China, el Tíbet, la India...— los seres humanos abrieron para alcanzarlo y examina las consecuencias de la adopción de una filosofía y una práctica inmortalistas.

Federico Paz muestra que si incorporamos en nuestra vida la posibilidad de “no morir”, cambia drásticamente nuestra percepción de todos los ámbitos de la experiencia: la sexualidad, la mística, el uso de la tecnología, el compromiso social, etcétera. La inmortalidad interpenetra, entonces, las facetas de nuestra existencia.

Este ágil ensayo atrapa al lector desde la primera página. Lo conduce tras las huellas de los inmortales y de quienes superaron otros retos que, en su momento, también parecían “imposibles”, como los ochomilistas del Himalaya, y muy en especial, el pueblo sherpa, que a lo largo del último siglo ha protagonizado una auténtica epopeya colectiva.

Federico Paz es licenciado en Antropología Social, master en Historia de las Religiones y doctorando en Estudios Sociales Agrarios. Es autor de novelas, ensayos, libros de poesía y numerosos artículos periodísticos.

www.federicopaz.net

www.editorialkairos.com

www.facebook.com/editorialkairos

Sabiduría perenne

Índice

Portada	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Sumario	5
Prólogo	8
1. Definiendo los preparativos para la expedición	11
La inmortalidad y los sherpas	12
Investigación y práctica	14
Las tradiciones inmortalistas	16
Herramientas, prácticas, vías, expediciones y abismos	19
Tras las huellas de Utnapishtim	21
El ocaso de los dioses	23
La epopeya de Tenzing Norgay	25
2. Breve historia épica de los sherpas	28
Miyolangsangma y los sherpas	29
Protección y advertencias de la diosa	32
Las primeras expediciones	34
Ang Tharkay y la segunda generación	35
El encumbramiento de Tenzing	37
La expedición británica de 1953	39
Los dos asaltos a la cima	41
El legado espiritual de los sherpas	43
3. Grandes cumbres y abismos del Himalaya interior	45
El montañismo interno	46
La morada de los dioses y otros inmortales	48
Inmortalidad e iluminación	50
El deseo de morir	54
La conciencia de la muerte	56
Reinhold Messner: mística de alta montaña	58
4. La cordillera del alma, nudo de la realidad	61
Conciencia álmica y personalidad	62
La arista final de los anhelos	64

El compañero invisible	66
El juego arquetípico del alma	69
El impulso hacia el Espíritu	72
Sadhana de unificación	74
Estableciendo un ritmo inmortal	76
La geografía planetaria como mapa interior	78
5. Meditando ante el despliegue de la creación	82
Inmortalidad en estilo alpino	83
El círculo virtuoso de la meditación	86
El acecho, clave de la ascensión	88
Observar el génesis del samsara	90
La asistencia de la gracia	93
6. Amor y sexualidad, cordada de los inmortales	97
Una cuestión entre dos	98
Los suicidios en solitario y sus excepciones	100
La cordada perfecta de los nedrogs	102
Parejas que escalan ochomiles juntos	105
Néctar y ambrosía	109
La primera pareja de inmortales	111
El océano primigenio de leche	113
Cimas de placer	114
7. Las tecnologías internas como factor evolutivo	116
El Paleolítico superior	117
Mitología sherpa: Tashi Tseringa	120
Los yetis de la psique	122
Consecuencias de una filosofía inmortalista	123
La herejía de los ochomilistas	126
Cinco grandes tesoros de las nieves	129
8. Vías orientales y amerindias a la inmortalidad física	131
La larga marcha del inmortalismo oriental	132
Vía hindú: el hatha-yoga	135
Asanas y ley de la gravedad	137
Vía china: la alquimia interna taoísta	139
El curso circular de la luz	141
Vía mexicana: el nagualismo tolteca	144

Una ruta escarpada	147
9. Vías occidentales a la inmortalidad	149
El flanco occidental	150
Una vía muerta: la genética	152
Vía misterica: el esoterismo occidental	154
La “cultura galáctica”	157
Vía inmortalista: el “renacimiento”	160
La inmortalidad en tres etapas	162
Epílogo: Ante la agonía de lo Absoluto	165
Notas	168
Notas bibliográficas	172
Agradecimientos	177
Contracubierta	179